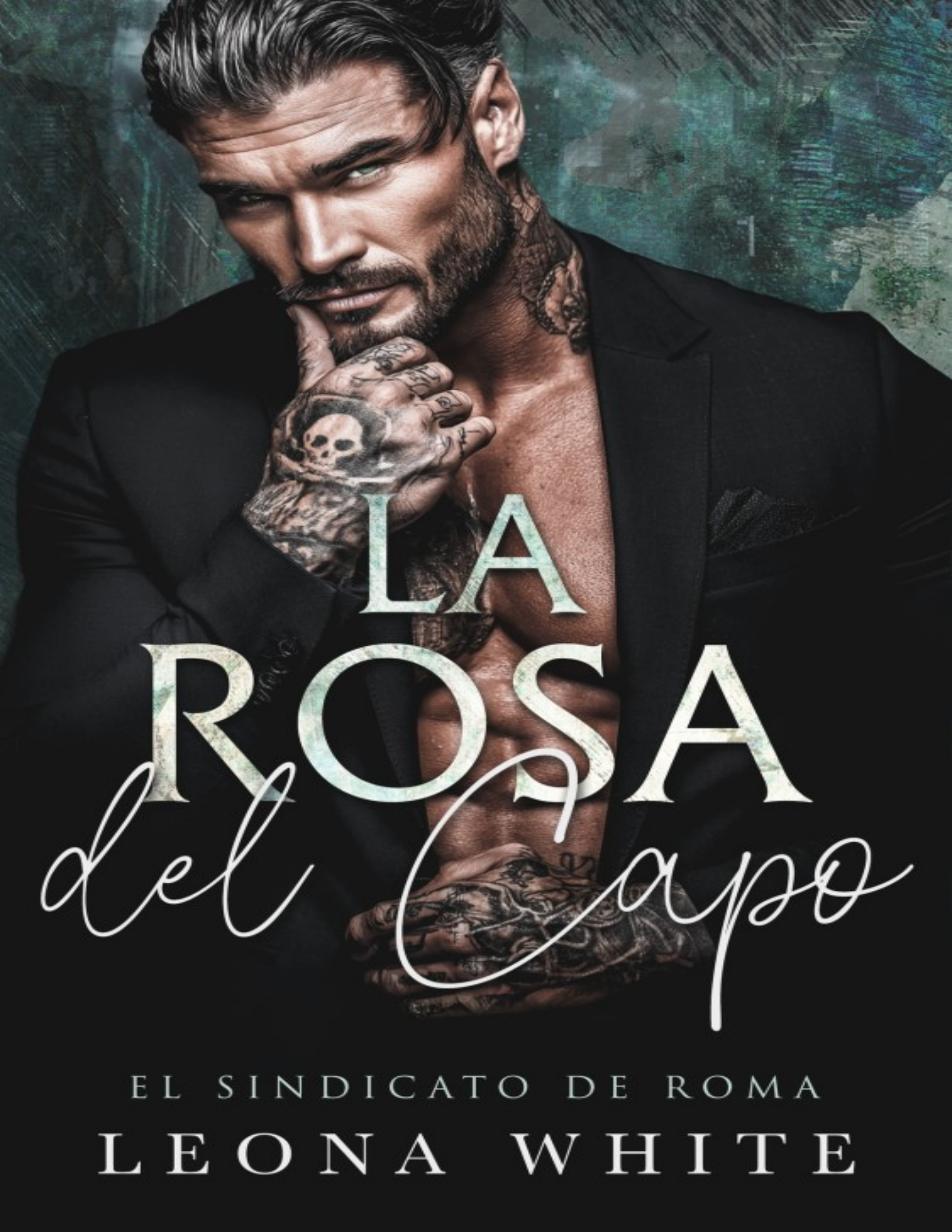


EL SINDICATO DE ROMA

LEONA WHITE

LA ROSA DEL CAPO

LEONA WHITE

Copyright © 2025 por Leona White

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Formateado con Vellum

TAMBIÉN POR LEONA WHITE

El Sindicato de Roma Serie

Pintado en Pecado || La Deuda Matrimonial || Bella Evidencia || La Rosa del Capo

El Legado de Baranov Serie

Rebelión Vigilada || Rendición Salvaje || Secretos Protegidos || Amor Indomable

La familia Constella Serie

Bajo su Protección || Bajo Su Mirada || Bajo su Control || Bajo Su Abrazo

Los Jefes de la Mafia Serie

El acuerdo irlandés || La Última Vendetta

ÍNDICE

Sinopsis

1. Salvatore
2. Rosaria
3. Salvatore
4. Rosaria
5. Salvatore
6. Salvatore
7. Salvatore
8. Rosaria
9. Salvatore
10. Rosaria
11. Salvatore
12. Rosaria
13. Salvatore
14. Rosaria
15. Salvatore
16. Rosaria
17. Salvatore
18. Rosaria
19. Salvatore
20. Rosaria
21. Salvatore
22. Rosaria
23. Salvatore
24. Rosaria
25. Salvatore
26. Rosaria
27. Salvatore
28. Rosaria
29. Salvatore
30. Rosaria

31. Salvatore
32. Rosaria
33. Epílogo

SINOPSIS

Me llaman La Rosa de Roma—
hermosa, intocable y perfectamente controlada.

Entonces *Salvatore De Santis*—el rival de mi familia, quince años mayor—me reclamó como suya.

Empezó con una amenaza.
Una actuación. Una noche. Una obsesión peligrosa.

Dijo que eran negocios.
Pero me miraba como si ya fuera suya.

Intenté huir.
Compró mi silencio y enjauló mi mundo.

Ahora estoy embarazada.
Y dice que soy su futuro.

Mi familia quiere eliminarme.
Él me quiere en su cama, llevando su apellido.

A veces, me siento a salvo con él.
A veces, ya no sé quién soy.

Me acaricia el vientre como si fuera una promesa.
Pero nunca ha dicho la palabra *amor*.

Y no dejo de preguntarme—
¿Soy solo moneda de cambio… o de verdad me eligió?

Nota de la autora: Un romance de mafia con diferencia de edad, muy ardiente, en el que la obsesión se convierte en protección, el silencio en rendición, y una mujer inocente queda atada a un hombre que la llama suya—mucho antes de saber si eso es amor.

1

SALVATORE

El Teatro dell'Opera di Roma emerge de la oscuridad empedrada, sus columnas neoclásicas talladas en un mármol que ha sido testigo de siglos de sangre y belleza. Salgo del Mercedes negro y dejo que la puerta se cierre tras de mí. Bruno se coloca a mi hombro izquierdo, su corpulencia proyectando sombras sobre la entrada dorada del teatro. Tano se mueve a mi derecha, los dedos repiqueteando contra la Beretta oculta bajo la chaqueta—un hábito nervioso que nunca me he molestado en corregir.

El portero me reconoce al instante. Se le va la sangre de la cara, las manos le tiemblan mientras forcejea con las manillas de latón. No intercambiamos palabras. No hacen falta cuando la reputación de un hombre le precede por las redes del inframundo romano, susurrada en el mismo aliento que advertencias y preparativos de funeral.

—*Signor* DeSantis —la voz pertenece a un hombre delgado con un esmoquin caro, la pajarita ligeramente torcida; se acerca con el andar cauteloso de quien camina sobre hielo fino—. Bienvenido al Teatro dell'Opera. Soy el *Signor* Benedetti, gerente de sala.

No le hago el menor caso. Mi atención se fija en la gran escalinata de delante, la alfombra roja pulida por décadas de élite romana. Esta noche, esa élite me incluye a mí—un invitado no

bienvenido en territorio que pertenece a la esfera de influencia de Emilio Costa. La ironía me sabe metálica en la lengua.

—Su palco está listo, *Signore* —continúa Benedetti, con gotas de sudor perlándole la línea del cabello a pesar del frío de octubre que se aferra a las superficies de mármol del teatro—. Entrada privada, como ha solicitado. Discreción absoluta.

El número del palco no significa nada para mí. Lo que importa es el punto de vista: lo bastante cerca para estudiar cada movimiento, cada aliento, cada nota que caiga de los labios de Rosaria Costa. La Rosa de Roma. La hija intocable de un hombre muerto, protegida por el imperio de su tío y por su propia reputación impoluta.

Hasta esta noche.

Subimos las escaleras enmoquetadas, pasando junto a óleos de compositores muertos hace mucho cuyos nombres han sobrevivido a su carne. El pasillo se estrecha, flanqueado por puertas marcadas con pequeñas placas de latón. Palcos privados para las familias más ricas de Roma, sus nombres grabados en metal que sobrevivirá a sus estirpes. El apellido Costa aparece en tres puertas distintas. Territorio marcado y reclamado, incluso aquí entre terciopelos y cristal.

Benedetti abre el Palco 7 con unas manos que tiemblan lo suficiente como para hacer tintinear las llaves. La puerta se abre, revelando butacas de terciopelo rojo dispuestas en semicírculo frente al escenario principal del teatro. La vista es perfecta: lo bastante cerca para ver las caras de los intérpretes, lo bastante elevada para dominar toda la sala.

—¿Servicio de vino? —pregunta Benedetti, con la voz apenas por encima de un susurro.

—No.

La palabra corta el aire con precisión quirúrgica. Benedetti asiente con rapidez, retrocediendo hacia la puerta con la ansiosa premura de la presa que escapa de la guarida de un depredador. La cerradura hace clic tras él, sellándonos en nuestra jaula elevada.

Me acomodo en la butaca central, el terciopelo suave contra mis hombros. Bruno y Tano se colocan en las esquinas traseras del palco, su presencia una oscura promesa que se irradia a través de

las paredes ornamentadas del teatro. Debajo de nosotros, la aristocracia cultural de Roma ocupa las butacas: políticos, magnates de negocios, familias de vieja fortuna cuyas riquezas se levantaron sobre cimientos de sangre. Charlan en voz baja, sus conversaciones salpicadas de nombres y escándalos que harían caer gobiernos si se pronunciaran demasiado alto.

Las luces se atenúan con precisión teatral, sumiendo el teatro en una oscuridad rota solo por el resplandor ámbar del escenario. El silencio cae sobre el público y la orquesta comienza, los violines tejiéndose a través de los compases iniciales de *Tosca*—la obra maestra de Puccini sobre el amor, la traición y la muerte. Muy apropiado.

El telón se alza sobre el Acto Primero, revelando una iglesia romana recreada en pintura y yeso. Entra primero el barítono, su voz llenando el teatro con el aria inicial de Cavaradossi. Competente, pero olvidable. Luego entra el tenor, cantando con pasión suficiente las súplicas desesperadas de Angelotti. Son meros secundarios en la verdadera función de esta noche.

Entonces aparece ella.

Rosaria Costa pisa el escenario con un vestido burdeos que atrapa las candilejas y las transforma en fuego líquido. Lleva el cabello oscuro recogido en un elaborado moño, que deja al descubierto la curva elegante de su cuello. Desde esta distancia alcanzo a ver la precisión de su maquillaje: ojos oscuros delineados con kohl, labios pintados de un rojo profundo sobre una piel oliva pálida que resplandece bajo las luces del escenario.

Se mueve con la gracia controlada de quien ha pasado años aprendiendo a ser observada. Cada gesto está calculado, cada paso medido para maximizar el impacto visual de su presencia. Esto no es una mera interpretación. Es dominio. Se adueña del escenario desde el instante en que sus pies pisan las tablas.

Pero cuando empieza a cantar, el cálculo se transforma en algo mucho más peligroso.

Su voz asciende desde las profundidades del foso de la orquesta, elevándose sobre el acompañamiento instrumental con una pureza que atraviesa carne y hueso para alcanzar algo más hondo. Las

notas iniciales de *Recondita Armonia* fluyen de su garganta con una potencia sin esfuerzo, cada frase moldeada por una técnica que convierte el aliento en magia.

Me inclino hacia delante, los dedos aferrando el reposabrazos de terciopelo hasta que la tela protesta. Esta no es la voz de una princesita de la Mafia mimada que juega a ser artista. Es talento genuino, crudo e innegable, canalizado a través de años de entrenamiento disciplinado en algo que trasciende el imperio criminal que la protege.

Peligroso.

El aria avanza hacia su clímax, la voz de Rosaria trepando escalas imposibles mientras su cuerpo permanece perfectamente inmóvil, todo movimiento contenido en la expansión controlada de su caja torácica al tomar aire para alimentar la siguiente frase imposible. El teatro ha quedado en silencio salvo por su voz y el acompañamiento de la orquesta. Hasta el susurro de los programas de mano ha cesado.

Cuando la nota final se desvanece en el silencio, los aplausos estallan con la fuerza de un fervor religioso. Pétalos de rosa llueven desde los palcos superiores—una tradición reservada para los intérpretes más queridos del teatro. Rosaria hace una reverencia con elegancia ensayada, y sus ojos barren al público con el agradecimiento distante de quien ha aprendido a aceptar la adoración sin confiar en ella.

Su mirada pasa por nuestro palco sin detenerse, pero capto la leve pausa en su movimiento, la vacilación apenas perceptible que sugiere que ha registrado mi presencia. Bien. La conciencia es el primer paso hacia el control.

El Acto Primero continúa, pero mi atención sigue fija en ella. Entre sus entradas musicales, estudio la manera en que se desplaza por el marcaje escénico—nunca apresurada, nunca insegura. Lleva años actuando a este nivel, su confianza construida sobre una base de habilidad incuestionable y no de contactos familiares.

Esto complica las cosas.

Durante el primer entreacto, las luces de sala suben y la conversación se reanuda por todo el teatro. Permanezco sentado,

observando al público de abajo. Varias cabezas se vuelven hacia nuestro palco, con la curiosidad y el miedo librando batalla en sus expresiones. La noticia de mi presencia ya ha empezado a correr por los círculos sociales del teatro.

—*Signore* —la voz de Tano apenas se oye por encima del murmullo del público. —Benedetti se acerca.

El director de sala aparece en la puerta de nuestro palco, su nerviosismo anterior sustituido por algo cercano al pánico. Llama con el ritmo titubeante de quien espera ser ignorado.

—Entre.

Benedetti se desliza al interior, cerrando la puerta tras de sí con un cuidado excesivo. —*Signor* DeSantis, espero que esté disfrutando de la función.

—Lo estoy.

—Excelente, excelente. —Se frota las manos, y el gesto deja ver cercos de sudor en los puños de la camisa—. ¿Hay algo que podamos proporcionarle para su comodidad? Quizá algún refrigerio, o...?

—Quiero hablar con la señorita Costa después de la función.

El rostro de Benedetti pasa por varios tonos de palidez antes de quedarse en el amarillo cetrino del pergamino envejecido.

—Yo... es decir... —traga saliva con fuerza, la nuez subiéndole y bajándole de forma frenética—. *Signore*, la señorita Costa mantiene políticas muy estrictas respecto a las visitas entre bastidores. Sin excepciones, ni siquiera para nuestros patronos más distinguidos.

Me vuelvo en la butaca para encararlo de lleno. El movimiento es mínimo, pero lleva suficiente amenaza como para obligarle a dar un paso atrás sin querer.

—¿Está usted rechazando mi petición?

—¡No! No, por supuesto que no, *Signore*. Es solo que... las normas...

—Las normas —repito, dejando que las palabras se asienten en el aire entre nosotros.

—Dígame, Benedetti, ¿quién le paga el sueldo?

—El patronato del teatro, *Signore*.

—¿Y quién forma parte del patronato?

Los hombros se le hunden, derrotados. —Varias familias prominentes, entre ellas los Costa.

—Los Costa. —Asiento despacio, como si considerara esta información por primera vez—. Emilio Costa, concretamente. Un hombre que entiende la importancia de la complacencia cuando le conviene. ¿Cree que Emilio querría que la ópera de su familia fuera recordada por su inflexibilidad hacia los dignatarios de visita?

La amenaza no se pronuncia, pero es inconfundible. La lealtad de Benedetti a las normas de Emilio se desmorona bajo la presión del instinto de conservación inmediato. Ha visto suficiente del subsuelo de Roma como para saber que rechazar una petición de un DeSantis acarrea consecuencias que van mucho más allá de la política teatral.

—Me encargaré... de hacer los arreglos —susurra.

—Discretamente.

—Por supuesto, *Signore*. Discreción absoluta.

Se retira del palco con la prisa desesperada de quien huye de la ejecución. La puerta se cierra a su espalda, dejándonos solos con el murmullo de la conversación que sube desde el patio de butacas.

—Se lo dirá a Luca Romano —observa Bruno, con la certeza llana de la experiencia profesional.

—Sí.

—Romano se pondrá en contacto con Emilio.

—Con el tiempo. —Vuelvo la atención al escenario, donde los tramoyistas preparan la escenografía para el Acto Segundo—. Pero no de inmediato. Romano intentará manejar esto él mismo primero. Confiará en resolver la situación sin involucrar a su benefactor.

Tano se mueve a mi espalda; el cuero cruje cuando ajusta su posición. —¿Y si no puede?

—Entonces Emilio aprende que su control sobre Roma tiene límites.

Las luces de sala vuelven a atenuarse, señalando el final del entreacto. Las conversaciones se apagan mientras el público vuelve a acomodarse en sus asientos. La orquesta inicia el Acto Segundo con metales ominosos que encajan a la perfección con mi estado de ánimo.

Rosaria regresa al escenario transformada. Su vestido burdeos ha sido reemplazado por uno más sencillo que sugiere la creciente desesperación de Tosca. El cabello le cae suelto sobre los hombros; la perfección cuidada del Acto Primero cede a un desaliño calculado que acompaña el viaje emocional del personaje.

Pero su voz sigue impecable. Si acaso, la intensidad dramática ha afilado su interpretación; cada nota, ejecutada con precisión quirúrgica, atraviesa la acústica del teatro para alojarse directamente en el pecho del oyente. Cuando canta *Vissi d'arte*—la plegaria de Tosca antes de su sacrificio final—, el silencio que sigue es absoluto. Hasta la orquesta parece temer romper el hechizo que su voz ha tejido.

Observo su rostro durante el aria, estudiando las microexpresiones que se encienden y se apagan mientras habita la desesperación del personaje. Esto no es mera pericia técnica. Comprende el sufrimiento en un nivel que trasciende la interpretación artística.

Interesante.

El Acto Segundo concluye con el asesinato de Scarpia, el momento central de violencia y liberación de la ópera. Rosaria asesta el golpe mortal con furia convincente, el rostro transformado por una ira que parece beber de fuentes genuinas. Cuando se yergue sobre el barón caído, el pecho agitándose por el esfuerzo y la emoción, veo en su expresión algo que no tiene nada que ver con la escena.

Rabia. Rabia real, cuidadosamente controlada, profundamente enterrada.

El acto final se difumina en una bruma de inevitabilidad trágica. El suicidio de Tosca, la ejecución de Cavaradossi, la destrucción de los amantes por fuerzas que escapan a su control. La ópera termina como debe—con la muerte y la promesa de que algunas formas de amor trascienden los límites de la mortalidad.

La audiencia estalla en un atronador aplauso al caer el telón. Vuelven a llover pétalos de rosa desde los palcos, alfombrando el escenario de un carmesí que refleja la tragedia recién concluida. Rosaria hace su reverencia con la misma gracia contenida que ha

mostrado durante toda la velada, pero percibo el leve temblor de sus manos mientras acepta la adoración del público.

Agotamiento. La actuación la ha dejado exhausta, física y emocionalmente. Bien. La vulnerabilidad se explota con más facilidad que la fuerza.

Los aplausos continúan durante casi diez minutos, el público pide bis tras bis. Rosaria accede con profesionalidad cortés, pero veo el esfuerzo que le cuesta mantener la fachada. Cuando el telón por fin cae por última vez, desaparece en las entrañas del escenario con visible alivio.

Se encienden las luces de sala y el público empieza a dispersarse; sus conversaciones ya giran en torno a planes de cena y compromisos sociales. La magia de la función se disuelve en la realidad prosaica del calendario cultural de Roma.

Permanezco sentado, viendo vaciarse el teatro. Bruno y Tano mantienen sus posiciones, pacientes como estatuas. No tenemos otro sitio al que ir esta noche. Mi agenda me pertenece por completo, moldeada por los deseos y no por las obligaciones.

Pasan veinte minutos antes de que Benedetti regrese, con un aspecto aún más demacrado que antes. La conversación con Romano no ha ido, claramente, nada bien.

—*Signore* —empieza, con la voz ronca por el esfuerzo—, he hablado con el director Romano. Él... presenta sus disculpas, pero la señorita Costa no está disponible para recibir visitas esta noche. Quizá en otra ocasión, con aviso previo…

—¿Dónde está Romano ahora?

La pregunta corta su discurso preparado. —En... en su despacho, *Signore*.

—Lléveme con él.

El rostro de Benedetti se arruga, derrotado. —*Signore*, por favor. El director es un hombre muy ocupado y...

Me pongo en pie, un movimiento lo bastante brusco como para hacerlo encogerse. —Ahora.

Salimos del palco en fila india: yo, Bruno, Tano y el cada vez más desesperado jefe de sala. Los pasillos tras el teatro son menos opulentos que los espacios públicos, con las paredes pintadas de un

beige institucional y alineadas con fotografías enmarcadas de representaciones pasadas. La Rosa Costa aparece destacada en las imágenes más recientes; su rostro se repite en docenas de fotos promocionales que dan fe de su ascenso al estrellato.

El despacho de Romano ocupa una esquina con vistas al patio trasero del teatro. La puerta es de roble macizo, su superficie pulida hasta brillar como un espejo. Una placa de latón identifica a su ocupante.

LUCA ROMANO, DIRECTOR ARTÍSTICO.

Benedetti llama con la reverencia de un suplicante que se acerca a un altar. —¿Director Romano? El *Signor* DeSantis desea hablar con usted.

El silencio que sigue lleva el peso de un cálculo desesperado. Romano sopesa sus opciones, buscando una vía de escape que no existe. Cuando por fin responde, su voz tiene la fragilidad de un hombre al borde de romperse.

—Adelante.

El despacho al otro lado de la puerta refleja la posición de Romano en la jerarquía cultural de Roma. Alfombras persas cubren los suelos de madera pulida. Pinturas al óleo forran las paredes: originales, no reproducciones, cuyo valor se mide en decenios de cuidadosa adquisición. Un escritorio de caoba domina el centro de la estancia; su superficie está abarrotada de libretos, correspondencia y las herramientas de la administración artística.

Romano está sentado tras la mesa vestido de etiqueta, con la pajarita floja y el cuello abierto. Es más joven de lo que esperaba: quizá cuarenta y cinco, con el pelo prematuramente cano y la blandura de quien ha pasado la vida en butacas mullidas y no en calles peligrosas. Sus ojos llevan la inteligencia de alguien que ha navegado la política cultural romana el tiempo suficiente para sobrevivir, pero no tanto como para sentirse seguro.

—*Signor* DeSantis —se alza de la silla con la rígida formalidad de quien reconoce a un superior—. —Un honor inesperado.

—Luca Romano. Me acomodo en uno de los sillones de cuero frente a su mesa, un movimiento calculado para sugerir

permanencia más que una visita casual—. Tenemos que hablar de la señorita Costa.

Su compostura se resquebraja ligeramente, dejando ver el miedo bajo la fachada profesional. —La señorita Costa es nuestra soprano principal, sí. Un talento extraordinario, verdaderamente excepcional. Pero mantiene límites muy estrictos respecto a las apariciones personales...

—No estoy pidiendo una aparición personal.

La corrección detiene en seco su discurso preparado. Romano parpadea con rapidez, procesando la implicación. Si no es una aparición personal, ¿entonces qué? La pregunta queda suspendida entre nosotros, no formulada pero inconfundible.

—Quiero cinco minutos de su tiempo. Entre bastidores. Esta noche.

—*Signore*, debo protestar...

—¿Debe usted?

Las palabras llevan suficiente amenaza como para hacerlo hundirse en la silla. A mi espalda, Bruno cambia ligeramente de postura y el cuero de su funda cruje con suavidad. El sonido es casi imperceptible, pero en el silencio del despacho tiene la fuerza de un trueno.

La mirada de Romano salta hacia Bruno, luego a Tano, antes de volver a mi rostro. Está calculando probabilidades, sopesando las consecuencias de obedecer frente al precio de negarse. Las matemáticas son simples. La protección de Emilio Costa promete seguridad futura, pero mi presencia representa un peligro inmediato.

—Cinco minutos —susurra—.

—En su camerino.

—Eso... eso es sumamente irregular. La señorita Costa valora su intimidad...

—Cinco minutos, Romano. En su camerino. A solas.

Cada palabra cae con la precisión de un clavo hundiéndose en la madera. La resistencia de Romano se desmorona por completo; los hombros se le vencen cuando acepta lo inevitable.

—Haré... las gestiones.

—Ahora.

Alarga la mano hacia el teléfono de su mesa; marca con la precisión mecánica de quien actúa bajo coacción. La conversación que sigue es breve y unilateral: Romano habla con frases cortadas mientras escucha respuestas que yo no puedo oír. Cuando cuelga, su rostro ha adquirido la palidez del pergamino antiguo.

—La señorita Costa le recibirá en quince minutos. Camerino 3, planta baja. Su asistente de vestuario le acompañará.

—A solas, Romano.

—Sí, por supuesto. A solas.

Me pongo en pie, el movimiento lo bastante brusco como para hacerlo encogerse. —Excelente cooperación. Su teatro tiene un futuro brillante con una dirección tan flexible.

El elogio lleva una corriente subterránea de amenaza que le hace temblar las manos sobre el escritorio. Me vuelvo hacia la puerta, y Bruno y Tano se colocan en formación detrás de mí.

—*Signore*. La voz de Romano me detiene en el umbral. —La señorita Costa… está bajo la protección de gente muy poderosa.

Me giro para encararle y dejo que una sonrisa se me dibuje en los labios. La expresión no contiene calidez alguna, solo la fría satisfacción de un depredador acorralando a su presa.

—Yo también.

El pasillo situado fuera del despacho de Romano conduce a las áreas de bastidores del teatro, donde la magia de la representación se disuelve en la realidad mundana de los percheros de vestuario y los tocadores de maquillaje. Aquí, las paredes están cubiertas de fotografías de montajes anteriores, y sus marcos dan cuenta de décadas de logro artístico. El rostro de Rosaria aparece con creciente frecuencia en las imágenes recientes; su progresión de miembro del coro a primera actriz queda documentada con minucioso detalle.

El Camerino 3 se encuentra al final del pasillo, con la puerta señalada por una sencilla placa de latón.

R. COSTA.

La sencillez engaña: este es el camerino principal del teatro, reservado para sus intérpretes más importantes. El espacio que hay más allá de esa puerta representa la intersección entre el logro artístico y la protección criminal.

Miro el reloj. Han pasado doce minutos desde la llamada de Romano. Quedan tres minutos para mi cita con la mujer más intocable de Roma.

2

ROSARIA

Mis manos tiemblan mientras me quito la última horquilla del pelo, dejando que las ondas oscuras caigan sueltas sobre los hombros. El espejo del camerino me devuelve un rostro que apenas reconozco—el maquillaje corrido en las comisuras, el pintalabios borrado por tres horas de Puccini, el cansancio grabado en las sombras bajo los ojos.

La función fue impecable. Lo sé como lo sabe un pianista cuando sus dedos encuentran cada tecla correcta, como lo sabe una bailarina cuando su cuerpo se mueve en perfecta armonía con la música. Mi voz se elevó en cada aria, cada nota colocada con precisión quirúrgica. El público también lo sintió—su silencio durante *Vissi d'arte* fue absolutamente reverente.

Pero esta noche había algo que no encajaba, una presencia en el teatro que no pertenecía a este lugar, una perturbación en el delicado equilibrio de poder que me mantiene a salvo en este escenario.

Alargo la mano hacia la crema fría, dispuesta a borrar la trágica máscara de Tosca, cuando llaman. Tres golpes secos, seguros, apremiantes contra la puerta del camerino.

—Señorita Costa. La voz me resulta desconocida, con un acento del sur, no romano. —Necesitamos hablar con usted.

Tío Emilio debe de haberlos enviado. A menudo recurre a hombres que no conozco cuando hace negocios que exigen discreción. La función debe de haber impresionado a alguien importante, o quizá haya asuntos de familia que no pueden esperar a la mañana.

—Un momento.

Me ciño más la bata de seda sobre el traje de escena que llevo debajo y vuelvo a mirarme al espejo. Incluso agotada, debo dar la imagen adecuada. Tío Emilio valora las apariencias por encima de todo.

La cerradura cede con un clic suave y abro la puerta esperando ver rostros conocidos—hombres cuyos nombres conozco, cuya lealtad a nuestra familia se remonta generaciones atrás.

En cambio, dos desconocidos ocupan el umbral. Ambos visten trajes oscuros que les sientan demasiado bien para no ser carísimos. El mayor luce canas en las sienes y unos ojos que lo registran todo—mi aspecto, la estancia a mi espalda, posibles vías de escape. El más joven mantiene las manos sueltas a los lados, preparado.

—Señorita Costa. El mayor avanza sin invitación, obligándome a retroceder dentro de mi propio camerino. Su acompañante le sigue y cierra la puerta tras ellos con deliberado cuidado. —Gracias por recibirnos.

—Lo siento, pero ¿quiénes son ustedes? Yo esperaba…

—¿A otra persona? La voz llega desde la puerta, que vuelve a abrirse. Un tercer hombre entra desde el pasillo y todo dentro de mí se hiela.

Es más joven que los socios habituales de Tío Emilio, quizá a mediados de la treintena, con el pelo oscuro peinado hacia atrás y unos ojos verdes que me estudian con una intensidad incómoda. Su traje está impecablemente entallado; los zapatos, lustrados hasta brillar como un espejo. Todo en su apariencia sugiere dinero y poder, pero no del que acompaña a los viejos apellidos romanos.

—Salvatore DeSantis. Tiende la mano como si nos presentaran en una cena, y no en mi camerino cerrado con llave pasada la medianoche. —Es un honor conocer por fin a la voz más celebrada de Roma.

El nombre me golpea como un jarro de agua fría. DeSantis—la familia napolitana que lleva metiéndose en territorio romano, desafiando el control de Tío Emilio sobre las rutas de transporte y las cuotas de protección. El enemigo está sentado en mi santuario privado, pronunciando mi nombre con una familiaridad despreocupada.

No le cojo la mano que me tiende. —Usted no debería estar aquí.

—Y, sin embargo, aquí estoy. Su sonrisa no tiene calidez alguna. —Su función de esta noche ha sido extraordinaria. Un arte verdaderamente excepcional.

—Gracias. Ahora, márchese, por favor.

—He escuchado grabaciones, por supuesto. Críticas en los periódicos. Pero oírla cantar en persona... Se detiene y se acerca a mi tocador, dejando que los dedos se deslicen por los frascos de desmaquillante y crema fría. —Es una experiencia religiosa. Trascendente.

El cumplido debería complacerme. En cambio, me pone la piel de gallina. Hay algo posesivo en su manera de hablar, como si mi voz fuese algo que ya se ha adjudicado.

—Señor DeSantis, no sé cómo ha conseguido pasar entre bastidores, pero esto es sumamente inapropiado. Mi tío...

—Su tío no está aquí. Se acomoda en la silla junto a mi tocador, apropiándose de mi espacio. —Estamos solos. Y tengo una propuesta para usted.

—No me interesa ninguna propuesta.

—Aún no la ha escuchado. Su mirada desciende de mi cara al traje de escena, todavía visible bajo la bata, y vuelve a subir con deliberada lentitud. —Quiero una actuación privada.

Las palabras quedan suspendidas entre nosotros, con un significado inequívoco. Me abrazo a mí misma, de pronto consciente de lo vulnerable que estoy en mi propio camerino.

—Eso no es algo que yo haga.

—Podría serlo.

—No. La palabra me sale cargada de una ira aguda, visceral. —Actúo en el escenario, para el público. No en habitaciones privadas para mecenas individuales.

Su expresión no cambia, pero algo se desplaza en el ambiente. El aire se vuelve más denso, cargado de una tensión que me eriza el vello de los brazos.

—Señorita Costa, creo que está malinterpretando la naturaleza de nuestra conversación. Esto no es una negociación.

—¿Entonces qué es?

—Una cortesía. Le brindo la oportunidad de acceder de buen grado a mi petición. Si se niega, seguiré enviando gente hasta que acepte.

La amenaza llega con el mismo tono amable que ha usado para felicitarme por mi actuación. Así funcionan los hombres en su posición: violencia envuelta en seda, brutalidad disfrazada de negocios.

Me dirijo hacia la puerta, pero los dos hombres ya están apostados allí, sus cuerpos bloqueando mi salida sin parecer que lo intenten. No agresivos, pero inequívocamente presentes.

—Necesito irme.

—Por supuesto. Después de que hayamos llegado a un acuerdo.

—No hay nada que entender. No actúo en privado. Ni para usted ni para nadie.

Se levanta de la silla y cruza el pequeño espacio que nos separa en dos pasos medidos. Lo bastante cerca como para oler su colonia —algo caro y sutil, diseñado para complementar, no para imponerse —. Tan cerca que tengo que inclinar la cabeza hacia atrás para mantener el contacto visual.

—Su tío ha hecho un trabajo excelente protegiéndola —dice, bajando la voz hasta un murmullo conversacional—. —Ha creado esa pequeña burbuja perfecta en la que puede fingir que el mundo funciona conforme a reglas de civismo y mérito artístico. Pero las burbujas estallan, señorita Costa. Y, cuando lo hacen, la realidad irrumpe.

Alza la mano hacia mi garganta, no lo bastante rápido como para ser un ataque, pero sí lo bastante deliberado como para resultar inequívocamente amenazador. Me obligo a permanecer inmóvil mientras sus dedos se quedan suspendidos justo sobre mi piel, lo suficientemente cerca como para sentir su calor.

—Su voz —prosigue— es su activo más valioso. Sería una pena que algo la comprometiera.

La amenaza es clara, pero hay algo más en su contacto: una vacilación que sugiere que no se siente del todo cómodo con este enfoque. Bien. La incertidumbre es algo que puedo aprovechar.

—Si daña mi voz —digo, manteniendo el tono a pesar del pánico que me araña el pecho—, no volverá a oírla jamás. Y, por cómo ha hablado de la actuación de esta noche, sería una pérdida considerable para usted.

Baja la mano, pero no retrocede. El espacio entre nosotros se siente cargado, peligroso. —Inteligente. Aprecio esa cualidad.

—Entonces aprecie esto. Cantaré para usted una vez. Una canción, una sola vez. Después de eso, no volveremos a vernos.

—Puede que una vez no baste.

—Tendrá que bastar.

Nos miramos en silencio, calculando ambos los ángulos de esta negociación. Quiere algo de mí que va más allá de una simple actuación; lo veo en la manera en que su mirada se demora en mi rostro, en la atención cuidadosa que presta a mis reacciones. Pero también es lo bastante inteligente para reconocer que apretar demasiado, demasiado rápido, podría destruir aquello que intenta poseer.

—Una actuación —concede por fin—. Pero yo elijo la canción.

—Nada que me haga forzar la voz. Nada que requiera una preparación extensa.

—De acuerdo. Mañana por la noche. Enviaré un coche.

—¿Dónde?

—Se le comunicará.

Da un paso atrás, por fin dejándome espacio para respirar. Los dos hombres se apartan de la puerta ante una señal invisible, despejando mi camino para salir de mi propio camerino.

—Señorita Costa. —Se detiene en el umbral, la mano en el pomo de la puerta—. Gracias por ser razonable.

No respondo. No hay nada razonable en todo esto, y ambos lo sabemos. La puerta se cierra tras ellos, dejándome sola con la

fragancia persistente de una colonia cara y el eco de amenazas veladas.

Me dejo caer en la silla del tocador; de repente, las piernas me flaquean. El espejo refleja la misma cara agotada de antes, pero ahora veo algo más en mi expresión: una dureza que antes no estaba.

Alargo las manos hacia el móvil y me detengo. Tío Emilio tiene que saber esto de inmediato. La presencia de DeSantis en Roma ya no es teórica: se ha plantado en mi camerino, imponiendo exigencias a nuestra familia. Este es el tipo de violación territorial que provoca guerras.

Pero antes tengo que superar la noche de mañana. Una canción, lo he prometido. Una actuación para un hombre cuyo interés por mi voz parece ir mucho más allá de la mera apreciación artística.

La crema fría sigue donde la dejé en el tocador, esperando borrar los últimos restos del triunfo de esta noche. Pero, cuando empiezo a frotar de mi piel el maquillaje de Tosca, me doy cuenta de que hay transformaciones que no se deshacen tan fácilmente.

Esta noche he aprendido que mi mundo, cuidadosamente construido, tiene grietas en los cimientos. Mañana descubriré qué profundas son esas grietas.

3

SALVATORE

El Steinway llega al amanecer, su superficie de ébano reluciendo bajo las arañas de cristal de la finca. Seis hombres lo empujan sobre rodillos por las puertas dobles del salón principal, con movimientos cuidadosos y reverentes. Comprenden el valor de lo que transportan—no solo en dinero, sino en la satisfacción de un hombre que no admite concesiones en cuestiones de calidad.

Observo desde la escalera de mármol cómo lo traen desde el salón y colocan el piano de cola en el centro del salón principal, cuya silueta curvada traza una línea elegante sobre las alfombras persas. La acústica de esta sala es perfecta: techos altos, suelos de madera, muros de piedra que llevarán cada nota con una claridad cristalina. Lo hice probar hace años, cuando adquirí la finca, aunque jamás imaginé que el espacio serviría para este propósito en particular.

—*Signore*. Marco, el jefe de mi servicio doméstico, se acerca con el paso vacilante de quien trae malas noticias. —El afinador del piano solicita acceso.

—Que pase.

El afinador es un anciano con los dedos manchados por décadas de trabajar con alambres de piano y betún para madera. Se mueve alrededor del Steinway con la reverencia de un sacerdote que se

acerca a un altar; su toque es suave cuando abre la tapa del instrumento y se asoma a su corazón mecánico.

—Una pieza preciosa —murmura, pasando un dedo por las cuerdas—. Calidad de concierto. ¿Cuándo fue la última vez que se le hizo la puesta a punto?

—Ayer.

Alza levemente las cejas, pero no formula más preguntas. Los hombres de su oficio saben que mover un piano, incluso de una habitación a otra, ya justifica una revisión. Un ligero golpe y algo puede desafinarse, y este piano debe sonar a la perfección hoy. Se pone a trabajar con precisión metódica, ajustando tensiones y probando armónicos hasta que cada tecla produce exactamente el sonido que debe.

Mientras trabaja, dirijo los ajustes de iluminación. La iluminación original del salón es demasiado dura para el propósito de esta noche: luminarias fluorescentes de techo que pertenecen a un edificio de oficinas, no a un espacio de actuación. Las sustituyo por alternativas más suaves: lámparas de mesa colocadas para proyectar charcos cálidos de luz, velas dispuestas sobre la repisa y las mesas auxiliares, y la lámpara de araña atenuada para proporcionar un resplandor ambiental sin crear sombras.

El efecto transforma el salón de espacio de recepción formal en algo más íntimo, más personal. El piano reposa en un círculo de luz dorada que resaltará cada movimiento de las manos de la intérprete, cada gesto que cruce su rostro mientras canta.

—Afinación perfecta, *Signore* —anuncia el afinador, cerrando la tapa del instrumento con reverente cuidado—. Cantará de maravilla.

Se marcha con su pago y una prima sustanciosa por su discreción. Cuanta menos gente recuerde los preparativos de esta noche, mejor.

Pruebo yo mismo el piano, repasando una melodía sencilla que mi madre me enseñó hace décadas. Las notas fluyen con precisión líquida, cada una suspendiéndose en el aire el tiempo exacto antes de desvanecerse en silencio. La voz de Rosaria encontrará una resonancia perfecta en este espacio.

El pensamiento de su voz me llena de una anticipación que roza el hambre. El encuentro de anoche en su camerino ha revelado capas que no esperaba: inteligencia, desafío, ese tipo de acero interior que no se dobla con facilidad bajo presión. Ha aceptado una actuación, pero sospecho que una sola velada no bastará para saciar lo que se ha despertado en mí.

—*Signore*. Marco regresa con el gesto cuidadosamente neutro. —El chef Benedetto pregunta por los refrigerios para esta noche.

—Espresso. Nada más.

—¿Nada más, *Signore*?

—Me ha oído.

La comida sería una distracción, una complejidad innecesaria que podría desviar la atención del verdadero propósito de la velada. El espresso cumple una doble función: la mantendrá alerta, concentrada, y al mismo tiempo brindará un pequeño ritual de hospitalidad que mantiene la ilusión de civilidad.

Marco asiente y se retira, sus pasos resonando contra los suelos de mármol. La finca queda en silencio salvo por los sonidos lejanos de los preparativos: personal que se mueve por las estancias con la eficacia ensayada de quienes conocen las expectativas de su empleador.

Me retiro a mi despacho para ocuparme de asuntos que no pueden esperar a que concluya la noche. El sillón de cuero tras mi escritorio ha tomado la forma de mi cuerpo con los años, su superficie pulida por incontables horas de planificación y toma de decisiones. La vista a través de los ventanales altos muestra los jardines impolutos extendiéndose hacia las colinas, pero mi atención se centra en los papeles esparcidos sobre la mesa.

Contratos. Manifiestos de carga. Mapas de territorio marcados con tinta roja para señalar zonas de expansión y de conflicto. El negocio del poder exige atención constante, un cálculo interminable de riesgo y recompensa.

El interfono zumba con precisión mecánica. —*Signore*, Gianni Torrino ha llegado para su cita.

—Que pase.

Gianni entra con el paso medido de un hombre que ha sobrevivido treinta años en este negocio sabiendo cuándo hablar y cuándo escuchar. Su traje está bien cortado, pero no es ostentoso; su pelo cano, perfectamente arreglado; sus manos, limpias de cualquier indicio que pudiera relacionarlo con la violencia que su puesto exige a veces. Es mi lugarteniente más fiable, el arquitecto de las negociaciones que han ampliado nuestro territorio por todo el sur de Italia.

—La situación Costa —empieza sin preámbulos, acomodándose en la silla frente a mi escritorio—. Emilio está ganando tiempo.

—Explique.

—Tres semanas de reuniones y no estamos más cerca de una resolución que cuando empezamos. No para de cambiar sus exigencias y añadir condiciones nuevas. Ayer quería mayor acceso a las obras en Roma a cambio de las concesiones de rutas de envío.

Me reclino en la silla, con las yemas de los dedos unidas, mientras proceso la información. Emilio Costa ha controlado territorio romano durante veinte años mediante una combinación de violencia estratégica y corrupción política. Entiende que una confrontación directa con mis fuerzas sería costosa para ambos, pero también reconoce que ceder los puertos del sur debilitaría su posición de forma significativa.

—¿Cuál es su oferta actual?

—El cuarenta por ciento de los ingresos portuarios a cambio de acceso a las obras y una garantía de que no nos expandiremos al norte del río Garigliano.

—El cuarenta por ciento—. La cifra me sabe amarga. —Me trata como a un socio menor en mi propio territorio.

—Y aún peor. Quiere derechos de supervisión sobre todos los manifiestos de carga. Alega que es necesario para evitar conflictos con sus contratos actuales.

—Fantasía—. La palabra me sale lo bastante áspera como para que Gianni se remueva en la silla. —Los puertos son míos. Ganados con sangre y estrategia mientras él jugaba a la política con senadores romanos. ¿Quiere supervisión? Que observe desde lejos mientras cuenta su porcentaje.

Gianni asiente, pero le veo la preocupación en la expresión. —Está ganando tiempo, *Signore*. Cada semana de negociaciones le permite fortalecer su posición y cobrar favores a sus aliados. Si vamos a actuar, debería ser pronto.

—¿Cómo?

—Presión. Económica primero, y escalar si es necesario. Controlamos el tráfico marítimo hacia Nápoles, lo que significa que controlamos todo lo que se mueve por el sur de Italia. Unas cuantas entregas interrumpidas, algunos contenedores retrasados, y las empresas romanas empiezan a cuestionar la fiabilidad de Costa.

La estrategia tiene mérito, pero también entraña riesgos. La presión económica invita a represalias, y Emilio se ha pasado décadas tejiendo relaciones con empresas legítimas que le dan cobertura política. Romper esas relaciones podría empujarlo a una respuesta violenta del tipo que atrae la atención indeseada de las fuerzas del orden.

—¿Y alternativas?

—Podríamos saltárnoslo por completo. Negociar directamente con las familias que controlan territorios concretos en Roma. Algunas empiezan a impacientarse bajo el liderazgo de Costa.

—Nombres.

—La familia Bianchi controla los distritos orientales. Viejo dinero, pero sus territorios han ido perdiendo valor a medida que el desarrollo se desplaza hacia el oeste. El clan Rossi se ocupa de los contratos de gestión de residuos, pero las reformas del Ayuntamiento les están recortando el negocio. Las dos familias se nos han acercado por medio de intermediarios.

Posibilidades interesantes, pero que requieren un cultivo cuidadoso. Traicionar a Emilio Costa no es una decisión que ninguna familia romana tome a la ligera, por muchas que sean sus actuales quejas.

—Continúe las negociaciones con Emilio por ahora, pero empiece conversaciones preliminares con los representantes Bianchi y Rossi. Nada comprometido, solo explorar intereses mutuos.

—Entendido.

Un golpe en la puerta interrumpe nuestra conversación. Bruno entra sin esperar permiso, con el gesto contraído que delata asuntos urgentes.

—Perdone la interrupción, *Signore*. Tenemos una situación.

—Hable.

—Vehículos de los Costa fuera del almacén de Castellammare. Tres coches, sin distintivos, pero sin duda suyos. Los nuestros han reconocido a dos de los conductores de encuentros anteriores.

El almacén representa una parte importante de nuestras operaciones en el sur: depósito de armas, blanqueo de dinero, un punto de coordinación para actividades que requieren aislamiento de las zonas civiles. La vigilancia de los Costa sugiere o bien recogida de información o preparación para una acción más agresiva.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí?

—Los han visto por primera vez hace dos horas. Mantienen la distancia, pero su posición sugiere que están catalogando nuestro dispositivo de seguridad.

—Duplique la rotación de guardia. Autorización total de armas, pero ningún enfrentamiento salvo que inicien ellos el contacto. Quiero informes cada hora.

—Ya está hecho, *Signore*. Pero si están planeando algo...

—No lo están—. La certeza en mi voz nace de años leyendo las intenciones del enemigo. —Esto es teatro. Emilio quiere que sepamos que puede alcanzar nuestras operaciones, pero no está listo para un conflicto abierto. Si lo estuviera, esos coches serían bombas, no vigilancia.

Bruno asiente, pero mantiene la mano cerca de la funda bajo la chaqueta. —¿Y nuestra respuesta? Los hombres preguntan si debemos devolverles el favor.

—No. Que malgaste recursos en exhibiciones inútiles. Esta noche tenemos asuntos más importantes.

El recordatorio de la cita de esta noche hace que la anticipación me recorra las venas. En unas horas, Rosaria Costa estará en mi salón, su voz llenando el espacio que he preparado específicamente para ella. El pensamiento me ha consumido la atención durante las

últimas veinticuatro horas, relegando las cuestiones de negocio a un segundo plano.

Gianni y Bruno se cruzan miradas; sus expresiones delatan curiosidad por el misterioso evento de esta noche. Ninguno de los dos pregunta nada: entienden que los asuntos privados de su jefe siguen siendo privados salvo que él decida compartir detalles.

—¿Algo más? —pregunto.

—Los informes mensuales de nuestras operaciones en Sicilia —propone Gianni, sacando una carpeta de cuero de su maletín—. Los ingresos han subido un doce por ciento, pero estamos viendo una mayor competencia de contrabandistas de Europa del Este.

—Ocúpese. Utilice los recursos que hagan falta para mantener nuestra posición en el mercado.

Asiente y se retira, llevándose la carpeta con él. Bruno se demora un instante, con la mirada recorriendo los papeles esparcidos por mi escritorio.

—La chica de los Costa —dice por fin—. ¿Tiene esto que ver con las negociaciones del transporte?

La pregunta me pilla desprevenido. He procurado mantener el arreglo de esta noche al margen de los asuntos de negocios, pero los instintos de supervivencia de Bruno están muy afinados. Sabe reconocer cuándo los intereses personales se cruzan con las obligaciones profesionales.

—¿Por qué lo pregunta?

—El momento parece significativo. Estamos presionando a Emilio por el territorio y, de repente, su sobrina visita nuestra finca. Podría verse como una escalada.

—No lo es.

—Pero otros podrían interpretarlo de otra manera. Si a Emilio le llega la noticia de que estamos implicando a miembros de la familia...

—No se está implicando a nadie. Esta noche es un acto cultural privado. Nada más.

La expresión de Bruno sugiere que no encuentra convincente esta explicación, pero tiene la prudencia de no insistir. —¿Alguna recomendación de seguridad?

—Presencia mínima. Aposte a dos hombres en el portón y a otros dos en el patio. El resto mantiene sus posiciones habituales. No quiero que esta velada parezca una operación militar.

—Entendido, *Signore*.

Se marcha, y me deja a solas con la luz de la tarde filtrándose por las ventanas del despacho. Los terrenos de la finca están en calma, con los jardineros cuidando los parterres y el personal de mantenimiento preparándose para las actividades de la velada. Todo parece normal, doméstico, nada amenazador.

El escenario perfecto para lo que promete ser una actuación inolvidable.

Vuelvo a mi mesa, intento concentrarme en los manifiestos de carga y los informes de territorio, pero me resulta imposible. La mente se me va una y otra vez hacia imágenes de Rosaria Costa—la contenida gracia con que se movió en el enfrentamiento de anoche, el desafío que centelleó en sus ojos oscuros, cómo sonará su voz en la acústica íntima de mi salón.

Las horas pasan en este estado de distracción. Los empleados aparecen de cuando en cuando con preguntas y novedades, y sus voces me llegan como desde muy lejos. El sol recorre el cielo, proyectando cambiantes dibujos de luz y sombra a través de las ventanas del despacho.

Por fin, cuando se acerca la tarde, abandono cualquier pretensión de trabajar. Los papeles siguen desperdigados por mi mesa, sin leer y sin importancia. Esta noche exige toda mi atención, una concentración absoluta en la mujer que en breve honrará mi casa con su presencia.

Me ducho y me visto con especial cuidado, elijo un traje antracita que me sienta perfecto sin resultar ostentoso. El objetivo es proyectar una imagen de poder depurado—lo bastante rico para imponer respeto, lo bastante sofisticado para apreciar el arte, lo bastante peligroso para asegurar la obediencia.

El salón aguarda en perfecta disposición. Las velas parpadean en los candelabros, derramando una luz cálida sobre las superficies pulidas. El Steinway reposa en su círculo de luz, su superficie de

ébano reflejando las llamas con una nitidez perfecta de espejo. El aire trae los leves aromas de colonia cara y cera de madera.

Me coloco junto al piano y consulto el reloj mientras se consumen los últimos minutos. Siete y media. Debería llegar puntualmente—la puntualidad es un rasgo de supervivencia en familias donde la impuntualidad puede interpretarse como una falta de respeto.

El zumbido del interfono corta el silencio del salón con precisión mecánica.

—*Signore*, el coche se acerca al portón.

Se me acelera el pulso, aunque mantengo una expresión cuidadosamente compuesta. —Muy bien.

—¿Debemos acompañar a la invitada directamente al salón principal?

—Sí. Nada de demoras.

Los minutos se estiran con una tensión elástica mientras aguardo su llegada. Los pasos resuenan en el pasillo, al otro lado de las puertas del salón, y se acercan con la inevitabilidad del destino.

El interfono vuelve a crepitar. —*Signore*, su invitada ha llegado.

Palabras que encierran la promesa de todo lo que he estado aguardando. Esta noche, Rosaria Costa actuará en el espacio que he creado específicamente para su voz. Esta noche, la obsesión que comenzó en un palco de teatro encontrará su primera expresión.

—Hágala pasar.

4

ROSARIA

Las verjas se cierran a mi espalda con un sonido que me reverbera en el pecho. Bruno—al menos creo que así se llama—me guía por un sendero de grava impecable hacia la villa. Cada seto está recortado con precisión matemática, cada piedra colocada con deliberada intención. El edificio se alza delante con líneas limpias de mármol pálido; las ventanas, oscuras a pesar del sol de la tarde.

No ladran perros desde perreras ocultas. Ningún jardinero atiende los parterres inmaculados. Incluso las fuentes funcionan en completo silencio, su agua cayendo en hilos constantes y apagados. Este silencio parece fabricado, opresivo. La finca existe para recordar a los visitantes su insignificancia.

—Vaya comité de bienvenida —murmuro al acercarnos a la puerta principal.

Bruno no responde. Abre la puerta sin ceremonias y me indica que entre. El vestíbulo engulle nuestra entrada; los suelos de mármol brillan como un espejo. Una única lámpara de araña de cristal refracta la luz en fragmentos afilados por las paredes desnudas.

—Por aquí, *Signorina* Costa. Su voz resuena pese a su suavidad. Avanzamos por pasillos que no revelan nada de su propietario. No hay fotografías sonriendo desde las mesitas. Ningún cuadro suaviza

las paredes austeras. El mobiliario parece elegido por su precio antes que por su comodidad: sillones de cuero pulcro que jamás invitarían a relajarse, mesas de cristal en las que se marcaría cualquier huella.

—¿De verdad vive alguien aquí? —pregunto, incapaz de contener la pregunta.

La boca de Bruno se contrae. —El *Signor* DeSantis prefiere la sencillez.

Sencillez. La palabra me sabe amarga mientras pasamos habitación tras habitación estéril. Una biblioteca llena de libros cuyos lomos parecen intactos. Un comedor dominado por una mesa en la que cabrían veinte, pero que no muestra indicio alguno de haber albergado jamás una comida. Cada espacio parece diseñado para intimidar, no para vivirlo.

Bruno se detiene ante unas dobles puertas de madera oscura, sin tiradores ni adornos. Las empuja y dejan ver el salón principal, y se me corta la respiración pese a mi determinación de no inmutarme.

La sala se abre ante mí, con silencio de catedral, dominada por focos que iluminan un piano de cola y una única silla. La iluminación convierte el conjunto en algo que recuerda a un santuario o a un escenario. La superficie negra del piano reluce, casi líquida en su perfección. La silla espera vacía, expectante.

—Enseguida estará con usted. Bruno retrocede hacia el pasillo, dejándome allí. Me siento fuera de lugar, perdida entre las decoraciones pretenciosas y con una ansiedad extraña por acabar de una vez.

Las puertas se cierran y, aunque no están echadas con llave, no intento abrirlas. Me quedo sola, dolorosamente consciente de lo pequeña que parezco bajo el artesonado. He venido porque lo hizo parecer como si no tuviera elección, y aquí estoy preguntándome cuán importante debo de ser si ni siquiera puede estar esperándome.

Me vuelvo y me acerco despacio al piano; mis tacones repiquetean contra el mármol con un ritmo que parece demasiado alto para este silencio sagrado. *Steinway & Sons*, proclaman las letras doradas. Por supuesto: lo mejor que el dinero puede comprar.

—¿Admirando la artesanía? —oigo. No me sobresalto—años de entrenamiento me han enseñado a controlarme—, pero se me acelera el pulso. Salvatore DeSantis entra sin hacer ruido, moviéndose con una gracia contenida. Su traje oscuro le sienta a la perfección, enfatizando la fuerza esbelta de su figura. La luz atrapa la línea afilada de su mandíbula, la inteligencia calculadora de sus ojos verdes.

—Me preguntaba si alguna vez lo han tocado —respondo, manteniendo la voz firme al volverme hacia él. Un hombre mayor, quizá de sesenta o setenta, de pelo encanecido y piel arrugada, entra en silencio y toma asiento en el banquillo del piano sin mirarme ni una sola vez.

—No muy a menudo. —Se acerca con pasos medidos, ni apresurados ni vacilantes.—La música requiere un público que merezca la interpretación.

La insinuación queda suspendida entre nosotros. Se coloca junto a la silla, pero no se sienta; me estudia con la intensidad de quien examina una adquisición especialmente interesante.

—¿Para esto me ha hecho venir hasta aquí?

La boca se le curva en lo que, siendo generosos, podría llamarse una sonrisa. —Nadie la ha traído a la fuerza, Rosaria.

La forma en que pronuncia mi nombre—cuidadosa, posesiva—me enciende el pecho con un calor indeseado. —No he venido por voluntad propia.

—La elección es un lujo. —Se acomoda en la silla con precisión fluida, sin apartar en ningún momento la atención de mi rostro.—Lo que importa es que está aquí.

—¿Y qué, exactamente, espera de mí?

—Creo que lo sabe.

Sus manos reposan sobre los brazos de la silla con una autoridad despreocupada; los dedos, adornados con anillos, captan la luz cuando se mueve. Los focos recortan sus facciones con nitidez mientras dejan el cuerpo en sombra, creando la impresión de un rostro flotando en la oscuridad.

—Quiere que cante. No es una pregunta.

—Quiero oír lo que Roma se ha estado guardando.

—Roma no me acapara. Actúo allí porque lo decido yo.

—¿Ah, sí? —Se inclina un poco hacia delante.—¿O actúa allí porque su tío se lo permite?

La pregunta da más en el clavo de lo que me gustaría admitir. —Mi carrera es mía.

—Su carrera existe a merced de hombres que la ven como un adorno útil. —Su voz lleva la certeza de quien se ha propuesto conocer esas cosas.—Al menos yo soy honesto con lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quiere?

—¿Ahora mismo? Oírla cantar.

Podría negarme. Podría darme la vuelta y caminar hacia esas puertas, exigir que me lleven de inmediato de vuelta a Roma. Pero algo en su voz, en la forma en que permanece perfectamente quieto mientras me observa, hace que negarme parezca imposible.

Sin calentar, sin preparación, me coloco junto al piano. Mis manos hallan su sitio a ambos lados del cuerpo. La columna se me endereza en la postura inculcada a base de incontables horas de entrenamiento.

—¿Alguna petición? —pregunto, odiando lo entrecortada que suena mi voz.

—Sorpréndame.

Elijo a Puccini, el aria de *Tosca* que jamás deja de acallar incluso al público más inquieto y, al volverme de nuevo, le doy la indicación al pianista, cuyo asentimiento solemne y su sonrisa escueta me dicen que está preparado. *Vissi d'arte* se eleva de mi garganta sin intervención consciente, cada nota hallando su afinación perfecta en un espacio de acústica impecable. El mármol amplifica y enriquece el sonido, convirtiendo mi voz en algo que parece emanar de las propias paredes.

No miro su rostro mientras canto, pero siento su atención sobre mí con intensidad física. El aria habla de arte y amor, de sacrificio y traición, temas que de pronto se vuelven incómodamente pertinentes.

La nota final se desvanece en un silencio más hondo que antes. Permanezco inmóvil, con las manos aún a los lados, y por fin me permito encontrarme con su mirada.

Salvatore junta las manos en un aplauso lento y deliberado. Cada palmada resuena por el espacio antes de ser absorbida por las sombras.

—Magnífica —dice, levantándose de la silla—. Aunque su voz se desperdicia en la ópera.

Las palabras me golpean con una fuerza inesperada. —No está en venta.

—Todo está en venta, Rosaria. La única pregunta es el precio.

Él da vueltas a mi alrededor con paciencia de depredador. Me obligo a permanecer quieta, a no mostrar ninguna reacción a su proximidad. Pero sigo su movimiento, muy consciente de cómo me estudia desde cada nuevo ángulo.

—¿Cree que puede comprarme?

—Creo que ya está comprada. Actúa cuando su tío se lo ordena, calla cuando se lo exige, sonríe cuando sirve a sus propósitos —completa el círculo, colocándose de nuevo justo delante de mí—. La única diferencia es que yo valoraría lo que poseo.

—No soy algo que se pueda poseer.

—¿No? —Da un paso más, lo bastante cerca para que pueda oler su colonia, superpuesta a algo más oscuro, más esencial—. Entonces, ¿por qué está aquí?

—Porque usted amenazó con exponer—.

—Hice una oferta. Usted la aceptó —da otro paso hacia mí—. ¿Se sintió diferente cantar para mí?

La pregunta me pilla desprevenida. —No. No lo fue.

—Miente —su voz baja hasta algo que roza la intimidad—. Observé su rostro. Cantó distinto aquí que en cualquier escenario de Roma.

—Usted no sabe cómo canto en ninguna parte.

—La he visto actuar —ya está lo bastante cerca como para distinguir la pequeña cicatriz sobre su ceja izquierda, el matiz exacto de verde de sus ojos—. Tres veces, en butacas de orquesta, sección central. Canta de maravilla, con profesionalidad, a la perfección. Pero no canta con pasión.

La observación me perturba más que su cercanía. —Mi técnica es impecable.

—Su técnica es irrelevante. La técnica está al servicio de la pasión, no al revés —inclina un poco la cabeza, estudiándome el rostro—. ¿Cuándo fue la última vez que cantó porque quería, y no porque alguien lo esperaba?

Abro la boca para responder y me doy cuenta de que no puedo recordar. El silencio crece entre nosotros, cargado de implicaciones que no quiero examinar.

—Lo sintió —continúa, con la voz apenas por encima de un susurro—. La diferencia. Cantar para alguien que de verdad escucha en lugar de para alguien que simplemente oye.

—Se equivoca.

—¿Ah, sí? —Alza la mano, y sus dedos se detienen a un suspiro de rozarme la mejilla—. Tiene el pulso acelerado.

Me obligo a no dar un paso atrás, a no darle el gusto de verme retroceder. —El miedo hace eso.

—¿Ah, sí? —Baja la mano, pero no se aparta—. ¿Me teme, Rosaria?

—Sería estúpida si no le temiera.

—Eso no es lo que he preguntado.

La peligrosa verdad flota entre nosotros, sin pronunciarse. Tengo miedo—pero no del modo que él podría esperar—. Me asusta cómo responde mi cuerpo a su proximidad, cómo su seguridad me hace querer rendirme. Me asusta lo diferente que me sentí al cantar para él, cómo la música pareció brotar de un lugar más hondo de lo que la técnica permite.

—Debería irme —digo.

—Sí, debería.— Pero no se mueve para dejarme pasar. —La próxima vez, no se irá sin darme más.

—No habrá una próxima vez.

Su sonrisa se ensancha, volviéndose algo más genuino e infinitamente más peligroso. —Los dos sabemos que eso no es verdad.

Me vuelvo hacia las puertas, pero su voz me detiene.

—Rosaria.

No me doy la vuelta, pero dejo de caminar.

—La semana que viene. A la misma hora. —Las palabras llevan el peso de la inevitabilidad—. No es opcional.

—Todo es opcional —le digo, sabiendo ya que no voy a rechazar la invitación de este hombre—. Tiene razón, fue distinto cantar para él. Dos horas de coche para cantar una sola canción, y lo volveré a hacer, joder, simplemente porque me lo ha pedido.

—Esto no.

Bruno aparece como por arte de magia; las puertas se abren y revelan su figura paciente. Pero cuando avanzo hacia la salida, Salvatore vuelve a hablar.

—Piénselo —me llama a la espalda—. Cuando vuelva a Roma, actuando para públicos que aplauden porque toca, pregúntese cuál se sintió más real.

No respondo, pero sus palabras me acompañan por los pasillos asépticos. Bruno me escolta en el mismo silencio que marcó nuestra entrada, pasando junto al comedor sin usar, la biblioteca impoluta, el vestíbulo con su lámpara de araña de brillo cortante.

El coche espera en la rotonda de entrada, con el motor en marcha. Cuando Bruno abre la puerta, echo una última mirada a la villa. Salvatore está en una de las ventanas superiores, contemplando mi partida con la paciencia de quien sabe que voy a volver.

Me acomodo en el asiento de cuero sin hacer ademán alguno, pero siento su mirada hasta que el coche atraviesa las verjas y toma la carretera de regreso a Roma.

El campo se desliza a toda velocidad, pero no veo nada. En su lugar, repaso sus palabras, el control minucioso de su voz cuando pronunció mi nombre, la manera en que se acercó sin llegar a tocarme. Me digo que no son más que las observaciones de alguien que está aprendiendo a moverse en una situación peligrosa.

Pero no puedo ignorar la verdad que él señaló con tanta facilidad. Sí que canté de forma distinta para él. La música brotó de un lugar cuya existencia había olvidado, en algún sitio por debajo de la técnica, la formación y las expectativas. Durante esos pocos minutos, no fui La Rosa de Roma ni la sobrina útil de Emilio ni la creación cuidadosamente diseñada de nadie.

Era sencillamente alguien que sabía cantar.

Las luces de la ciudad asoman en el horizonte, prometiendo la ilusión de seguridad y normalidad. Pero llevo conmigo el eco de aquella sala y la certeza de que la semana que viene, diga lo que me diga de aquí a entonces, volveré.

La función, me doy cuenta con una claridad cristalina, no ha hecho más que empezar.

5

SALVATORE

Toda la sala de vigilancia vive en un crepúsculo permanente, con hileras de monitores proyectando sombras azul blanquecinas sobre las paredes de hormigón. Me acomodo en el sillón de cuero frente a la pantalla central y los dedos se me mueven con precisión sobre el teclado. La marca temporal indica 15:47:23 mientras saco en pantalla las imágenes de la actuación de esta tarde.

Rosaria aparece en pantalla en alta definición, cada detalle captado por las cámaras que mandé instalar por todo el auditorio. El ángulo muestra su perfil mientras se coloca junto al piano, la espalda recta, las manos entrelazadas, con una postura profesional. Incluso a través del objetivo, su belleza me golpea con la misma fuerza que esgrimió en persona.

La veo abrir la boca, aunque el audio me llega por unos altavoces que transforman su voz en algo clínico, digital. La actuación real vive en mi memoria—la forma en que su voz llenó el espacio entre nosotros, cómo parecía brotar de un lugar etéreo, de otro mundo. Pero las imágenes revelan lo que me perdí mientras me ahogaba en su sonido.

No me mira nunca de frente. Ni una sola vez en toda el aria. Fija la mirada en puntos más allá de mi silla, por encima de mi cabeza,

en cualquier sitio salvo mi rostro. Incluso cuando termina y por fin se cruza con mi mirada, la cámara capta el instante de rendición antes de que reconstruya sus murallas.

Vuelvo a reproducir la secuencia, estudiando cómo se mantiene. El control irradia de cada línea de su cuerpo, desde la colocación cuidadosa de los pies hasta la quietud deliberada de los hombros. Interpreta con la disciplina de quien ha aprendido que la supervivencia depende de la perfección.

Pero hay grietas, fisuras microscópicas en su compostura que las cámaras captan con un detalle implacable. El leve temblor en la mano izquierda cuando la rodeo por detrás. El modo en que cambia su respiración cuando me acerco. El pulso visible en su garganta cuando menciono que valoro lo que es mío.

Detengo las imágenes en su rostro en ese instante y acerco el zoom hasta que sus facciones llenan la pantalla. Sus ojos oscuros no revelan nada a un observador casual, pero yo veo la verdad escondida bajo su actuación. Lo sintió—la atracción entre nosotros, la manera en que el aire cambió cuando entré en su espacio. Puede negarlo con palabras, pero su cuerpo la delata.

El control que mantiene me fascina más que su voz, más que su belleza. Representa un desafío que me acelera el pulso como no me ocurría desde que tomé el poder. Quiero ver qué hay bajo esa fachada perfecta. Quiero ser quien la haga añicos.

—¿Jefe?

La voz de Bruno me atraviesa la concentración. No me aparto de la pantalla, pero le hago un gesto para que continúe.

—Tenemos noticias del almacén de Roma. Han pasado tres camiones esta noche, todos con marca de Costa.

Ahora giro la silla para encararle. Bruno se queda en el umbral, con su porte militar intacto pese a los años de servicio civil. Su expresión no revela nada, pero su tono carga con un peso que he aprendido a leer.

—¿Y bien?

—A uno le hemos puesto una baliza. Inserción limpia, sin que nos detectaran. Pero los otros dos... —Hace una pausa, eligiendo las

palabras—. Los han limpiado. Trabajo profesional. Alguien sabía que los estábamos vigilando.

La noticia no me sorprende, pero confirma lo que sospechaba. Emilio Costa no levantó su imperio a base de descuidos. Nos ha estado vigilando con el mismo cuidado con que nosotros le vigilamos a él, y el juego ha ido más allá de la simple vigilancia.

—¿Cuántos hombres tenemos en el almacén?

—Seis, en turnos rotativos. Pero si nos han cazado en dos camiones—

—Nos han cazado en los tres —vuelvo a los monitores y abro las señales de la operación de Roma—. El que nos dejaron balizar fue el mensaje.

El almacén aparece en pantalla con una visión nocturna granulada, sus muelles de carga atareados con el comercio legítimo. El comercio legítimo de Costa, que corre en paralelo a sus empresas más lucrativas. Los camiones que ha mencionado Bruno están en formación junto a la entrada sur; sus conductores probablemente ignoran la partida de ajedrez mortal que se juega a su alrededor.

—¿Cuáles son sus órdenes?

Antes de que pueda responder, Gianni aparece detrás de Bruno, su figura delgada ocupando el espacio que queda en el umbral. El rostro de mi consigliere lleva esa expresión que he aprendido a asociar con malas noticias servidas con diplomacia cuidadosa.

—Tenemos que hablar —dice, echando un vistazo a los monitores —. Sobre la escalada.

Hago un gesto para que entren los dos y corto las señales. De pronto, la sala de vigilancia se me antoja más pequeña con tres cuerpos ocupando un espacio diseñado para la observación en solitario. Gianni se coloca en la esquina desde donde puede vigilar tanto la puerta como mi cara; viejas costumbres de años navegando por aguas traicioneras.

—Hable.

—Si nos movemos contra el almacén ahora, desatamos una guerra para la que no estamos preparados —la voz de Gianni lleva el compás medido de quien ha sobrevivido eligiendo bien las palabras

—. Costa tiene el doble de hombres que nosotros en Roma, y sus conexiones políticas son más profundas que las nuestras.

—Sus conexiones políticas no le ayudarán si está muerto.

—Llegar hasta él exige atravesar sus defensas. Atravesar sus defensas exige recursos de los que no disponemos —da un paso más cerca, la voz bajando al tono que usa cuando entrega verdades indeseadas—. Si apretamos demasiado ahora, lo perdemos todo.

Bruno asiente, aunque su instinto de soldado claramente favorece la acción sobre la paciencia. —Gianni tiene razón con los números. Costa lleva reforzando su posición desde que corrió la voz sobre nuestra expansión. Está listo para una confrontación directa.

Estudio a ambos hombres, leyendo la cautela en sus rostros. Ven la situación táctica con claridad: Costa ocupa la posición más fuerte en Roma, y una agresión prematura podría destruir todo lo que he construido en Nápoles. Su análisis es correcto, lógico, profesional.

También es irrelevante.

—La guerra ya viene —les digo, mi voz cortando sus preocupaciones diplomáticas—. La cuestión no es si luchamos, sino si elegimos el campo de batalla.

—Jefe...

—Costa tiene algo que quiero. Sabe que lo quiero. Cada día que no se lo arrebato, parezco débil ante los míos y ante los suyos —me pongo en pie, paseando hasta el banco de monitores que muestran señales de todo mi territorio—. La debilidad invita a la agresión. Es mejor atacar desde una posición de fuerza que defenderse desde una de debilidad.

Gianni y Bruno intercambian una mirada, una comunicación muda perfeccionada tras años de sociedad. Por fin, Gianni habla.

—¿Qué quiere del almacén?

—Amplíen la vigilancia. Cobertura total en todos los accesos, no esta mierda selectiva con la que hemos estado operando. Si Costa quiere jugar con camiones marcados, quiero saber cuáles llevan su droga y cuáles llevan su colada.

—Ese nivel de vigilancia requiere más hombres —interviene Bruno—. Hombres que tendríamos que sacar de otras operaciones.

—Entonces, sáquenlos.

—¿Y si Costa toma represalias?

—Tomará represalias. La cuestión es cuándo y cómo —me vuelvo para encararlos, mi decisión cristalizándose—. Quiero el almacén reforzado. Dupliquen la rotación de guardias, añadan tiradores en las azoteas y asegúrense de que tengamos líneas de tiro despejadas en cada acceso.

—Eso es una instalación militar —advierte Gianni—. Si pone ese tipo de potencia de fuego en Roma, Costa tendrá que responder. Su reputación depende de ello.

—Bien. Que responda. Que muestre sus cartas mientras aún controlamos los tiempos.

Bruno se yergue, su porte profesional se endurece al ponerse en modo operativo. —¿Y las posiciones de repliegue?

—Elaboren planes para una retirada completa si fuera necesario. Rutas alternativas, casas seguras, puntos de extracción para el personal clave —hago una pausa, sopesando las implicaciones—. Y, Bruno, asegúrese de que los planes contemplen... complicaciones.

Ambos entienden a qué me refiero. Si esto escala más allá de disputas de territorio, si se vuelve personal, las reglas cambian. Los planes hechos para la guerra de negocios se vuelven inadecuados cuando entran en juego el honor y la posesión.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunta Gianni.

—Hasta que Costa haga su siguiente movimiento. Pueden ser días, pueden ser semanas —me acomodo de nuevo en la silla, la atención regresando a los monitores—. Pero va a llegar. Y cuando llegue, quiero que estemos listos.

Me dejan a solas con mis pantallas y mis pensamientos, sus pasos desvaneciéndose en el silencio perpetuo de la villa. Vuelvo a sacar en pantalla las señales del almacén, estudiando los patrones de movimiento, el flujo de camiones y de personal que enmascara el negocio real de Costa. En algún lugar de ese caos organizado está la debilidad que necesito explotar.

Pero mi atención se desliza de nuevo hacia las imágenes de la actuación, hacia el rostro de Rosaria congelado en perfección digital. Ahora representa más que atracción, más que un trofeo que ganar.

Se ha convertido en el símbolo de todo lo que Costa tiene y yo quiero, de todo lo que él cree que su poder puede proteger.

La ironía no se me escapa. Al intentar usarla como arma contra su tío, he descubierto que se ha vuelto algo mucho más peligroso: una vulnerabilidad que no puedo permitirme, pero que tampoco puedo abandonar.

Cambio a las señales en directo desde Roma, escaneando el panorama urbano en busca de signos de actividad de Costa. En algún lugar de esas calles estrechas, Rosaria duerme en su piso, probablemente soñando con escenarios y públicos y con la vida que cree controlar. Mañana despertará e intentará convencerse de que nuestro encuentro no significó nada, de que puede resistirse al tirón entre nosotros con mera determinación.

El equipo de vigilancia zumba a mi alrededor, un latido mecánico en la oscuridad. Cada monitor muestra un ángulo distinto de mi imperio, el territorio que he reclamado a base de sangre y estrategia. Pero nada me parece tan importante como la única mujer cuya voz aún resuena en mi memoria.

Cierro las imágenes de la actuación y abro una nueva pantalla, conectada a redes que oficialmente no existen. Con toques cuidadosos en las teclas, navego hasta servicios que atienden a necesidades particulares, negocios que no hacen preguntas y no dejan rastro.

El encargo es sencillo: una orquídea blanca, recién salida del invernadero, entregada a una dirección en Roma. El sistema de la floristería acepta mi pago por canales cifrados y procesa la transacción en segundos. Pero el mensaje requiere más reflexión.

Las palabras tienen poder, especialmente cuando se entregan a alguien tan inteligente como Rosaria. Decir demasiado amenaza con revelar debilidad. Decir demasiado poco no transmite la intención. El mensaje debe moverse en el filo entre promesa y amenaza, entre invitación y orden.

Tecleo las palabras despacio, cada letra elegida con la precisión que aplico a empresas más violentas.

Me debe otra.

Simple. Directo. Abierto a interpretación y, aun así, con un sentido inequívoco. Entenderá lo que quiero, y sabrá que negarse no es realmente una opción. La orquídea llegará mañana por la mañana, un recordatorio blanco de la actuación que me debe y del hombre que espera cobrarla.

En unas horas, el amanecer se alzará sobre el campo, trayendo noticias de la respuesta de Costa a nuestra vigilancia del almacén. El juego seguirá su progresión mortal, pero por ahora, en la oscuridad azulada de la sala de vigilancia, me permito anticipar su reacción. Abrirá la puerta y encontrará la orquídea esperando, con sus pétalos perfectos y acusadores. Leerá la nota y entenderá que la distancia no significa nada, que la protección de su tío no puede blindarla de lo que ha despertado.

Mañana, Rosaria Costa tendrá en las manos la prueba de que puedo alcanzarla en cualquier parte.

Me reclino en la silla, rodeado por las herramientas de la guerra moderna, y sonrío. La guerra llega a Roma, y pienso ganarla en todos los frentes que importan. Territorio, reputación, poder... y la mujer cuya voz se ha convertido en la banda sonora de mi ambición.

La orquídea llegará al amanecer, blanca y perfecta e imposible de ignorar. Y con ella, el mensaje de que nuestro baile no ha hecho más que empezar.

6

SALVATORE

La sala de ensayos del Teatro dell'Opera di Roma hoy me parece más pequeña después de haber cantado para Salvatore en su gran salón. Sus paredes familiares se me echan encima mientras repaso la lista de reparto actualizada, colgada junto a la entrada. Mi nombre aparece a media página, relegado a un papel secundario que no canto desde mi segunda temporada. El papel principal —mi papel— ahora pertenece a otra persona.

Leo la lista tres veces, y en cada pasada se confirma lo que me niego a aceptar. Ayer era Tosca. Hoy me relegan al coro, mi voz juzgada de repente insuficiente para el papel que he hecho mío durante dos años. La degradación llega sin explicación, sin aviso, sin la cortesía de una conversación.

—¿Algún problema, Rosaria?

Alba Sorrenti se materializa a mi lado, con la voz cargada de falsa simpatía. Examina la lista de reparto con una satisfacción mal disimulada, y su dedo recorre la línea donde su nombre figura ahora en el lugar que ocupaba el mío ayer.

—En absoluto —replico, manteniendo la voz firme pese a la furia que se me acumula en el pecho—. —Enhorabuena por tu ascenso.

—Gracias. Seguro que lo entiendes: estas decisiones se toman por el bien de la producción. —Hace una pausa, dejando que las

palabras calen—. —Seguro que tu tío se sentirá orgulloso de tu... flexibilidad.

La mención de Emilio me hiela la sangre, pero me niego a darle la reacción que busca. En su lugar, me aparto de la lista y camino hacia las salas de ensayo, con los tacones repiqueteando sobre el mármol que ha sido testigo de décadas de traiciones semejantes.

El ensayo transcurre con precisión mecánica. Interpreto mi papel menguado sin una falla, clavando cada nota con desapego profesional, mientras Alba tropieza con arias que deberían fluir sin esfuerzo. Su técnica es correcta, pero a su voz le falta la hondura que convierte el canto competente en arte. La ironía me sabe amarga: se ha adueñado de mi papel, pero no puede llenarlo.

Durante el descanso, Luca Romano se acerca con el cuidado de quien pisa un campo de minas. La seguridad habitual del director artístico ha sido sustituida por algo peligrosamente parecido al miedo.

—Rosaria, ¿una palabra?

Me conduce a un rincón donde los demás cantantes no puedan oírnos, con las manos cruzadas a la espalda en un gesto que delata su nerviosismo. El hombre que ha elogiado mis actuaciones en incontables críticas ahora no es capaz de mirarme a los ojos.

—Los cambios de reparto eran necesarios —empieza, con la voz baja—. —Consideraciones artísticas...

—¿Consideraciones artísticas? —lo interrumpo, con la compostura por fin resquebrajándose—. —¿Desde cuándo unas consideraciones artísticas implican ascender a una mezzosoprano a protagonista de soprano?

—Desde que el patronato determinó que era lo mejor para la producción. —Estas decisiones se toman a niveles que están por encima de mi autoridad.

—¿Qué niveles, Luca? ¿Qué miembros del patronato se han vuelto de repente expertos en clasificación vocal?

Se estremece ante la pregunta, confirmando lo que he sospechado. Los miembros a los que alude tienen nombres que conozco bien: hombres cuyos negocios prosperan bajo la protección

de los Costa, cuyas donaciones al teatro garantizan que sus voces tengan un peso desproporcionado.

—Su tío se pondrá furioso si descubre que le ha ofrecido a Salvatore DeSantis un concierto privado.

Sus palabras me golpean con la fuerza de un puñetazo. Que Luca conozca lo de ayer significa que la información ya ha circulado por cauces que no puedo controlar. Emilio lo sabrá pronto, si es que no lo sabe ya.

—Mis actividades privadas no son de su incumbencia.

—Sí lo son cuando afectan al teatro. Su voz se endurece, y la autoridad vuelve mientras pronuncia algo peligrosamente cercano a una amenaza. —Cuando afectan a las relaciones que mantienen en funcionamiento esta institución.

Le estudio el rostro, leyendo el miedo bajo su máscara profesional. Luca Romano lleva años navegando las traicioneras aguas de la política cultural romana, equilibrando la visión artística con las exigencias de poderosos mecenas. Sabe que sobrevivir exige escoger bien los bandos, y mis actos le han obligado a elegir.

—¿Me está amenazando, Luca?

—La estoy advirtiendo. Como amigo. —Da un paso más, y la voz se le reduce a un susurro—. —Sea cual sea el juego que esté jugando con la familia DeSantis, pone en peligro a todos los que dependen de la buena voluntad de los Costa. Incluida usted.

La advertencia encierra una verdad que no puedo negar. El control de Emilio sobre mi carrera se extiende mucho más allá de la obligación familiar. Su influencia alcanza todos los ámbitos de la vida cultural romana, desde los repartos hasta la cobertura de prensa. Enfrentarse a él es un suicidio profesional.

Pero algo rebelde me sube al pecho, una reacción que me sorprende por su intensidad. Estoy harta de que me gestionen, harta de que mis decisiones las dicten hombres que me ven como un adorno útil. El control de Emilio ha moldeado cada aspecto de mi vida, desde los papeles que canto hasta las entrevistas que doy y la imagen que proyecto. Incluso mi rebeldía parece coreografiada.

—Gracias por la advertencia —le digo a Luca, con la voz que vuelve al desapego profesional—. —Pero mis relaciones personales

son asunto mío.

—Rosaria...

—Aquí hemos terminado.

Me doy la vuelta y me marcho, dejándole plantado, solo, en el rincón. Los demás cantantes observan mi salida con atención cuidadosa—gente que percibe el drama pero no identifica su origen. Sus susurros me siguen por toda la sala de ensayo, especulación y chismes que alimentarán conversaciones durante días.

Las horas restantes pasan en un borrón de ejecución mecánica. Canto mi papel reducido con perfección técnica, sin dar nada de mí a la música. Alba se las ve y se las desea con su parte ampliada, la voz forzándose para alcanzar notas que deberían salirle con naturalidad. Pero los directores ofrecen ánimo en lugar de correcciones, halagos tan vacíos como su interpretación.

Cuando por fin termina el ensayo, recojo mis cosas con calma, aunque me exige una dosis de autocontrol. Los otros cantantes salen en grupitos, y sus voces traen fragmentos de conversación que se cortan al pasar yo. Eva Mariani se queda cerca de la entrada del camerino, con una expresión comprensiva pero cauta.

—Rosaria —me llama en voz baja cuando me acerco—. —La gente habla.

—La gente siempre habla, Eva. Es lo que mejor saben hacer.

—Esto es distinto. Echa un vistazo alrededor, asegurándose de que no nos puedan oír. —Alguien te vio salir de la ciudad ayer. Coche caro, matrícula de Nápoles.

La información no debería sorprenderme. La comunidad operística de Roma vive del chismorreo, y mis movimientos siempre están bajo lupa. Pero oírlo confirmado me encoge el estómago con inquietud.

—¿Quién me vio?

—¿Importa? La historia ya se está extendiendo. —La voz de Eva tiene una preocupación genuina—. Sea lo que sea en lo que estés metida, ten cuidado. El apellido Costa te protege, pero también te convierte en un blanco.

Antes de que pueda responder, se apresura a irse, dejándome sola con las implicaciones de su advertencia. La puerta del camerino

me llama, ofreciendo un refugio temporal de las miradas y los susurros que siguen cada uno de mis movimientos.

Dentro, el caos familiar de vestuario y maquillaje no me consuela. Me siento ante el espejo y estudio mi reflejo con mirada crítica. La mujer que me devuelve la mirada parece compuesta, profesional, ajena a lo ocurrido hoy. Pero veo las grietas de mi fachada cuidadosamente mantenida, los pequeños signos de tensión que revelan más de lo que quisiera admitir.

—¿Día difícil?

La voz de Alba me pone tensa, aunque no me aparto del espejo. Entra en el camerino con el paso seguro de quien ha marcado territorio; su reflejo aparece junto al mío en el cristal. Solo es cuestión de tiempo que me quiten el camerino para dárselo a ella también.

—No especialmente —respondo, cogiendo mi corrector y dándome toques bajo los ojos para ocultar las finas líneas que el cansancio empieza a marcar.

—¿Ah, sí? Porque, desde donde estoy sentada, tiene pinta de bastante difícil, la verdad. —Se acomoda en la silla a mi lado, sin hacer el menor ademán de prepararse para irse—. Perder un papel protagonista, enfrentarte a susurros sobre misteriosos viajes en coche, lidiar con directores artísticos que de pronto han perdido la confianza en tus capacidades.

—¿Qué quieres, Alba?

—Ofrecerte perspectiva. —Su sonrisa afilada se refleja en el espejo, satisfecha—. Verás, algunas llevamos tiempo observando tu carrera con interés. Observando lo fácilmente que te ha llegado el éxito, cómo se abrían puertas solo con mencionar tu nombre. Es fascinante, de verdad, lo deprisa que esas mismas puertas pueden cerrarse.

Dejo el maquillaje y me vuelvo para mirarla de frente. —Si tienes algo que decir, dilo.

—Salvatore DeSantis. —El nombre se le cae de los labios con una mueca maliciosa—. Un hombre guapo, por lo que he oído. Peligroso, desde luego. No es el tipo de persona con la que una soprano respetable debería dejarse ver.

La confirmación de que conoce su nombre, de que ha estado vigilando mis movimientos, me enciende una furia helada en las venas. —Mantente al margen de lo que no entiendes.

—Oh, lo entiendo perfectamente. —Alba se inclina hacia delante, la voz bajando hasta un susurro conspirativo—. Entiendo que la protección dura solo mientras resulta útil. Entiendo que los hombres poderosos tienen poca paciencia con mujeres que les hacen quedar en ridículo. Y entiendo que tu tío es de los que valoran la lealtad familiar por encima de todo.

—Mi relación con mi tío no es asunto tuyo.

—¿Ah, no? ¿Cuando esa relación afecta a mis oportunidades, a mi carrera, a mi futuro? —Se pone en pie, alisándose el vestido—. Te lo han dado todo por tu apellido. Pero los apellidos pueden convertirse en lastres, Rosaria. Y cuando eso ocurre, la gente se descarta.

Se dirige hacia la puerta y hace una pausa para rematar. —Disfruta de tu papel recortado. Considéralo un ensayo de lo que viene.

La puerta se cierra tras ella y yo me quedo sentada, sola, entre trajes y espejos, digiriendo las amenazas escondidas bajo sus palabras corteses. Alba se ha colocado como mi sustituta, lista para ocupar el vacío que dejaría mi deshonra.

Pero su seguridad delata un error de cálculo. Interpreta mi relación con Salvatore como una debilidad, como prueba de un juicio pobre que inevitablemente me llevará a caer. No entiende que el tirón que sentí en su presencia, la manera en que cambió mi voz cuando canté para él, representa algo que nunca había experimentado.

El camino hasta mi piso me lleva por las calles estrechas de Roma, entre turistas y locales que me reconocen por las fotografías en revistas culturales. Esta noche su atención pesa más, es más especulativa, como si intuyeran el escándalo que se está gestando bajo mi exterior compuesto.

Mi edificio se alza ante mí con líneas elegantes de piedra color miel, su fachada sin la menor huella del caos de mis pensamientos. El portero asiente con respeto al pasar, y su expresión no revela

nada de los chismes que sin duda circulan entre el personal. Pero noto su mirada hacia la calle, cómo sus ojos siguen un movimiento que yo no alcanzo a ver.

El ascensor me lleva en silencio hasta el quinto piso. Sus paredes espejadas multiplican mi imagen. Parezco exactamente como debería—profesional, compuesta, intocable. Pero siento cómo la actuación se resquebraja con cada hora que pasa, cómo empieza a escapárseme el control minucioso que he mantenido durante años.

La puerta de mi piso aparece al doblar la esquina, y me detengo en seco ante lo que me espera junto a ella. Una única orquídea blanca reposa en un jarrón elegante, con los pétalos perfectos y acusatorios. La flor parece brillar sobre las baldosas de travertino, exigiendo atención a pesar de su sencilla belleza.

Me acerco despacio, con el corazón acelerándose a pesar de mis esfuerzos por mantener la calma. La orquídea es impecable, claramente cara, entregada con la precisión que marca todas las acciones de Salvatore. Una tarjetita descansa apoyada en el jarrón, mi nombre escrito con una caligrafía elegante sobre su superficie.

Con los dedos temblorosos, cojo la tarjeta y leo el mensaje en su interior.

Me debes otra.

Las palabras deberían aterrarme. Deberían hacerme salir corriendo hacia Emilio, en busca de protección del hombre que ha decidido que le pertenezco. En cambio, encienden algo inesperado en mi pecho —no miedo, sino anticipación—.

Abro la puerta de mi piso y entro con la orquídea, dejándola sobre la mesa, donde la luz de la tarde que entra por las ventanas puede iluminar sus pétalos perfectos. La flor transforma mi espacio cotidiano en algo cargado de posibilidades, un recordatorio de que alguien valora mi voz lo suficiente como para exigir su regreso.

Me sirvo un poco de vino y me acomodo en el sofá, estudiando la orquídea desde el otro lado de la habitación. Su presencia me obliga a enfrentar verdades que he estado evitando desde la actuación de ayer: la atracción que sentí hacia Salvatore, la manera en que mi voz cambió cuando canté para él, la electricidad que chisporroteó entre nosotros a pesar de mis intentos de mantener la distancia.

Las palabras de Alba resuenan en mi memoria —*La protección solo dura mientras resulta útil*. Quiso amenazarme, recordarme que mi posición depende de la lealtad familiar. Pero su advertencia me ha revelado algo completamente distinto —la jaula que Emilio ha construido a mi alrededor, hermosa, protectora y absolutamente asfixiante.

Salvatore ofrece algo distinto. Peligroso, desde luego. Posesivo de maneras que deberían repelerme. Pero cuando me miró durante la actuación de ayer, vio a alguien cuya voz podía llenar los espacios vacíos, a alguien a quien valía la pena hacer suya.

Mañana tendré que decidir si respondo a su llamada, si arriesgo todo lo que he construido por la oportunidad de descubrir lo que hay más allá de los límites cuidadosamente trazados de mi vida. Pero esta noche, en la oscuridad que se va adensando en mi piso, me permito imaginar cómo sería sentirse deseada en lugar de ser simplemente útil. La orquídea me observa desde su sitio en la mesa, paciente, perfecta e imposible de ignorar.

La actuación, me doy cuenta, se ha convertido en algo más que música. Se ha convertido en una elección entre la seguridad de las ataduras conocidas y la posibilidad aterradora de la libertad. Y, pese a todos los argumentos lógicos en contra, me descubro deseando tomar esa decisión.

7

SALVATORE

El Teatro dell'Opera di Roma se alza ante mí a la luz de la tarde, su fachada porta las cicatrices de los siglos y mantiene la arrogancia del dinero viejo y de una sangre aún más antigua. Subo las escaleras hacia la entrada principal sin inmutarme. Los guardias de seguridad de la entrada me reconocen al instante —sus ojos van de mi cara a la puerta, calculando si sus nóminas compensan el enfrentamiento—. Se hacen a un lado sin decir palabra.

El poder se mueve por el reconocimiento, y me he convertido en un rostro que abre puertas lo pida o no. El vestíbulo se extiende ante mí, suelos de mármol pulidos hasta brillar como un espejo, lámparas de araña que proyectan una luz fragmentada sobre butacas vacías. Es hora de ensayo. El edificio respira una actividad amortiguada; llegan voces desde el escenario, y el sonido lejano de un piano se enhebra por los pasillos.

Me muevo por la zona trasera con la seguridad de la propiedad. Los tramoyistas alzan la vista de su trabajo, se quedan inmóviles un instante y luego vuelven a sus tareas con indiferencia. Aquí el miedo tiene su propio idioma, que se habla en miradas esquivas y pasos apresurados. La puerta del despacho del director artístico

permanece cerrada al pasar —Luca Romano ha aprendido a volverse invisible cuando vengo—.

El camerino de Rosaria está al final del pasillo, la puerta marcada con una simple placa con su nombre. No llamo antes de abrir. La manilla de latón gira con facilidad bajo mi palma y entro, cerrando la puerta tras de mí, sellándonos en este espacio pequeño.

Está sentada ante su espejo, quitándose el maquillaje de escena con una toallita. Su reflejo atrapa el mío en el cristal y veo cómo se le tensan los hombros. Pero no se gira ni me concede la satisfacción del sobresalto. Sigue borrando los polvos y el colorete mientras vuelve a centrarse en su propio reflejo, fingiendo que no le sorprende verme aquí. He de admitir que vivir con Emilio Costa como tío y tutor principal le ha enseñado cosas que otras mujeres no entienden.

—No eres bienvenido aquí —dice a mi reflejo, con la misma entonación medida que usa en el escenario—.

Me apoyo en la puerta, dejando que mi presencia llene el espacio entre los dos. —No necesito invitación.

Deja la toallita y se vuelve hacia mí. La luz de la tarde que entra por la pequeña ventana le ilumina la cara y revela el cansancio que tan bien oculta en público. Su pelo oscuro cae suelto sobre los hombros, ya sin estar recogido para la función, y la visión me despierta algo depredador en el pecho.

—Emilio se pondría furioso si supiera lo de nuestro concierto privado —digo, observando con cuidado su reacción— si pensara que te estás alineando con la familia equivocada.

Se le endereza la columna y se cruza de brazos sobre el pecho. —Emilio no es mi dueño.

Me separo de la puerta y doy un paso más. El camerino se nos encoge, el perfume, los polvos y el rastro de su piel creando una atmósfera densa de tensión. —Puede que él no. Pero alguien sí.

Alza la barbilla en ese gesto de desafío que he aprendido a anticipar, a ansiar. El rubor que le trepa por el cuello la delata a pesar del acero de su voz. Rosaria está poniendo a prueba mi paciencia al plantarme cara tanto, pero tendré lo que quiero.

—¿Has recibido mi nota?

—La he recibido.

—¿Cuándo piensas volver a acompañarme?

Se le corta el aliento, casi imperceptible. —No pienso hacerlo.

Me acerco aún más, lo bastante como para ver el pulso acelerado en su garganta, para oler la vainilla y el ámbar de su perfume mezclándose con el olor de su miedo y de su excitación, desbordándose. Se mantiene en su sitio, pero le veo el temblor en las manos, la manera en que aprieta los labios para que no le tiemblen.

—No me intimidas —dice. Pero su voz ha perdido parte de su certeza.

—No me hace falta.

El espacio entre nosotros desaparece cuando doy otro paso. Queda atrapada entre la mesa de maquillaje y mi cuerpo, y veo el instante exacto en que se da cuenta. Se le agrandan los ojos, las pupilas se dilatan pese a la claridad de la sala. El rubor se le extiende del cuello a las mejillas, y la respiración se vuelve superficial, rápida.

—¿Siempre estás así, encendida y sin aliento? —pregunto, apenas por encima de un susurro, mientras poso las manos en sus hombros. Se incorpora de golpe y la silla se desplaza hacia atrás, obligándome a retroceder un paso.

—No me toques —dice con brusquedad.

Suelto una breve carcajada y le dedico una sonrisa ladeada, alzando la barbilla, y, antes siquiera de poder prepararme, se mueve. Su mano se alza antes de que reaccione; la palma me golpea la mejilla con un chasquido seco que rebota en las paredes. El escozor se extiende por la piel, pero no retrocedo. En su lugar, sonrío.

—Huelo tu excitación, Bella —digo, y las palabras sin filtro enturbian el aire entre nosotros.

Me golpea de nuevo, más fuerte esta vez, con los ojos encendidos de una furia que me calienta la sangre. —Lárgate.

Pero no me muevo. Le estudio el rostro, memorizo la manera en que el pecho se le alza y cae, la forma en que se mantiene rígida pese al temblor que le recorre el cuerpo. Es magnífica en su ira,

hermosa en su desafío, y quiero devorar cada centímetro de su resistencia.

—Estabas preciosa la noche que cantaste para mí —le digo, con la voz áspera de deseo—. La próxima vez no te irás hasta que yo esté satisfecho.

La amenaza pende entre nosotros, promesa y advertencia envueltas en seda. Ella no se inmuta, no aparta la mirada, pero veo el impacto de mis palabras en la forma en que su cuerpo responde pese a las protestas de su mente. El camerino se siente más pequeño, el aire más denso, cargado de la electricidad de posibilidades inconfesas.

Doy un paso atrás, dándole espacio para respirar, para pensar, para recordar. Mi mano encuentra el pomo de la puerta y me detengo, dejando que la mirada la recorra una vez más. Permanece inmóvil, con los brazos aún cruzados, la barbilla todavía alzada en desafío, pero su cuerpo cuenta otra historia. El rubor se ha intensificado, se extiende por el cuello y desaparece bajo el escote de su vestido. Sus labios están apenas entreabiertos; el aliento le llega rápido y superficial.

—Hasta la próxima, Rosa —digo, usando el diminutivo con deliberada intimidad.

Abro la puerta y salgo al pasillo, dejándola sola con los ecos de nuestra conversación y la expectativa de lo que está por venir. El teatro de la ópera parece ahora más silencioso; los sonidos lejanos del ensayo quedan amortiguados por la sangre que me retumba en los oídos. Avanzo por la zona de bastidores con el mismo paso medido con el que he entrado, pero algo ha cambiado. El juego ha cambiado, ha evolucionado en algo más peligroso y más necesario.

La luz de la tarde se cuela oblicua por los ventanales del vestíbulo mientras me dirijo hacia la salida. Unos cuantos espectadores deambulan, los más madrugadores de la función de esta noche, y sus conversaciones se detienen cuando paso. Me he convertido en una perturbación en su mundo ordenado, un recordatorio de que el poder existe fuera de sus ilusiones cuidadosamente mantenidas.

Los vigilantes de seguridad me ven salir con la misma suspicacia que mostraron cuando he llegado. Su alivio es palpable, aunque no lo dicen. Empujo las puertas de cristal y salgo a la tarde romana; el calor me golpea la cara mientras desciendo los escalones.

Mi coche me espera junto al bordillo, con el motor en marcha, Bruno al volante. No hace preguntas cuando me deslizo en el asiento del copiloto; no comenta la tensión que irradio ni el leve enrojecimiento que aún marca mi mejilla donde impactó su palma. Se limita a meter la marcha y se aleja del bordillo.

La ciudad pasa en un borrón de piedra antigua y caos moderno, pero mi mente sigue fija en el camerino, en cómo me ha mirado con odio y hambre a partes iguales. La bofetada aún escuece, pero no es nada comparado con el fuego que me arde en el pecho, la necesidad que se hace más fuerte con cada encuentro.

Cree que puede resistirse a mí, que su desafío la protegerá de lo inevitable. Pero he visto la verdad en las respuestas de su cuerpo, la he saboreado en el aire entre nosotros. Me desea tanto como yo la deseo, aunque jamás lo vaya a admitir en voz alta.

8

ROSARIA

La villa a las afueras de Florencia emerge de las colinas toscanas como si hubiera sido tallada en el propio paisaje, muros de piedra avejentados por siglos pero firmes contra el tiempo y el juicio. Llego al atardecer, el cielo pintado en tonos ámbar y rosa, y esta vez no siento el nudo de pavor en el estómago.

Su segunda invitación llegó hace tres días: escrita a mano, sin firmar, pero inequívocamente suya. El sobre con monograma llevaba la S dorada, y olía a él. Esta vez no dudo antes de aceptar, sobre todo porque, si vuelve a presentarse en la ópera, voy a perder la cabeza. Los sabuesos del cotilleo ya no me dejan ni ir a mear durante los ensayos sin dar por hecho que me escabullo para reuniones clandestinas.

Salvatore me recibe en la entrada esta vez, vestido con un traje carbón que parece absorber la luz moribunda. Sus ojos encuentran los míos enseguida, y veo allí algo distinto: no el cálculo depredador al que me he acostumbrado, sino algo más hondo, más complejo.

—Bienvenida, Rosa —ronronea en voz baja—. Y no me disgusta cómo usa un apodo para mí.

—Salvatore —digo, inclinando la cabeza en un saludo profesional, pero cortés—.

Se vuelve y me ofrece el brazo, y yo miro alrededor como si no estuviera segura de qué se espera de mí. La vez anterior, su chófer me escoltó. Esta vez, el toque personal me resulta casi demasiado íntimo. Pero enrosco la mano en su bíceps y le permito que me acompañe por los pasillos impolutos y demasiado pretenciosos.

El salón en el que voy a actuar es más grande que la vez anterior, o quizá solo lo parezca porque esta vez la sala entera está iluminada. Arañas de cristal derraman una luz cálida sobre los invitados reunidos —hombres con trajes caros, mujeres envueltas en seda y diamantes—, todos mirándome con miradas escrutadoras. Reconozco algunos rostros de las páginas de sociedad de los periódicos, otros de conversaciones en voz baja en los círculos políticos de Roma. Esto es el poder hecho manifiesto, la riqueza concentrada en una sola sala.

Pero esta noche no me molesta el público. Esta noche elijo estar aquí.

El piano se alza en el centro de la estancia, el Steinway de cola que reluce bajo la luz de las arañas. Al acercarme, mi vestido esmeralda roza suavemente mis piernas. La tela abraza mi figura sin encorsetarla, favoreciendo mis curvas de reloj de arena, y siento cómo los ojos de Salvatore me beben con la mirada cada vez que respiro.

Antes de acomodarme junto al piano, Salvatore se detiene y se vuelve hacia mí; se inclina para susurrarme al oído: —Han venido todos solo por ti, *Bella*, así que canta con el corazón—. Su aroma es embriagador, igual que lo fue en mi camerino hace cinco días, cuando anunció con tanta grosería que —podía oler mi excitación—. Y el mismo calor que me encendió por dentro cuando me tocó entonces se desborda por mis extremidades y me afloja mientras se aparta.

Le hago un gesto con la cabeza y me vuelvo hacia el pianista, el mismo de la otra vez, que me acompañó con tanta elegancia cuando canté aquí, en casa de Salvatore. Alza una ceja y yo inspiro hondo para prepararme. Espera a mi señal antes de empezar.

Sus dedos encuentran las teclas y las notas iniciales del *O Mio Babbino Caro* de Puccini fluyen del instrumento. Empiezo a cantar.

Mi voz llena el salón con un dominio rico en matices, cada frase cincelada con la precisión que dan años de entrenamiento y disciplina. Pero esta noche hay algo más: una libertad que no había sentido en años, una liberación que nace de elegir yo el escenario en lugar de que me coloquen en él.

Los invitados escuchan en un silencio absorto, con las copas de vino olvidadas en las manos, las conversaciones suspendidas en deferencia a la música. Canto para ellos, pero mis ojos no dejan de buscar a Salvatore. Está junto a la pared del fondo, con los brazos cruzados y hipnotizado por cada nota que emito, y siento su atención en cada nota, en cada aliento.

Recorro mi repertorio —Verdi, Mozart, selecciones de *La Traviata* que parecen particularmente apropiadas, dadas mis circunstancias—. Con cada pieza, siento cómo cambia la tensión en la sala, y la distancia formal entre intérprete y público se disuelve en algo más íntimo. No están simplemente matando el tiempo asistiendo a la ópera, como acostumbra la alta sociedad. Están escuchando de verdad, absorbiendo mi música y disfrutando de mi arte.

Cuando termino, estalla a mi alrededor un aplauso entusiasta. Los invitados se arremolinan más cerca, prodigando cumplidos en un inglés con acento y en un italiano veloz, con el rostro encendido por el vino y la admiración. Una mujer vestida de alta costura de Valentino me agarra la mano y me dice que nunca ha oído nada tan hermoso. Un hombre de pelo plateado y ojos sagaces menciona contactos en La Scala, oportunidades que podrían cambiarlo todo.

Pero apenas les escucho. Mi atención sigue fija en Salvatore, que no se ha movido de su posición junto a la pared. Su mirada se aferra a la mía a través de la sala abarrotada, y veo allí algo que acelera mi pulso: no posesión esta vez, sino hambre. Un deseo crudo, sin filtros, que ni se molesta en ocultar.

La velada continúa a nuestro alrededor; los invitados se dirigen al comedor, donde las mesas están dispuestas con plata reluciente y manteles de un blanco impecable. La conversación fluye en varios idiomas, salpicada de risas y del suave tintinear del cristal. Debería seguirles, interpretar a la artista afable que acepta su hospitalidad, pero necesito un momento para recomponerme.

Me escabullo del grupo y, siguiendo los letreros por un pasillo de mármol, encuentro el tocador. El espacio está decorado con elegancia, con espejos enmarcados en oro y apliques y grifería que hablan de dinero antiguo y de un gusto aún más antiguo. Me planto ante el espejo y estudio mi reflejo. Tengo las mejillas encendidas por la actuación y la atención, y los ojos brillantes de una felicidad genuina que brota de un lugar en mi alma que nunca se ha sentido tan acogido.

La puerta se abre a mi espalda, y no necesito darme la vuelta para saber quién ha entrado. Su presencia llena el espacio reducido, y me abruma de inmediato. Encuentro sus ojos en el espejo, y el aire entre nosotros chisporrotea con la electricidad que lleva semanas acumulándose.

—Has cantado de maravilla esta noche —dice, con la voz áspera por una contención que le veo luchar por mantener.

—He cantado para ti —respondo; las palabras se me escapan antes de poder frenarlas.

Se acerca, y yo me giro para enfrentarlo. El tocador parece más pequeño con él aquí dentro, como si las paredes se nos cerraran encima. Sus manos encuentran mi cintura, los dedos presionando contra la seda de mi vestido, y no me aparto. Ni siquiera quiero apartarme.

—Rosaria —susurra—, te dije que cuando volvieras a cantar para mí, no te irías hasta que yo quedara satisfecho. Los ojos de Salvatore son negros y enormes, y la forma en que me aferra la cadera con posesividad me asusta, pero también me recorre un escalofrío que baja por todo el cuerpo hasta mi centro, que late y palpita.

Alzo la mano y le toco la cara, sintiendo el leve raspar de la barba de la noche contra mi palma. —Lo sé —le digo—. Y cada célula de mi cuerpo sabe lo mal que está esto. Salvatore es peligroso. Puede que sea más peligroso que mi propio tío, que es dueño de media Roma, pero su atención, cuando la centra en mí, es tan jodidamente contagiosa que no puedo ignorarla ni negar cómo me hace sentir.

—Entonces sabes a qué he venido aquí. —Su mano se estira y gira el pestillo de la puerta, impidiendo que entre ningún otro invitado indeseado.

Trago saliva y procuro que la tensión en el pecho no me paralice. —Lo sé —admito, de pronto muy azorada.

—Bien —murmura, avanzando como un depredador mientras yo doy pasos cautos hacia atrás hasta que mi espalda se pega a la pared alicatada y su cuerpo me atrapa allí. Siento la dureza de su erección presionando contra mi muslo y me muerdo el labio para ahogar un gemido.

—No creas que esto significa nada —le advierto—, pero el corazón me martillea tan fuerte en los oídos que apenas me escucho hablar.

—Oh, sí que significa algo. Estás empapada con solo mirarme. —Salvatore empieza a subirme el vestido poco a poco mientras apoya la frente en la mía; su aliento caliente me abanica la cara.

—Eres asqueroso. —Siento las mejillas ardiendo con un rubor que sé que él ve.

—Y estás temblando. ¿Eso es miedo, o por fin admites que me deseas?

Justo cuando sus yemas rozan la parte externa de mi muslo, suelto: —Te quiero muerto.

La mano de Salvatore sube de golpe a mi cara y me agarra la barbilla con fuerza. —Me quieres enterrado entre tus muslos. Dilo. —Sus labios están tan cerca de los míos que casi puedo saborearlos. El vino en su aliento es embriagador, y casi cedo y lo digo, pero algo me dice que le gusta cómo le planto cara.

—No. —Intento girar la cabeza, pero no me lo permite. Me aprieta la barbilla hasta casi hacerme poner una mueca, y roza mis labios con los suyos, suave. Me hace aletear y dar un vuelco el corazón, y mi centro arde como si estuviera a mil grados.

—Vuelve a mentirme y te pondré de cara al lavabo sin pedir permiso.

—No te atreverías —escupo, tan alterada. Una mano sigue debajo de mi falda, acercándose cada vez más a mi centro hasta que el exterior de sus nudillos me roza el pubis.

—¿Crees que no sé con qué has estado soñando desde la noche en que te arrastré fuera de ese escenario?

—Me arruinaste toda la noche. Me acojonaste, y ahora me tienes hecha un charco en tus manos.

—Y ahora voy a joderte el autocontrol.

Cuando su boca cubre la mía, no puedo ni intentar resistirme. Lo quiero —y mucho—, y él lo sabe. Noto lo empapadas que llevo las bragas cada vez que me las roza con los nudillos. —Entonces dime que pare... Que no quieres esto.

Gimoteo, mordiéndome el labio mientras me raspa la barba a lo largo de la mandíbula hasta que su aliento arde en mi oído, y lo único que puedo hacer es agarrar las solapas de su chaqueta y acercarlo más.

—Eso pensaba, Bella. —Las caderas de Salvatore se frotan contra mí y su polla dura es inconfundible. Mis manos van a la bragueta de sus pantalones y empiezo a desabrocharla.

—Te odio —le digo mientras bajo la cremallera y lo saco.

—Pues ódiame con las piernas alrededor de mi cintura. —Cuando sus labios vuelven a reclamar los míos, el beso me quema y su mano encuentra mi centro empapado, apartando mis bragas para hundirse en mí. Estoy hecha un amasijo de quejidos y balbuceos mientras me mete los dedos y arranca de mis labios respiraciones pesadas y gemidos.

—¿Crees que te tengo miedo? —le pregunto, sin aliento, mientras me sigue frotando el clítoris con el talón de la palma y me penetra con los dedos.

—No. Te asusta lo mucho que quieres esto. —Sus labios vuelven a cubrir los míos, y yo le rodeo la polla con la mano, acariciándola.

—Eres un arrogante —le siseo.

—Estás empapada.

—No me toques —le espeto. Pero no lo digo en serio. Este hombre podría devorarme de la forma más pecaminosa y yo abriría más las piernas.

—Entonces deja de restregarte contra mi mano.

—Te odio. —El cuello se me arquea hacia atrás cuando me suelta la mandíbula y aparta el resto de mi falda, mientras se agarra la

polla y corre mis bragas a un lado.

—Sigue diciéndolo. Gímelo cuando te folle.

Sigo con la espalda contra la pared cuando entra en mí de una sola embestida rápida y contundente. Gimo alto, escondiendo la cara en el hueco de su cuello para amortiguar el sonido. Está tan hondo, mucho más hondo que cualquiera de los otros hombres con los que he estado. Se siente... bien, y eso me enfurece. Sus embestidas no dan tregua, entrando en mí una y otra vez, sus manos apretándome los muslos hasta hacerme moratones mientras me mantiene en su sitio.

—Mírate. Abierta de piernas como si hubieras estado esperando esto —me gruñe Salvatore al oído, embistiéndome sin piedad. La forma en que lo dice me hace estremecer, y lo aprieto sin querer.

—Si vas a reclamarme, más te vale hacerme arrastrar —jadeo, y él coloca las caderas en el ángulo exacto, rozando un punto dentro de mí que me hace encoger los dedos de los pies—. Oh, joder...

Su mano sube a mi pecho, lo estruja con rudeza mientras sigue embistiéndome. —Te haré arrastrarte, claro —de vuelta a mí cada vez que alguien más intente tocarte —dice con una sonrisa malvada. Sus dedos encuentran mi pezón, lo pellizcan entre el pulgar y el índice, y yo no puedo hacer otra cosa que chillar y arañarle el pecho.

—¿Quieres que vuelva arrastrándome? Arrúiname lo suficiente para que no lo olvide. Su dominación, su posesión; todo está tan mal y, sin embargo, se siente tan bien. Y mientras sigue embistiéndome, noto cómo el clímax crece, amenazando con consumir me.

—Después de esto, hasta tu cuerpo sabrá a quién pertenece. Cada vez que aprietes, me recordarás dentro de ti. Sus embestidas se vuelven más exigentes y mis dedos encuentran mi clítoris, frotándolo con furia. —Ahora rómpete para mí... ahora mismo, joder...

Las palabras sucias de Salvatore y sus caricias bruscas me recorren la espalda con un escalofrío delicioso, y ya no puedo contenerme. Mi coño se contrae y mi cuerpo empieza a convulsionarse. Sus embestidas, desgarradas y ávidas, acarician ese

punto dentro de mí que me hace ver fuegos artificiales cuando cierro los ojos.

—Mírame mientras te rompes —exige—. Quiero que sepas quién cojones te posee. Su mano me agarra la cara de nuevo mientras dice: —Córrete en mi polla como si hubieras nacido para ello.

—Oh, Dios —gimoteo cuando le siento explotar dentro de mí. Su polla palpita y la calidez palpitante me inunda.

—Hasta la última gota. Te lo quedas, joder —gruñe, y sus embestidas empiezan a ralentizarse.

No vuelvo a apartar la mirada, y el fulgor visceral con que me sujeta me clava contra la pared incluso cuando su polla se me escapa, cuando el vestido cae alrededor de mis piernas, cuando su leche me escurre por la cara interna del muslo y cuando apoyo las palmas en el azulejo frío.

Estoy sin aliento; incluso conmocionada. Y él lo único que hace es guardarse la polla y subirse la cremallera. Me tiemblan un poco las manos mientras aliso la seda esmeralda para devolverla a su sitio. El espejo me devuelve la imagen de una mujer a la que apenas reconozco: despeinada, sonrojada, transformada por una rendición que nunca pretendí conceder. Salvatore me observa desde donde se apoya en el lavabo de mármol, con la camisa a medio abotonar, el pelo revuelto por mis dedos.

—La cena... —empieza.

—No —le corto, con la voz más firme de lo que siento—. Tengo que irme.

Se yergue, y veo el destello de algo peligroso en sus ojos. —Quédate.

—Mi agenda está demasiado llena para seguir con esto —las palabras me suenan huecas incluso a mí, pero las fuerzo a salir—. Esto ha sido un error.

No espero su respuesta. Le aparto y salgo del aseo, por el pasillo donde la risa y la conversación aún resuenan desde el comedor. Los otros invitados no me ven salir: están demasiado absortos en el vino, la política y la cómoda certeza de su mundo elevado.

El trayecto de vuelta a Roma pasa en un borrón de oscuridad y arrepentimiento. Mi chófer mantiene un silencio profesional, los ojos

fijos en la carretera, fingiendo no notar cómo presiono los dedos contra mis labios, aún saboreando el beso de Salvatore. Las luces de la ciudad aparecen poco a poco, el caos moderno sustituyendo a la elegancia toscana, y siento de nuevo cómo se cierra a mi alrededor la jaula familiar de mi vida real.

Mi edificio se alza ante nosotros, con las ventanas encendidas de amarillo en la noche. Subo las escaleras despacio, el cansancio instalándose en mis huesos con cada peldaño. La llave gira sin esfuerzo en la cerradura y entro en mi santuario, o lo que creía que era mi santuario.

Emilio está sentado en la butaca del salón, las manos entrelazadas en el regazo, el gesto tallado en piedra. Verle en mi espacio privado me hiela la sangre, pero fuerzo mi rostro a una neutralidad impecable.

—Tío.

—Rosaria —su voz arrastra la calma que precede a la erupción de un volcán—. Siéntese.

Permanezco de pie junto a la puerta, las llaves aún en la mano. —¿Cómo ha entrado?

—Su piso ya no es seguro —ignora mi pregunta, alzándose de la silla con una gracia fluida que desmiente sus sesenta y tres años—. Va a volver a la finca. Esta noche.

—No soy una niña. No voy a aceptar que me den órdenes.

Su risa no contiene calidez. —Dejó de ser una niña en el momento en que decidió jugar con fuego. Ahora afrontará las consecuencias.

Las palabras me golpean por lo que implican, con la certeza de que mis encuentros secretos no han sido tan secretos como creía. El miedo me trepa por la columna, pero alzo la barbilla, desafiante.

—Este es mi hogar.

—Esto es un objetivo —avanza hacia mí, y veo la furia controlada pero letal que ha mantenido a raya—. ¿Cree que sus teatrillos pasan desapercibidos? ¿De verdad cree que el apellido DeSantis le ofrece protección en lugar de pintarle una diana en la espalda?

—No sé de qué habla.

—Ni lo intente —la sola palabra atraviesa mi fingimiento—. No nos insulte a ambos con mentiras. Haga las maletas. Tiene veinte minutos.

Se mueve hacia la puerta y luego se detiene. —El coche esperará. Si no está abajo en veinte minutos, mis hombres subirán y harán las maletas por usted.

La puerta se cierra tras él y me quedo inmóvil en mi propio salón, rodeada por la vida que he construido lejos del control familiar, lejos de expectativas y obligaciones. Veinte minutos para desmontar la ilusión de independencia a la que me he aferrado durante tres años.

Me muevo por el piso de forma mecánica, echando ropa en maletas, reuniendo lo esencial con manos temblorosas. El espacio que hace una hora me parecía libertad ahora se siente expuesto, vulnerable, como si sus paredes fueran de cristal en lugar de piedra.

Diecinueve minutos después, estoy en el portal con dos maletas y un bolso de mano, observando el coche de Emilio al ralentí en la acera. El chófer sale para coger mi equipaje sin mirarme a los ojos. Me deslizo en el asiento trasero junto a mi tío y atravesamos Roma en un silencio opresivo.

La finca de los Costa se alza a las afueras de la ciudad, tras muros coronados por cámaras de seguridad y custodiada por hombres que llevan décadas al servicio de la familia. Mi prisión de la infancia, disfrazada de protección palaciega. Las puertas se abren solas a nuestro paso y seguimos el camino de entrada circular hasta la casa principal.

—Su habitación está lista —dice Emilio cuando nos detenemos ante la entrada—. Rocco estará apostado fuera. Para su protección, por supuesto.

No me molesto en responder. Ambos sabemos que protección y encierro tienen la misma cara en esta familia.

Dentro, la casa huele a aceite de limón y secretos antiguos, exactamente como la recuerdo. Mi habitación —la misma que ocupé de niña— ha sido preparada con sábanas limpias y flores, como si esto fuera un regreso a casa y no el cierre de una jaula.

Me siento en la cama que una vez sostuvo mis sueños de huida y saco el móvil. Diecisiete llamadas perdidas de un número

desconocido. Cuatro mensajes de voz. No necesito escucharlos para saber de quién son.

En cambio, abro mi correo electrónico y me desplazo por los mensajes de siempre del teatro de la ópera, de mi profesor de canto, de publicistas y agentes. Al final, un mensaje nuevo sin asunto, enviado desde una cuenta anónima.

Lo abro y se me hiela la sangre.

La fotografía es nítida, tomada por un profesional. Yo, de pie frente a la villa de Salvatore esta tarde, el vestido esmeralda atrapando los últimos rayos de sol, el rostro vuelto hacia la cámara con una nitidez inconfundible. Debajo de la imagen, un mensaje en una caligrafía elegante:

Retírese de la prueba para Tosca *la semana que viene y respalde públicamente mi candidatura, o esto va a todos los periódicos de Italia. Tiene 48 horas para decidir.*

Al final, una firma que me encoge el estómago—un beso de pintalabios rojo, perfectamente estampado.

Alba.

Me quedo mirando la pantalla hasta que las palabras se emborronan, hasta que la realidad de mi situación cristaliza en un enfoque nítido y cortante. Las paredes se cierran por todos lados—la protección de Emilio que se siente como una cárcel, la obsesión de Salvatore que lo exige todo, y ahora la ambición de Alba, que amenaza con destruir el poco control que me queda.

Tras mi ventana, Roma se despliega en la oscuridad, luces que parpadean sobre las siete colinas donde emperadores gobernaron y cayeron. La ciudad que me hizo, que me coronó su rosa, ahora me parece tan lejana como las estrellas. Estoy atrapada en una telaraña de poder y deseo, de lealtad familiar y hambre personal, y cada hilo conduce al mismo desenlace inevitable.

Cierro el portátil y me tumbo en la cama, mirando el techo que fue testigo de mis miedos infantiles y de mis sueños adolescentes. Mañana tendré que tomar una decisión que determinará todo lo que venga después. Esta noche recordaré el sabor de la libertad, por breve que haya sido, por peligrosa que haya resultado.

La casa se acomoda a mi alrededor con crujidos y susurros familiares, y en algún lugar de la oscuridad, Rocco se coloca frente a mi puerta. La Rosa de Roma ha vuelto a sus espinas, y la función está lejos de terminar.

9

SALVATORE

El teatro de la ópera respira de otra manera después del anochecer. Camino por pasillos que, en cuanto se marcha el último espectador y cae el telón final, pasan de la suntuosidad dorada a convertirse en arterias en penumbra. Mis pasos resuenan sobre suelos de mármol que han absorbido décadas de aplausos, lágrimas y las ambiciones desesperadas de artistas que matarían por lo que Rosaria da por sentado. El Teatro dell'Opera di Roma luce su historia en cada detalle tallado, en cada lámpara de araña de cristal que ahora se atenúa para ahorrar electricidad, en cada óleo de compositores muertos hace mucho cuyos ojos parecen seguir mi movimiento por su dominio.

El despacho de Luca Romano está encajado tras el ala administrativa principal, accesible a través de un laberinto de pasillos estrechos que han recibido a cantantes tan ilustres como Luciano Pavarotti. Los huesos del edificio crujen a mi alrededor mientras avanzo hacia mi destino. Las cámaras de seguridad siguen mi progreso, pero sé que a los guardias que las vigilan les han pagado para desarrollar ceguera selectiva esta noche. El dinero habla todos los idiomas, y el dialecto de la desesperación se oye más alto que ninguno.

La puerta del despacho de Romano está entreabierta, derramando una luz amarilla y débil en el pasillo. Le oigo dentro: el susurro de papeles, la carraspera nerviosa. Sabe que vengo. Bruno ha concertado esta reunión con él para mí y no ha dejado margen para malentendidos ni escapatorias. Romano ha aceptado de inmediato, lo que me dice todo lo que necesito saber sobre su situación financiera y su instinto de supervivencia.

Empujo la puerta sin llamar. Romano se endereza de golpe tras su mesa; un hombre de mediana edad cuyo pelo ralo y gafas de montura de alambre le dan más aspecto de oficinista que de director artístico de uno de los teatros de ópera más prestigiosos de Europa. Su despacho refleja su personalidad: abarrotado pero ordenado, caro pero nada ostentoso, lleno de fotografías en las que aparece estrechando la mano a cantantes cuyos nombres figuran en los programas y cuyas voces llenan teatros por todo el continente.

—*Señor* DeSantis. Su voz se proyecta, pero se quiebra un poco. Me tiene pánico, y bien que hace, pero intenta disimularlo. —Por favor, siéntese.

Cierro la puerta tras de mí, haciendo que la silla rasque deliberadamente contra el suelo lo bastante fuerte como para que Romano se estremezca cuando me siento. El despacho parece más pequeño con la puerta cerrada: las paredes se acercan, y la única lámpara de mesa proyecta sombras duras que transforman objetos familiares en formas amenazadoras.

A Romano le tiemblan las manos mientras baraja los papeles de la mesa, una manía nerviosa que no consigue nada salvo delatar su estado de ánimo. Se le forman gotas de sudor a lo largo de la línea del cabello a pesar del frío vespertino que se cuela por las ventanas del viejo edificio. Sabe quién soy. Más aún, sabe lo que represento: el tipo de poder que opera al margen de la ley, fuera del alcance de los contratos y de la negociación civilizada.

—Sabe por qué estoy aquí. Mantengo la voz nivelada, conversacional. No hace falta teatro cuando la reputación hace el trabajo por mí.

—Yo... —Romano empieza y luego se calla, la nuez marcándose mientras traga con dificultad—. No estoy seguro de entender.

—Rosaria Costa. Su nombre transforma la atmósfera de la sala, cargando el aire de una tensión que vuelve la respiración de Romano superficial y rápida. —Me ha dicho que está demasiado ocupada para volver a verme. Eso no va a funcionar.

Los ojos de Romano se desvían hacia la puerta y vuelven a mí, calculando distancias y posibilidades de escape que no existen. Su despacho no tiene otra salida, ni una ventana lo bastante grande para que un hombre de su tamaño pudiera colarse, ni un botón de emergencia que llamara ayuda antes de que yo pudiera silenciarlo para siempre.

—*Señor* DeSantis, necesito que lo entienda: el horario de la señorita Costa es increíblemente exigente. Tiene ensayos, funciones, entrevistas, sesiones de fotos, actos benéficos. La junta espera...

—La junta. —Me inclino más sobre su mesa, viendo cómo se encoge en la silla—. Háble me de esa junta.

—Son... son gente muy influyente. Mecenas de las artes. Invierten mucho dinero en nuestras producciones, esperan rendimientos de esas inversiones, y...

—Le rinden cuentas a la familia Costa.

El rostro de Romano se vuelve pálido. Sabe que es verdad; probablemente lo sabe desde hace años, pero nunca se ha permitido pensar demasiado en el origen de su financiación ni en los hilos que atan su cargo. Los teatros de ópera necesitan dinero —cantidades ingentes de dinero— y ese dinero sale de algún sitio. En Roma, llega por cauces que llevan de vuelta a Emilio Costa.

—Quiero que se le despeje la agenda. —Apoyo las manos planas sobre su mesa, inclinándome hasta que nuestros rostros quedan a escasos centímetros—. Ensayos, aligerados. Actos de prensa, aplazados. Todo lo que no sea crítico, eliminado.

—Yo... yo no puedo... —balbucea Romano, con la voz quebrada —. Los productores, los otros cantantes, los convenios del sindicato, los compromisos de promoción...

—Sí puede. —Mi voz sigue firme, razonable—. Lo hará.

Romano baja la vista hacia su mesa, hacia los papeles desperdigados que representan la obra de su vida, su carrera cuidadosamente construida, que podría venirse abajo con una sola

llamada a la gente adecuada. Le tiemblan las manos cuando coge un vaso de agua y da un sorbo pequeño que no hace nada por calmarle los nervios.

—La temporada de otoño ya está cerrada —vuelve a intentarlo, con la desesperación colándose en su voz—. Tenemos *Tosca* dentro de tres semanas, luego *La traviata*, y después la gala de Navidad. La señorita Costa es la protagonista en las tres producciones. Las entradas están vendidas, los decorados están construidos, la orquesta lleva meses ensayando...

—Entonces encontrará la manera de que funcione con menos tiempo de ensayo. Me incorporo y meto la mano en el bolsillo de la americana. Los ojos de Romano se agrandan, su cuerpo se tensa como si se preparara para la violencia, pero no saco más que un sobre. Grueso. Pesado. De los que zanjan conversaciones y abren otras nuevas.

Lo dejo sobre su escritorio, entre los dos. Romano lo mira como si pudiera estallar, comprendiendo al instante lo que representa pero sin estar aún dispuesto a reconocer la transacción que está teniendo lugar.

—Tengo las manos atadas —susurra, pero los ojos le siguen fijos en el sobre—. Los contratos, los acuerdos, los otros intérpretes: harán preguntas si de repente lo cambio todo por una cantante, por muy talentosa que sea.

—Entonces no lo haga de golpe. Empujo el sobre un poco más hacia él—. Hágalo gradual. Un conflicto de agenda aquí, un problema técnico allá. Usted es el director artístico. Seguro que puede ser creativo.

Los dedos de Romano planean sobre el sobre sin llegar a tocarlo, como si el contacto convirtiera la corrupción en algo oficial e irreversible. Pero los dos sabemos que cruzó esa línea en el momento en que aceptó esta reunión, en el momento en que me permitió entrar en su despacho fuera del horario, en el momento en que eligió la supervivencia por encima del principio.

—Los otros cantantes se quejarán —dice, buscando obstáculos que retrasen lo inevitable—. Si Rosaria recibe un trato de favor, si su carga de trabajo disminuye mientras la de ellos se mantiene igual...

—Ese es problema suyo —doy un golpecito al sobre con un dedo —. Le ofrezco la solución a sus problemas económicos. Sus deudas de juego. Las facturas médicas de su mujer. La matrícula de su hijo en esa universidad carísima de Milán.

Romano se estremece como si le hubiera golpeado. La palidez le invade al darse cuenta de cuánto sé sobre su vida personal, de hasta qué punto mi gente ha investigado sus vulnerabilidades y debilidades. La información es poder, y el poder es palanca, y la palanca es cómo hombres como Romano acaban cogiendo sobres de manos de hombres como yo.

—¿Cómo…? —empieza, y luego calla, entendiendo que la pregunta no tiene sentido. Los hombres en mi posición no revelamos fuentes ni métodos. Simplemente demostramos que sabemos todo lo que merece la pena saber y dejamos que las implicaciones hablen por sí solas.

—El sobre —digo en voz baja—. Cójalo.

La mano de Romano tiembla cuando va a por el sobre, sus dedos cerrándose en torno a él con el agarre desesperado de quien se ahoga y se aferra a un madero a la deriva. Lo levanta, siente su peso, calcula su contenido solo por el tacto. Suficiente para saldar a los acreedores que llevan semanas llamando a su casa a todas horas. Suficiente para cubrir los tratamientos del cáncer de su mujer. Suficiente para mantener a su hijo en la universidad y sostener la ficción de que todo va bien.

—Hágalo limpio —le digo mientras él se aferra al sobre contra el pecho—. Hágalo discreto. Hágalo ya.

Romano asiente una y otra vez, con el alivio y la vergüenza librando una guerra visible en su rostro. Ha cruzado una línea que no se puede descruzar, ha entrado en un acuerdo que definirá el resto de su mandato en el teatro de la ópera. Ahora es mío, comprado y pagado, otro activo en una colección creciente de personas cuya desesperación económica las hace útiles.

—Ella canta cuando quiera —digo, moviéndome hacia la puerta —. Quiero que quiera.

Romano alza la vista hacia mí, con un destello de confusión en los ojos. No entiende la distinción que estoy estableciendo, no

comprende que coerción y deseo pueden coexistir en el mismo espacio, que control y afecto pueden fundirse en algo más complejo que el mero dominio. Solo ve la transacción: dinero a cambio de cooperación, pago por servicios prestados.

Mi teléfono vibra contra el pecho cuando alargo la mano hacia el pomo. En la pantalla aparece el nombre de Bruno, y sé antes de contestar que la llamada desviará mi atención de lo personal a lo empresarial, de la delicada manipulación del calendario de Rosaria a la guerra más amplia por territorio y respeto que define mi mundo.

—¿Qué pasa? —contesto sin preámbulos, saliendo al pasillo y cerrando la puerta de Romano a mi espalda.

—Tenemos un problema —la voz de Bruno arrastra la tensión de quien trae malas noticias a alguien que no tolera el fracaso—. Las rutas de transporte. Los Costa han asaltado uno de nuestros camiones esta noche. Tres hombres muertos, la mercancía esparcida por la A1 al sur de Frosinone.

La noticia no me sorprende. Emilio Costa lleva semanas sondeando nuestras defensas, probando nuestro tiempo de respuesta y el compromiso con los territorios que hemos reclamado. El ataque representa una escalada, un mensaje de que nuestra expansión en Roma conlleva consecuencias que van más allá de salas de juntas y teatros de ópera.

—¿Testigos? —pregunto, caminando de vuelta por los pasillos del teatro, que ahora se sienten distintos, cargados con la energía de un conflicto que se extiende mucho más allá de estos muros.

—Ninguno con vida —informa Bruno—. Pero el mensaje es claro. Nos dicen que las rutas del sur están vetadas.

Llego al vestíbulo principal, donde estatuas de mármol de dioses y héroes antiguos vigilan sillas vacías y fuentes silenciosas. La grandeza ahora se siente hueca, una fachada que cubre las realidades brutales de poder y territorio que deciden quién canta y quién muere, quién prospera y quién desaparece en tumbas sin nombre.

—Nos están poniendo a prueba —le digo a Bruno mientras empujo las puertas principales y salgo a la noche romana—. Quieren ver si nos echamos atrás o redoblamos la apuesta.

—¿Qué quieres hacer?

La pregunta abarca más que tácticas y represalias. Habla de la elección fundamental a la que se enfrenta todo hombre en mi posición: si perseguir los deseos personales o las obligaciones profesionales, si priorizar a la mujer que se ha convertido en una obsesión o al imperio que define mi identidad.

—Vamos a esperar nuestro momento —decido, las palabras surgiendo de un cálculo que sopesa la satisfacción inmediata frente a la estrategia a largo plazo—. Mantén la posición. No les des una excusa para escalar más.

—¿Jefe? —la voz de Bruno denota sorpresa. El viejo Salvatore habría respondido al ataque con fuerza abrumadora, habría teñido de rojo las autopistas con sangre de los Costa antes del amanecer. Pero el viejo Salvatore no tenía a una mujer que proteger, no tenía un futuro que se extendiera más allá del siguiente territorio ganado o del siguiente rival eliminado.

—Me has oído. Cierro la llamada y deslizo el teléfono de nuevo en la americana, caminando hacia la berlina negra que espera en el bordillo con el motor en marcha y el chófer atento.

Las calles de Roma, de noche, cuentan historias de imperio y decadencia, de belleza y corrupción que conviven en los mismos espacios, compartiendo el mismo aire. Las ruinas antiguas se alzan iluminadas junto a edificios modernos, mientras las sombras ocultan las actividades que financian tanto la preservación como la destrucción. Yo formo parte de esa sombra, un hombre que se gana la vida en los intersticios entre la ley y el caos, entre el deseo y la destrucción.

Romano le despejará la agenda a Rosaria. Los Costa seguirán sondeando nuestras defensas. Y en alguna villa a las afueras de Florencia, continúan los preparativos para un futuro que depende de mi capacidad para equilibrar la violencia con la contención, la obsesión con la estrategia, el amor con la supervivencia.

El juego continúa. Las apuestas suben. Y en el centro de todo, una mujer canta mientras el mundo arde a su alrededor, sin saber que su voz se ha convertido a la vez en arma y escudo en una

guerra que decidirá el destino de familias, territorios y la fina línea entre la civilización y el caos.

10

ROSARIA

La finca de los Costa me asfixia con su falsa opulencia. Cada habitación respira vigilancia, cada pasillo susurra con los pasos de hombres pagados para vigilar mis movimientos e informar a Emilio. Los suelos de mármol que antes me resultaban familiares ahora resuenan con el sonido de mi cautiverio, cada paso, un recordatorio de que ya no soy una invitada en esta casa, sino una presa vestida de seda y custodiada por hombres que se llaman a sí mismos familia.

Mi dormitorio de la infancia se ha convertido en una celda. Las ventanas que antes ofrecían vistas a los jardines ahora enmarcan barrotes de hierro pintados de blanco para mantener la ilusión de elegancia. Han cambiado las cerraduras de las puertas, las llaves se han redistribuido a manos que responden ante mi tío y no ante mí. Han registrado mis pertenencias, han vigilado mi teléfono, y cada conversación mía se ha grabado con dispositivos ocultos en las paredes y el mobiliario.

Víctor me encuentra en el salón de desayunos, donde estoy sentada con el desayuno intacto y el café frío, mirando a través de las ventanas enrejadas unos jardines que ya no puedo recorrer en libertad. Entra sin llamar, su presencia llenando el espacio con esa clase de amenaza displicente que corre por la sangre de nuestra

familia. Mi primo ha heredado los ojos calculadores de Emilio y su boca cruel, pero le falta la contención que dan la edad y la experiencia.

—Estás pálida —observa, acomodándose en la silla frente a mí con la fluida gracia de un depredador que toma posición—. La vida de prisión no te sienta.

—No lo llamaría prisión —mantengo la voz firme, negándome a darle la reacción que busca—. Más bien custodia protectora.

Víctor se ríe, un sonido afilado y sin calidez. —¿Así lo llamas? ¿Custodia protectora? —Se inclina hacia delante, los codos en la mesa, estudiando mi cara como un científico que examina un espécimen—. Porque, desde donde estoy sentado, parece que por fin te han puesto en vereda.

Las palabras escuecen porque encierran verdad. Me están poniendo en vereda, adiestrada en la obediencia a base de aislamiento y vigilancia, aprendiendo que mi anterior libertad era una ilusión que podía revocarse en cualquier momento. A la Rosa de Roma la han arrancado de su escenario y la han trasplantado a un invernadero donde cada pétalo se vigila y se controla.

—Tu lealtad siempre ha sido cuestionable —prosigue Víctor, cortando su desayuno con movimientos precisos que reflejan su enfoque quirúrgico de la conversación—. Padre consintió tu independencia porque servía a sus propósitos. Pero ahora esa independencia se ha convertido en un lastre.

—Mi independencia levantó la reputación que legitima a esta familia. —Aparto el plato intacto, la mera visión de la comida me revuelve el estómago. No sé qué me pasa—. Mi voz abrió puertas que tus armas jamás podrían.

—Tu voz también te llevó directa a la cama de Salvatore DeSantis. —Los ojos de Víctor brillan con una satisfacción maliciosa mientras busca en mi cara alguna reacción—. Dime, prima, ¿ha merecido la pena? ¿Cambiar la protección de tu familia por unas cuantas noches con el enemigo?

El calor me sube a las mejillas, pero me obligo a mantener la calma. Víctor se alimenta de las reacciones emocionales, se fortalece cuando hace sangre. He aprendido a negarle la satisfacción que

ansía, a enfrentar su crueldad con el mismo cálculo frío que me ha mantenido con vida en esta familia durante veintiún años.

—No he cambiado nada —digo en voz baja—. Me chantajearon para que obedeciera, y luego me usaron como moneda de cambio en unas negociaciones en cuya planificación no participé.

—¿Chantajeada? —Las cejas de Víctor se alzan con fingida sorpresa—. ¿Eso es lo que te cuentas a ti misma? Porque las grabaciones de vigilancia cuentan un relato por completo distinto.

Se me encoge el estómago de temor y humillación. Por supuesto que hay grabaciones. Por supuesto que los hombres de Emilio documentaron mis visitas a la finca de Salvatore, mi obediencia a sus exigencias, mi rendición gradual a algo que empezó como coacción y se convirtió en otra cosa por completo. La prueba de mi debilidad, de mi deseo, existe en formato digital, lista para ser utilizada como arma contra mí.

—Las grabaciones muestran lo que muestran —acierto a decir, odiando el temblor de mi voz—. No cuentan toda la historia.

—Cuentan lo suficiente. —Víctor se limpia la boca con la servilleta, un gesto que resulta de algún modo indecoroso—. Cuentan la historia de una mujer que olvidó dónde debían estar sus lealtades. Que eligió la pasión por encima de la familia. Que traicionó todo lo que nuestro padre construyó para protegerla. Me burlo de las palabras «nuestro padre». Quiero escupirle que Emilio nunca ha sido mi padre, pero antes de que pueda, me cortan en seco.

Rocco aparece en el umbral antes de que pueda responder, su corpachón llenando el marco. Mi sombra asignada, leal a Emilio y profundamente desconfiado de todo lo que hago, digo o pienso. Lleva su desconfianza a la vista, sin molestarse jamás en ocultar su convicción de que soy una traidora que merece el destino que me aguarda.

—Hora de irnos —anuncia, con la autoridad de mi tío en la voz—. El ensayo empieza en treinta minutos.

Me levanto de la mesa, agradecida por la interrupción aun sabiendo que solo significa otro tipo de prisión. La ópera quizá ofrezca la ilusión de libertad, pero actuaré bajo la misma vigilancia,

las mismas ataduras, el mismo peso asfixiante de las expectativas y el control de la familia.

El trayecto hasta el Teatro dell'Opera transcurre en silencio. Rocco se sienta a mi lado en el asiento trasero mientras conduce otro de los hombres de Emilio; estamos todos envueltos en la tensa quietud que se ha convertido en mi compañera constante. Roma desfila por las ventanillas como un borrón de piedras antiguas y corrupción moderna, una ciudad que ha visto alzarse y caer imperios, que conoce el precio del poder y el coste de la supervivencia.

El teatro de la ópera me recibe con aromas y sonidos familiares—colofonia y cera para madera, el sonido lejano de escalas en práctica, el fru-frú de los trajes mientras los prueban y ajustan—. Pero incluso aquí, en el espacio que antes me parecía un refugio, percibo la presencia de vigilantes y manipuladores, los hilos invisibles que conectan la influencia de mi tío con cada aspecto de mi vida profesional.

Alba Sorrenti irradia expectación mientras se prepara para la audición. La seguridad le brota de cada gesto, de cada sonrisa, de cada comentario casual a los demás cantantes sobre lo que espera de la próxima temporada. Se ha colocado a la perfección para este momento, armada con fotografías y amenazas, respaldada por las promesas que haya hecho Luca Romano para asegurarse su cooperación.

—¡Rosaria! —Se acerca a mí con una calidez fingida, la sonrisa lo bastante deslumbrante como para cegar—. No estaba segura de que fueras a venir hoy. He oído que has estado... indispuesta.

—Estoy aquí —respondo, iniciando mis ejercicios de calentamiento con deliberada precisión—. Lista para cantar.

La sonrisa de Alba titubea ligeramente ante mi respuesta serena. Esperaba desesperación, súplicas, quizá incluso que me retirara de la competición. En cambio, me preparo con el mismo enfoque metódico que me ha llevado a cientos de funciones, concentrándome en el control de la respiración y la colocación de la voz con la intensidad de una guerrera que se apresta para la batalla.

—Claro que sí —Alba se repone enseguida, su voz cargada de una simpatía impostada—. Aunque tengo que decir que te veo cansada. Tensa. Quizá deberías plantearte tomarte un tiempo, centrarte en tu... situación personal.

—Mi situación personal no es asunto tuyo. —Sigo con las escalas, cada nota precisa y controlada, la voz ganando fuerza con cada ejercicio—. Si quieres el papel principal, tendrás que ganártelo.

La sala de audiciones se colma de tensión cuando tomamos posiciones. Los otros cantantes observan con interés depredador, como aves carroñeras que huelen el drama y se colocan para beneficiarse de cualquier caos que se desate. El pianista acompañante se acomoda al piano, los dedos en vilo sobre unas teclas que decidirán qué voz se eleva y cuál cae.

Luca Romano entra demacrado, con el rostro cargando el peso de decisiones tomadas en despachos en penumbra y pagos recibidos en sobres abultados. Evita mirarme al tomar asiento, y prefiere centrarse en sus notas y en la ficción de que lo que viene será una competición justa basada en el mérito y no en la manipulación.

Cuando me llega el turno, canto con todo cuanto poseo. Cada nota lleva la furia de mi cautiverio, el dolor de la traición, la esperanza desesperada de que mi voz aún pueda ser mía aunque me hayan arrebatado todo lo demás. El aria brota de mi garganta con una potencia y una precisión que acallan la sala, que transforman el destartalado espacio de audición en algo que roza lo sagrado.

Canto al amor y a la pérdida, al deseo y a la destrucción, a mujeres que eligen su propio destino aun cuando el mundo conspira contra ellas. La música se convierte en arma y escudo, una declaración de independencia que rebota en las paredes y se asienta en el corazón de todos los presentes.

Cuando se apaga la última nota, el silencio se estira por la sala. Los otros cantantes miran con expresiones que van de la admiración a la envidia, hasta el asombro más franco. Hasta la confianza de Alba vacila cuando comprende la magnitud de la interpretación que tiene que seguir.

Pero cuando Alba pisa el escenario, su voz carece del poder y la precisión que exige el papel. Sus agudos se fuerzan y se quiebran; su fraseo carece de la hondura emocional que convierte la competencia técnica en arte. Se precipita en los pasajes difíciles y sobrecompensa sus limitaciones con gestos teatrales que subrayan, en lugar de ocultar, sus carencias vocales.

El contraste entre nuestras actuaciones es tan marcado que ni siquiera Luca Romano puede disimular su incomodidad. Se revuelve en el asiento, toma notas con una intensidad innecesaria, evita mirarnos a cualquiera de las dos mientras esperamos su decisión.

—Gracias a las dos —dice por fin, con una jovialidad fingida—. Ha sido... revelador. Comunicaré mi decisión en breve.

Esperamos en el pasillo, fuera de la sala de audiciones, rodeadas de otros cantantes que cuchichean entre ellos sobre lo que han presenciado. Sus conversaciones dejan oír fragmentos de juicio y especulación, voces que confirman lo que todos en la sala entendieron—mi actuación ha sido superior en todos los aspectos medibles.

—Ha estado increíble —susurra alguien—. ¿Ese do sobreagudo en la segunda aria? Impecable.

—Alba ha sufrido con la coloratura —añade otra voz—. Su técnica no está preparada para un papel tan exigente.

—Política —murmura un tercer cantante—. Siempre va de política.

Cuando Luca sale a anunciar su decisión, su rostro exhibe una palidez sombría que delata la traición de su integridad artística. Se aclara la garganta, baraja los papeles y pronuncia las palabras que hacen añicos mi última ilusión de justicia.

—El papel es para Alba Sorrenti.

El pasillo estalla en murmullos de asombro. Varios cantantes se intercambian miradas que hablan de corrupción y manipulación, de decisiones tomadas en despachos traseros y no en salas de audición. La sonrisa de Alba arde con un triunfo que, dadas las circunstancias, se siente hueco.

—Señor Romano. —Doy un paso al frente, con la furia apenas contenida en la voz—. ¿En qué se ha basado esta decisión?

Los ojos de Luca saltan nerviosos entre mí y algún observador invisible, quizá Rocco, quizá uno de los otros vigilantes que registran cada una de mis palabras y gestos. —La señorita Sorrenti se ha ganado el papel por su interpretación en la audición. La decisión es definitiva.

—Su interpretación ha sido técnicamente deficiente y emocionalmente superficial. —Mantengo la voz firme pese a la rabia que me arde en el pecho—. Todos en esa sala han oído la diferencia.

—La decisión es definitiva —repite Luca, su voz cobrando fuerza a base de repetición—. La señorita Sorrenti interpretará el papel principal. A usted le asignarán el papel secundario de—

—No aceptaré que me asignen a nada. Me doy la vuelta, apartándome de él, de la sonrisa triunfal de Alba, de los susurros de los cantantes que entienden pero no pueden decir la verdad de lo que han presenciado. —Quédense con sus papeles secundarios. —Quédense con su teatro corrupto. —Quédense con su integridad artística, que se disuelve en presencia de sobres abultados.

Rocco me sigue fuera del edificio, sus pasos pesados marcando mi ritmo furioso mientras huyo del escenario de mi humillación profesional. La calle frente al teatro de la ópera bulle de vida romana: turistas haciendo fotos, amantes compartiendo gelato, niños persiguiendo palomas mientras sus padres observan con sonrisas indulgentes. Gente normal viviendo vidas normales, ajena al mundo en las sombras que opera bajo la hermosa superficie de su ciudad.

Rocco no intenta conversar durante el trayecto de vuelta a la finca, quizá entendiendo que mi furia necesita espacio para respirar antes de estallar en algo más peligroso. La ciudad pasa borrosa tras la ventanilla, pero tengo el corazón hecho trizas. No puedo fijarme en lo que veo cuando lo que siento es tan grande que podría asfixiarme.

Emilio me espera en su despacho, colocado tras su escritorio enorme con la autoridad calculada de un hombre que ha orquestado cada detalle de mi día. La habitación huele a cuero y a cigarros, a dinero viejo y a sangre más vieja, a decisiones tomadas en la oscuridad y justificadas por la necesidad.

—Parece alterada—observa. Su voz destila una falsa preocupación y no me dejo engañar.

—Manipuló la audición. No me molesto en cortesías ni en fingimientos. —Compró a Luca Romano para que decidiera mantenerme atada aquí, en la finca.

La sonrisa de Emilio es fría y absolutamente desprovista de calor. —No he hecho nada de eso, pero si la protegía de cometer otro error, que así sea. Su juicio ha demostrado ser... poco fiable.

—¿Mi juicio?—me río con amargura—. ¿Qué tipo de hombre vigila cada movimiento de su sobrina y lo llama amor? ¿Qué clase de familia encierra a alguien por el delito de ser víctima de un chantaje?

—La clase de familia que sobrevive—responde Emilio, levantándose de la silla con una fluidez amenazante—. La clase de familia que entiende la lealtad y las consecuencias de la traición.

—Nunca he traicionado a nadie—. Mi voz se eleva a pesar de mis intentos por mantener la calma—. Me manipularon, me amenazaron, me coaccionaron para...

—La sedujeron—. Emilio rodea el escritorio, acechándome, entornando los ojos hasta reducirlos a rendijas—. Se sintió halagada por la atención de un hombre peligroso y se olvidó de quién es, de dónde viene, de lo que le debe a la familia que la crió y la protegió.

—¿Protegerme?—las palabras me estallan en la garganta con una furia que lleva semanas acumulándose—. ¡Me ha convertido en una prisionera en mi propia casa! ¡Ha destruido mi carrera, me ha aislado de todos en quienes confío y ahora pretende decir que es protección?

La mano de Emilio se mueve más rápido que el pensamiento y golpea la pared junto a mi cabeza con fuerza suficiente para agrietar el yeso. El sonido resuena por el despacho mientras partículas de polvo danzan en la luz de la tarde que se cuela entre cortinas pesadas. Su cara queda a centímetros de la mía, su aliento caliente contra mi piel, sus ojos ardiendo con la clase de rabia que ha terminado vidas y enterrado cuerpos.

—La próxima vez —amenaza entre dientes— no será la pared.

La amenaza ahoga el aire entre nosotros en el súbito silencio, tan real y sólida como la grieta en el yeso junto a mi cabeza. Puedo oler

su colonia, sentir el calor que irradia su cuerpo, percibir la violencia que se enrosca bajo su traje caro y su voz cultivada. Este es el hombre que me crió, que moldeó mi vida, que afirma quererme mientras destruye todo lo que valoro.

—¿Nos entendemos?—pregunta, con una voz suave y letal.

Asiento porque negarme equivale a la muerte, porque resistirme equivale a desaparecer, porque veintiún años de supervivencia me han enseñado cuándo doblarme y cuándo romperme. Pero tras mi acatamiento, tras mi sumisión, tras mi aparente aceptación de su autoridad, empieza a cristalizar algo más duro y más frío que su rabia.

Emilio da un paso atrás, alisándose la chaqueta con displicencia, como si solo hubiera sufrido una leve molestia. —Salvatore DeSantis es una amenaza para todo lo que esta familia ha construido. Su relación con él nos pone a todos en riesgo. Vivir aquí neutralizará esa amenaza y, a la vez, le proporcionará protección y legitimidad.

—Vivir aquí me convierte en una prisionera con otro nombre—replico, sorprendida por la firmeza de mi propia voz.

—No estoy seguro de haberle pedido su opinión sobre este asunto, Rosaria—. Emilio regresa a su escritorio y vuelve a sentarse como si nada hubiera cambiado—. Aprenderá a encontrar la felicidad en su papel, o aprenderá a fingir con la suficiente convicción como para que la diferencia sea irrelevante.

Salgo de su despacho sin añadir palabra, caminando por pasillos que resuenan con el sonido de mi aislamiento, junto a habitaciones llenas de belleza y vacío, hacia un dormitorio que sirve tanto de santuario como de celda. A mi espalda, los pasos de Rocco me recuerdan a cada instante que mi libertad no es más que una ilusión, que mis decisiones solo existen dentro de los límites establecidos por hombres que aseguran saber qué es lo mejor para mí.

En mi habitación, me planto ante las ventanas enrejadas y miro jardines que no puedo recorrer, horizontes a los que no puedo llegar, un mundo que sigue girando mientras yo permanezco atrapada en ámbar, conservada y exhibida, pero ya no verdaderamente viva. La finca de los Costa se ha convertido en mi escenario, pero el único

público lo forman guardias y vigilantes, hombres que supervisan mi actuación e informan a directores a los que nunca veo.

Mañana traerá nuevas restricciones, nuevos recordatorios de mi cautiverio, nuevas pruebas de que mi voz, mi cuerpo y mi futuro pertenecen a hombres que comercian con carne, sangre y lealtad. Pero esta noche, en la oscuridad creciente de mi prisión dorada, me permito imaginar un final distinto para esta historia, una canción distinta que cantar, un escenario distinto en el que representar el drama que yo elija.

Puede que la Rosa de Roma haya sido cortada y enjaulada, pero las rosas tienen espinas, y el cautiverio engendra su propia clase de fuerza desesperada. La función continúa, pero el acto final aún no está escrito y, a veces, las canciones más hermosas emergen de la oscuridad más profunda.

11

SALVATORE

El bajo retumba en el suelo de Oro Nero, vibra a través de las suelas de cuero de mis zapatos y me cala hasta los huesos. Me recuesto en el reservado VIP, viendo a la élite de Roma fingir que posee esta ciudad mientras yo llevo la mitad de sus deudas en el bolsillo trasero. El club palpita con una energía oscura; una iluminación roja corta el humo y las sombras, tiñéndolo todo de tonos de sangre y pecado. Sobre la mesa, delante de mí, se alinean decantadores de cristal, llenos de whisky que me cosquillea los sentidos.

Elevo el vaso a los labios, saboreando el ardor mientras se desliza por mi garganta. Han pasado tres días desde nuestra última conversación, desde que le dije a Rosaria que la estaría vigilando. Emilio cree que los muros y los guardias pueden alejarla de mí. El viejo idiota aún cree en los métodos tradicionales de control; por eso la ha enjaulado en su finca, bajo llave, intentando mantenerla lejos de mí.

La música golpea a mi alrededor, pero lo único que oigo es el ritmo constante de mi propio pulso. Costa cree que puede enjaular a un ave de presa y esperar que cante dulcemente. No entiende con qué está tratando. Rosaria no es una flor delicada para prensar entre

páginas; es fuego contenido en porcelana, y el fuego siempre encuentra la forma de arder.

Apuro el resto de mi whisky y cruzo la mirada con Bruno al otro lado del club. Está apostado junto a la barra, alerta a pesar del caos que lo rodea. La cicatriz sobre su ceja izquierda —cortesía de una pelea a navaja en Palermo— atrapa la luz roja mientras avanza entre la multitud hacia mí.

—¿Algún problema, jefe? —pregunta Bruno mientras se desliza en el reservado frente a mí.

—Emilio está jugando —me inclino hacia delante y apoyo los antebrazos en la mesa—. Cree que mantenerla encerrada hará que pierda el interés.

La boca de Bruno se curva en lo que caritativamente podría llamarse una sonrisa. —¿Y lo conseguirá?

—No —digo—. No lo hará.

Hago una seña a una de las camareras —una rubia de pómulos afilados que lleva toda la noche echando miradas a nuestro reservado—, y se acerca con una gracia fluida. Su vestido es de ese negro que absorbe la luz, y su sonrisa es cálida, profesional.

—¿Otra ronda? —pregunta, con una voz apenas audible por encima de la música.

—Recoge la mesa —le digo, en cambio—. Y asegúrate de que no nos molesten.

Asiente, recoge los vasos vacíos con movimientos eficientes y desaparece de nuevo entre la multitud. El reservado parece ahora más grande, más íntimo. Las sombras parecen cerrarse aún más, creando un bolsillo de privacidad en medio del caos.

—Jefe —la voz de Tano vuelve a entrar por el pinganillo—. ¿Quiere que siga vigilando?

Me toco el pinganillo en la oreja. —Siempre. Pero necesito que haga una cosa más.

—Usted dirá.

—Vaya a la finca. Cuando la vea, métala en el coche y tráigamela.

Bruno alza una ceja. —¿Crees que de verdad la dejarán venir?

—Creo que, si Emilio se entera, se negará, pero creo que Rosaria vendrá de todos modos —me pongo en pie, alisándome la chaqueta. La tela a medida se asienta a la perfección sobre mis hombros—. No es de las que permanecen enjauladas indefinidamente.

El club se arremolina a nuestro alrededor mientras me dirijo al nivel superior. La segunda planta está flanqueada por salas privadas, cada una diseñada para conversaciones que exigen discreción absoluta. Elijo la habitación de la esquina: paredes insonorizadas, ventanales tintados que dan a la pista principal y, lo más importante, privacidad total.

La decoración es de un lujo discreto: muebles de cuero negro, arte moderno e iluminación regulable según el ambiente. Bajo las luces hasta un resplandor sutil y me sirvo otra copa en el bar privado. Luego le envío un mensaje discreto.

Pensando en un ruiseñor...

Y espero.

El tiempo transcurre de otra forma cuando aguardas. Los minutos se alargan con la posibilidad. Observo la pista principal a través del cristal tintado, contemplando el caos coreografiado de abajo: bailarines que se contonean bajo las luces intermitentes, mujeres bebiendo las ofrendas de seducción que les brindan hombres que las miran contorsionar sus cuerpos al compás de la música.

Mi teléfono vibra. Me entra un mensaje de Bruno avisándome de que ya está allí, esperando, y de que Emilio probablemente intentará echarlo. Pero Rosaria... Rosaria es distinta. Ha pasado toda su vida escuchando qué debía hacer, adónde ir, cómo comportarse. Al final, ese tipo de presión crea grietas. Y las grietas, una vez aparecen, no hacen más que extenderse.

Hacia las diez y media la energía del club cambia. La multitud se vuelve más densa, más eléctrica. El dinero fluye con más libertad. Las inhibiciones bajan con cada copa, cada raya, cada promesa susurrada en rincones oscuros. Lo he visto mil veces: la transformación nocturna de la élite de Roma, de ciudadanos respetables a criaturas de puro apetito.

Estoy terminando mi segundo trago cuando Bruno aparece en el umbral.

—Está aquí —dice.

Las palabras me golpean el pecho; dejo el vaso y me pongo en pie, alisándome la chaqueta. No estoy acostumbrado a que me nieguen algo, pero en este caso no albergaba muchas esperanzas de que ella pudiera escabullirse de la finca de los Costa. A través del cristal tintado, veo la pista principal: un mar de cuerpos en movimiento, luces intermitentes y sombras. Pero todavía no la veo.

—¿Sola? —pregunto.

—Sin cola que yo haya visto. Hemos entrado por la entrada principal hace cosa de dos minutos —ensancha el pecho y asiente.

—Súbela.

Bruno asiente y desaparece de nuevo por el pasillo. Me acerco a la ventana y miro hacia la multitud de abajo. La anticipación me crece en el pecho, una tensión conocida que no tiene nada que ver con los negocios y todo que ver con ella. Desde aquella noche en la finca, desde nuestra conversación en el jardín, ocupa un espacio en mis pensamientos.

La puerta se abre a mi espalda. No me doy la vuelta de inmediato. Quiero oír sus pasos, saber si ha venido de buen grado o a regañadientes. El tac-tac de los tacones sobre la madera suena despreocupado, nada apresurado. Pasos largos, seguros, un ritmo medido. No está huyendo, y no la han traído a rastras.

Cuando por fin me giro, está de pie dentro del umbral. La visión de ella me corta la respiración en la garganta.

Va de negro—un vestido que le ciñe la figura sin revelar demasiado—, lo bastante sofisticado para la ópera, pero lo bastante oscuro para lo clandestino. El cabello le cae en ondas sobre un hombro, y su piel parece irradiar luz en la penumbra. Pero son sus ojos los que me atrapan. Fuego oscuro, ardiendo con una intensidad capaz de fundir el acero.

—Me has llamado —dice, y su voz se impone por encima de la música apagada—. He venido.

No hay miedo en su tono. Ninguna incertidumbre. Si acaso, suena enfadada; ese tipo de furia controlada que nace de que te empujen demasiado y durante demasiado tiempo. Da unos pasos más hacia dentro, y me fijo en que no lleva bolso, ni abrigo. Ha

venido con nada más que su propia voluntad y lo que sea que piensa decir.

—No estaba seguro de que vinieras —admito, acortando la distancia entre nosotros a la mitad. La sala parece ahora más pequeña, cargada por su presencia.

—Estoy cansada —dice, y por un momento creo que habla de lo físico. Luego continúa, y lo comprendo—. Estoy cansada de que me traten como la propiedad de otro. Estoy cansada de que se tomen decisiones sobre mi vida sin contar conmigo. Y estoy cansada de los hombres que creen que pueden controlarme controlando mis circunstancias.

Sus ojos no se apartan de los míos mientras habla. Cada palabra la elige con cuidado, dicha con tacto. Ha pensado en esta conversación mucho antes de que empezara, y no está aquí porque yo la haya convocado. Está aquí porque tiene su propia agenda.

—Así que si me quieres —prosigue, dando otro paso hacia adelante—, si de verdad me quieres y no la idea de arrebatarle una posesión a Emilio, más te vale estar preparado para lidiar con todo de mí. No la cantante de ópera, no la hija de los Costa, no el símbolo de la alianza que intentas forjar. A mí.

El ruido del club se desvanece por completo. La línea de bajo que vibraba bajo el suelo desaparece. La risa y la conversación de abajo se vuelven un rumor distante. Lo único que oigo es su respiración. Lo único que veo es cómo la luz tenue acaricia la curva de su mandíbula, la firmeza de sus hombros.

Es magnífica. Airada, desafiante y absolutamente magnífica.

Me acerco más, lo suficiente para ver el ligero rubor en sus pómulos, lo bastante cerca como para captar el tenue aroma de su perfume mezclado con el aire de la noche. No da un paso atrás. No se estremece. Se mantiene firme y espera mi respuesta.

—¿Crees que no sé quién eres? —pregunto, bajando la voz—. ¿Crees que te he llamado aquí por tu apellido, por tu voz o por lo que representas para los demás?

Alza un poco la barbilla. —Creo que eres un hombre que coge lo que quiere sin preguntar qué quiere la otra persona a cambio.

—¿Y qué quieres tú, Rosaria?

La pregunta queda suspendida en el aire entre nosotros. Me estudia el rostro, buscando quizá sinceridad, o tal vez la prueba de que soy capaz de escuchar su respuesta.

—Quiero elegir —dice al fin—. Por una vez en mi vida, quiero tomar una decisión que sea solo mía. No porque mi tío la exija, no porque la exija el teatro de la ópera, no porque la sociedad la espere. Mía.

Extiendo la mano despacio, dándole tiempo para apartarse si quiere. No lo hace. Mis dedos trazan la línea de su mandíbula, sienten el calor de su piel, el leve temblor que la recorre con el contacto.

—Entonces elige —le digo.

Sus ojos se abren apenas. Esperaba una discusión, quizá incluso una orden. No esperaba permiso.

—No es tan sencillo —dice, pero su voz es ahora más suave.

—Sí que lo es. Todo lo demás—Emilio, las familias, la política—es ruido. Esto, aquí y ahora, es lo único real.

Rosaria se inclina hacia mi caricia, casi imperceptible, pero lo suficiente para que lo sienta. Cierra los ojos un instante y, cuando los abre de nuevo, todo ha cambiado. Sus ojos son pozos oscuros de chocolate fundido, llenos de una mezcla de desafío y hambre. Siempre ha sido una contradicción, una mujer atrapada entre el deber y el deseo, y esta noche parece al borde de algo. Siento la tensión vibrando entre nosotros, como electricidad a punto de desatarse.

Cuando me inclino hacia adelante, ella no se aparta, ni siquiera cuando mis labios rozan los suyos con suavidad. —*Si supieras lo que estoy imaginando hacerle a tu cuerpo, te sonrojarías*. Las palabras ni siquiera la hacen apartarse, pero si de verdad supiera lo que imagino hacerle, sé que al menos se sonrojaría.

—*Entonces descúbreme.* Entonces descúbreme, señor DeSantis. Soy un libro abierto. Sus labios se estrellan contra los míos mientras me roba—el aliento, el pensamiento coherente, el alma...

La audacia de sus palabras y sus actos me enciende la sangre, una mezcla embriagadora de lujuria y anticipación. Rosaria ya no es el pajarillo tímido al que conocí. Se ha convertido en un fénix,

resurgido de las cenizas de su vida anterior, dispuesto a tomar lo que de verdad desea. Y ahora mismo, eso soy yo.

Estrello mis labios contra los suyos, mis manos deslizándose por su espalda para acercarla más. Ella responde con una avidez que me sorprende y me deleita, enredando los dedos en mi pelo para acercarme aún más. Nuestro beso se profundiza, las lenguas bailando juntas un tango ardiente, explorando cada rincón de la boca del otro. El sabor de Rosaria es adictivo—una mezcla de vino tinto y el leve regusto a chocolate caro del postre en la finca.

La adrenalina que me recorre las venas es intoxicante, y no puedo evitar preguntarme cómo he podido sobrevivir sin ella. Mis manos recorren sus curvas, absorbiendo cada centímetro de su cuerpo con el que he fantaseado durante semanas. Rosaria se arquea hacia mi contacto, su respiración entrecortada en mi oído mientras nuestros besos se vuelven más urgentes, más desesperados.

Me empuja, haciéndome retroceder hacia el sofá de cuero, y sus manos se encargan de mi cinturón en un suspiro mientras toma la delantera. Dejo que me asalte, ni siquiera dudo en dejar que tome el control. La mujer sabe lo que quiere y la complazco en todo lo posible, incluso cuando me empuja contra el sofá con la polla fuera de los pantalones.

Se queda de pie sobre mí, el vestido negro subido hasta las caderas, dejando a la vista el encaje de sus bragas. Sus ojos se enganchan a los míos mientras, despacio y con descaro, se las baja por los muslos, revelando el par de piernas más exquisito que he visto jamás. Rosaria se sube al sofá a gatas, se sienta a horcajadas en mi regazo y se frota contra mi polla, que va endureciéndose, empapándola con su humedad. Gimo contra su cuello mientras besa y mordisquea mi mandíbula, y luego alza las manos para desabrochar los botones de mi camisa.

—Quiero tu corrida por todo mi cuerpo —ronronea contra mi clavícula mientras sus manos se enredan en mi pelo—. —Quiero sentirte dentro de mí—. Sus palabras son como un fósforo sobre gasolina, prendiendo el deseo que he mantenido a raya durante tanto tiempo. La agarro, le subo el vestido negro por encima de la

cabeza y lo dejo caer sin miramientos al suelo. El sujetador de encaje que se agarra a sus curvas es lo siguiente en irse, revelando unos pechos perfectos, carnosos, que encajan en mis manos.

—Estabas hecha para mi polla, Rosa. Le agarro una teta y la aprieto, y ella sisea y se arquea hacia el contacto.

—Quizá fuera tu polla la que se hizo para mí, Salvatore—.

Me arranca un gemido, incapaz de articular palabra mientras sus dedos exploran mi cuerpo. No me creo que esto esté pasando—Rosaria Costa, la mujer más codiciada de Roma, está aquí, en mis brazos, hambrienta de mí. La acerco más, adueñándome de sus labios de nuevo en un beso áspero que nos deja sin aliento.

—Voy a llenarte tan hondo que no se te va a olvidar—. Mi mano se desliza entre nosotros, encuentra mi polla y la guía hacia ella cuando se eleva para recibirme.

Su humedad recubre mi longitud mientras provoco su entrada; su calor es un canto de sirena que ya no puedo ignorar. De una sola embestida me hundo en su interior, y siento cómo su estrechez me aprieta como un torno. Rosaria gime, sus uñas se clavan en mis hombros mientras se arquea hacia atrás, ofreciéndose a mí.

—Mírate, ya me estás empapando la polla—.

Los gemidos de Rosaria me espolean; cada uno es un recordatorio del deseo que he estado reprimiendo tanto tiempo. Me hundo en ella más hondo, más fuerte, mis caderas chocando contra las suyas con una urgencia primitiva que me sorprende incluso a mí. —Más fuerte —jadea—. —Haz que lo sienta mañana—.

—Dios, Rosaria —le gruño al oído—. —Te sientes mejor que cualquier fantasía que haya tenido—. Es la verdad. Ningún sueño ni recuerdo podría hacer justicia a cómo me envuelve ahora, a cómo su cuerpo se amolda al mío como si siempre hubiéramos estado destinados a encajar.

—¿Te gusta? —gruño contra su cuello mientras acelero el ritmo, embistiéndola más fuerte, más rápido—. Ella responde frotándose contra mí, saliendo a mi encuentro en cada embestida con igual ferocidad.

—Oh Dio...— jadea. Le aparto la mano del hombro y se la llevo al clítoris.

—Tócate el clítoris mientras estoy dentro de ti. Enséñame lo sucia que eres—. Mi cuerpo está al límite y noto que ella también se tensa. —Estás jodidamente empapada ahí abajo; mira lo que me estás haciendo—.

A Rosaria se le encienden las mejillas, pero no duda en obedecer. Sus dedos bailan sobre sus pliegues resbaladizos, frotando su clítoris hinchado mientras la azoto sin tregua. —Oh, joder... Salvatore —gime, la voz hecha un susurro quebrado—.

No puedo evitar sonreír, triunfante, recordándole de quién es la polla que lleva ahora dentro, quién la está haciendo sentir así. —Ese jadeíto de ahora mismo, ahí es donde quiero tenerte—.

Puedo sentir cómo sus paredes se me cierran, y sé que está cerca. Yo llego al borde con ella, nuestras respiraciones mezcladas en una sinfonía de gemidos y jadeos. —Córrete para mí, Rosaria —le jadeo al oído, acelerando aún más—. —Córrete conmigo—.

Su centro me aprieta con fuerza, casi me impide seguir, y se rompe. Dios mío, cómo se rompe.

El orgasmo de Rosaria es como una presa que revienta, y yo la sigo de inmediato, con la polla latiendo dentro de ella mientras exploto. El calor inmediato y la humedad añadida vuelven su entrada aún más resbaladiza, formando un charco entre nuestros cuerpos, pero no paro hasta que queda saciada, boqueando y jadeando. Empapada en sudor, se deja caer sobre mi pecho para recuperar el aliento, y yo la abrazo, sabiendo que el mero hecho de que esté en mis brazos en lugar de encerrada en su cuarto significa que la familia Costa me va a apretar las tuercas en mis rutas de envío.

Y merece cada jodido dolor de cabeza que sé que me espera mañana.

12

ROSARIA

El estudio de canto se encuentra en el ala olvidada de la finca de Emilio, donde motas de polvo bailan a través de cristales agrietados y las tablas del suelo crujen a cada paso. He hecho mío este espacio —la única habitación donde su vigilancia se siente lejana, donde sus expectativas no pueden atravesar los gruesos muros de piedra—. Las teclas del piano están amarilleadas por la edad, varias notas se quedan pegadas cuando las pulso, pero la acústica sigue siendo perfecta. El sonido rebota en estos muros con una nitidez cristalina; cada nota queda suspendida en el aire.

Llevo aquí horas. Me arde la garganta, me duelen los hombros por la tensión, pero sigo. El *O Mio Babbino Caro* de Puccini fluye de mis labios, cada frase cuidadosamente controlada, cada respiración medida. El aria exige vulnerabilidad —una hija suplicando a su padre amor, comprensión, permiso para elegir su propio camino—. No se me escapa la ironía.

Mi teléfono vibra contra la banqueta del piano. El nombre de Eva parpadea en la pantalla.

—Suenas cansada —dice sin preámbulos en cuanto contesto.

—Estoy bien. Me apoyo en el piano, agradecida por la interrupción aunque me resista a admitirlo.

—Rosaria, no puedes seguir escondiéndote en ese mausoleo. ¿Cuándo has dormido por última vez?

—Dormiré cuando gane la audición de la *Tosca* . Las palabras me salen más afiladas de lo que debería con mi única amiga, pero ni siquiera logro templar la frustración que siento—. Voy a conseguir ese papel, Eva. Y luego me iré de aquí.

Silencio al otro lado. Eva sabe bien que no debe preguntar adónde pienso ir, cómo pienso sobrevivir sin que el apellido Costa me proteja. Las dos entendemos que la libertad es un lujo que nunca me he podido permitir.

—Escucha —dice por fin, bajando la voz—. Luca ha estado haciendo preguntas. Sobre ti. Sobre tu situación.

Se me hiela la sangre. —¿Qué clase de preguntas?

—De las que sugieren que está bajo presión. Alguien ha estado hablando con el consejo, Rosaria. Están nerviosos.

Cierro los ojos, mientras las piezas encajan. —Emilio.

—Eso es lo que pienso. Está usando la ópera para mantenerte enjaulada. Si controla tu carrera…

—Te controla —termino el pensamiento, con la voz hueca—. No necesita barrotes cuando es dueño de cada puerta.

—Ten cuidado —susurra Eva—. Prométemelo.

Termino la llamada sin contestar, porque las dos sabemos que las promesas no valen nada cuando ya estás atrapada.

El estudio se siente más pequeño ahora, las sombras más densas. Vuelvo al piano, pero las notas que salen son disonantes, furiosas. Se me quiebra la voz en un do agudo y estrello el puño contra las teclas, frustrada. El choque áspero reverbera por toda la sala.

Necesito aire. Necesito espacio. Necesito recordar cómo se siente respirar sin permiso.

De vuelta en mi cuarto, el cansancio me tira de los huesos, pero el sueño se niega a venir. Me quedo mirando al techo, contando las grietas del yeso, cuando mis dedos rozan algo bajo la almohada. Es un teléfono. Pequeño, barato, desde luego no es mío, pero aquí está.

La pantalla se ilumina cuando pulso el botón de encendido. Hay un mensaje esperando en la bandeja de entrada; el remitente es desconocido.

Desconocido 4:18 p. m.: Ven a mí.

El corazón me golpea contra las costillas. El mensaje podría ser de cualquiera —Emilio poniendo a prueba mi lealtad, Alba tendiéndome otra trampa, alguna familia rival jugando—. Pero, en lo más hondo del pecho, sé exactamente quién lo ha enviado. La certeza se me echa encima con la misma inevitabilidad que el anochecer.

Debería borrar el mensaje. Debería apagar el teléfono y fingir que nunca ha existido. En cambio, me descubro poniéndome ropa oscura y metiendo los pies en unos zapatos de suela blanda que no resonarán sobre los suelos de mármol.

La finca duerme a mi alrededor mientras me muevo por los pasillos conocidos. Sé qué tablas crujen, qué puertas se atascan, qué ventanas ofrecen la vista más limpia de los guardias del perímetro. Emilio me ha entrenado bien, aunque no para esto. Cada lección de supervivencia, cada advertencia sobre los enemigos a las puertas —nunca consideró que la verdadera amenaza podía venir de dentro de sus propios muros—.

La puerta de la cocina se abre en silencio bajo mi mano. El aire fresco de la tarde me acaricia la cara cuando salgo a la terraza y luego me deslizo por los jardines hacia los muros exteriores de la finca. El corazón me martillea tan fuerte que estoy segura de que los guardias lo oirán, pero permanecen en sus puestos, con la mirada hacia fuera, no hacia dentro.

En la verja, saco el móvil desechable y redacto un único mensaje.

Rosaria 4:32 p. m.: Voy de camino.

La respuesta llega de inmediato.

Desconocido 4:33 p. m.: Esquina de la Via Appia. Cinco minutos.

Borro ambos mensajes y dejo caer el teléfono en un parterre.

La calle más allá de los muros de la finca me resulta ajena bajo los pies. Roma me rodea con su normalidad de siempre mientras me escurro entre los edificios antiguos que presumen de importancia histórica. He vivido en esta ciudad toda mi vida y, aun así, nunca he

recorrido estas calles sola, nunca he sentido el pavimento a través de los zapatos sin escoltas flanqueando mis pasos.

La berlina negra llega justo a la hora convenida. Dos hombres con trajes oscuros se apean; sus caras me son desconocidas, pero su porte es inconfundible. No se presentan, no hacen preguntas. Uno abre la puerta trasera con la misma eficacia que los hombres de Emilio.

—*Signorina* Costa —dice el conductor cuando nos apartamos del bordillo—, esta noche volaremos.

El helicóptero nos espera en una pista privada a las afueras; sus rotores ya giran cuando llegamos. He volado muchas veces —a funciones por toda Europa, a reuniones que Emilio consideraba necesarias—, pero nunca de noche, nunca sin un itinerario aprobado por su equipo de seguridad. El suelo se desploma bajo nosotros; las luces de Roma se encogen hasta volverse puntitos contra la oscuridad.

Nápoles se despliega ante nosotros al descender; la bahía centellea bajo una luna en cuarto creciente. La ciudad palpita con una energía distinta a la de Roma —más cruda, más viva—. Incluso desde esta altura, puedo sentir cómo me llama.

Aterrizamos en una azotea que no reconozco, aunque el edificio pertenece claramente a alguien con recursos considerables. Unos jardines rodean la plataforma de aterrizaje, sus bordes marcados por una iluminación sutil que no interfiere con la aproximación del helicóptero. Hombres con trajes caros esperan a una distancia respetuosa, con la atención puesta hacia fuera más que en mí.

El ascensor nos lleva hacia abajo a través de plantas de lo que parece un palacio reconvertido. A través de los paneles de cristal de las puertas, alcanzo a ver obras de arte, columnas de mármol, estancias diseñadas tanto para la belleza como para la intimidad. Esto no es una casa. Es un palacio.

El comedor ocupa toda la última planta, con las paredes sustituidas por ventanales de suelo a techo que ofrecen vistas panorámicas de la bahía. Decenas de mesas llenan el espacio, cada una ocupada por hombres con trajes a medida y mujeres cuajadas de joyas que atrapan la luz de las velas. El murmullo de las

conversaciones trae acentos de toda Europa y de más allá—alemán, francés, ruso, frases en árabe que se mezclan con un italiano vertiginoso.

La sala enmudece cuando entro.

Todos los rostros se vuelven hacia mí, las conversaciones mueren a mitad de frase. Ya he vivido esto antes—el instante en que una multitud reconoce a La Rosa de Roma—, pero esto se siente distinto. Más ávido. No son abonados de la ópera que aprecian el arte. Son depredadores que reconocen a su presa.

Salvatore está sentado en la mesa central, de espaldas a los ventanales, colocado donde puede ver cada entrada y salida. No se levanta cuando nuestras miradas se cruzan a través de la sala. No sonríe. Se limita a observarme mientras avanzo por el silencio súbito hacia su mesa, hasta que una sonrisa cálida le cruza los labios. Entonces señala la silla vacía a su lado.

Camino entre la multitud, sintiendo sus miradas seguir cada uno de mis pasos. La silla está cálida cuando me acomodo en ella, la tela suave contra mi piel. La conversación se reanuda poco a poco a nuestro alrededor, pero en un volumen más bajo, como si toda la sala hubiese cambiado a un registro más íntimo.

—Ha venido —dice Salvatore, con la voz modulada solo para mis oídos.

—Usted lo ha pedido. Estoy nerviosa, aunque no tanto como la última vez, cuando me escabullí para encontrarme con él en aquel club nocturno. El tío Emilio ni siquiera se enteró de que me había ido de su casa, y confío en que ocurra lo mismo esta noche.

Su mano encuentra mi muñeca bajo la mesa, los dedos ciñendo los huesos delicados. Su contacto es cálido, posesivo, pero no doloroso. —Puede irse cuando quiera —dice—. Nadie la detendrá.

Miro alrededor de la sala: los guardias apostados junto a cada salida, los hombres que llegaron con maletines y se marcharon con apretones de manos, las mujeres cuyas joyas probablemente cuestan más que la casa de la mayoría. —¿Y si no quiero irme?

—Entonces se queda —dice, y una sonrisa le curva las comisuras de la boca.

La conversación fluye a nuestro alrededor mientras los platos llegan y desaparecen. Salvatore habla con sus invitados en lenguas que reconozco pero que no entiendo del todo, con la atención dividida entre los negocios y la mujer a su lado. Su pulgar dibuja círculos sobre mi punto de pulso, un ritmo que acompasa mis latidos hasta que ya no sé cuál dirige a cuál.

Como poco, bebo menos, pero escucho. Estas no son las conversaciones que oigo en la mesa de Emilio. Estos hombres hablan de territorios y envíos, porcentajes y alianzas. Hablan de Roma como de un trofeo que hay que conquistar, no como de una ciudad que haya que proteger.

Cuando la velada decae y los invitados empiezan a marcharse, Salvatore me suelta la muñeca. —¿El balcón? —propone.

Asiento y me levanto, avanzando hacia las puertas de cristal que dan al exterior. El aire nocturno me golpea la cara al salir a la terraza, fresco y con un matiz salino venido de la bahía cercana. Nápoles se despliega a nuestros pies, una alfombra de luces que se extiende hasta el horizonte.

Apoyo las manos en la balaustrada de piedra y respiro hondo. A mi espalda, las voces se apagan a medida que se van los últimos invitados, y solo queda el rumor lejano del tráfico y de las olas contra la orilla.

He venido esta noche porque un mensaje de texto me lo ha ordenado. Me he quedado porque un hombre me ha tocado la muñeca y me lo ha pedido. Pero aquí, de pie, mirando una ciudad que no le pertenece a Emilio, respirando un aire que no arrastra sus expectativas, me doy cuenta de que ya no tengo claro para quién estoy actuando. ¿Los invitados que aplauden? ¿Salvatore, que me mira con hambre en los ojos? ¿O a mí misma—la mujer que se escabulló de una fortaleza para responder a la llamada de un desconocido?

La distinción ya no parece importar. Lo que sí importa es la sensación que se extiende por mi pecho mientras contemplo las luces centelleantes de Nápoles—el primer atisbo de posibilidad que he experimentado en años.

13

SALVATORE

Se queda en la terraza, contemplando Nápoles como si la ciudad ofreciera respuestas que yo aún no he dado. Su figura permanece inmóvil, las palmas apoyadas planas en la barandilla de piedra fría. El contorno esbelto de sus hombros se recorta contra las luces de la ciudad, haciéndola parecer frágil pese a la fuerza que sé que alberga bajo su silencio. Esta noche ha venido por su propio pie, ni obligada ni mandada. Y, sin embargo, al observarla desde las sombras junto a las puertas abiertas, reconozco la tensión tejida a lo largo de su columna, una silenciosa rebeldía que lleva con dignidad.

Me acerco hasta que toma conciencia de mi presencia, pero no se gira de inmediato. Su pelo oscuro cae en ondas cuidadas por su espalda, rozando los bordes de sus omóplatos con cada respiración. Cuando por fin me mira por encima del hombro, no hay desafío en su expresión, solo una clara aceptación de dónde estamos ahora.

—Te has escapado otra vez de la finca de tu tío —digo con calma, colocándome a su lado—. Mantengo la mirada fija en las luces esparcidas bajo nosotros, como si nuestra conversación importara tan poco como el tráfico que fluye allá abajo. No estaba seguro de que viniera a mi llamada, pero aquí está.

—La última vez que estuvimos juntos, te dije lo que quiero —responde. Su voz es serena, ya no a la defensiva, aunque bajo esa

firmeza late una incertidumbre que no oculta del todo—. —No estoy aquí simplemente porque me hayas llamado, Salvatore. ¿No crees que es posible que tenga mis propios motivos egoístas para estar aquí?

La honradez tranquila de su pregunta satisface algo más profundo que mi orgullo. Extiendo la mano, la palma hacia arriba, ofreciéndole otra elección que deberá aceptar de buen grado. Su mirada desciende un instante a mi mano abierta y luego asciende lentamente para encontrarse de nuevo con la mía. El espacio entre nosotros se llena de una tensión que no me apresuro a aliviar. Permanezco quieto, paciente, dejándole a ella salvar por sí misma esta pequeña distancia.

—¿Cuál es tu motivo, entonces? Levanto la mano despacio, admirando cómo las luces del interior bailan en sus ojos. He aquí este tesoro, a quien toda Roma admira por las melodías que emite, pero hay mucho más en ella de lo que ven.

Pero yo la veo.

—Eres un necio... Don de tu propia familia y, ¿no sabes leer a una mujer? Rosaria empieza a pasar a mi lado hacia mi gran salón, y la cojo del brazo y la detengo. Sus ojos se alzan de golpe para encontrarse con los míos, y veo cómo están entornados por la lujuria. Es adicta a mí, a mi tacto, a cómo la hago sentirse poderosa. Ha venido por su dosis, y eso me acaricia el ego.

—Si has venido por mí, entonces ¿por qué te vas cuando estoy aquí mismo? Mi agarre no se afloja, pero ella se relaja.

—Dame lo que he venido a buscar y no tendré que irme decepcionada. Su brazo se desliza de mi sujeción y continúa, de vuelta al salón, que ahora está vacío salvo por mi personal afanado limpiando mesas y raspando los restos de la cena en cubos de basura.

Con una media sonrisa, la sigo, preguntándome adónde se dirige, y la acompaño de vuelta hacia la puerta principal, donde vuelvo a cogerla del brazo y, esta vez, gira en redondo y choca contra mí. —Quédate —digo de nuevo—. Olvidada ya la primera invitación durante la cena, me mira pensativa mientras prosigo—. —Y te daré todo lo que quieras.

Un amago de sonrisa baila sobre sus labios. —Entonces llévame a tu habitación y te enseñaré a qué he venido —concluye, su voz un susurro cargado de deseo que no deja lugar a dudas sobre sus intenciones. Me intriga su audacia, su disposición a jugar a este juego con sus propias reglas, aunque solo sea por esta noche. Con una sonrisa ladeada en mis labios, la conduzco escaleras arriba hasta mi santuario privado, adonde mi personal ni siquiera se aventura salvo cuando se le llama o cuando está previsto.

En cuanto la puerta queda cerrada con llave a nuestra espalda, con una tensión entre nosotros lo bastante densa como para atragantarse, Rosaria se vuelve hacia mí con los ojos ardiendo de deseo. Alarga la mano y empieza a desabrocharme la camisa con la delicadeza de sus yemas, de un modo que desmiente la urgencia que me recorre las venas. Sus manos están frías contra mi piel encendida mientras me desnuda el pecho, sin apartar los suyos de los míos.

La mayoría de las mujeres con las que me acuesto son dóciles y amedrentadas, ansiosas por complacer pero sin atreverse nunca a tomar la iniciativa. Rosaria es distinta. Es una incendiaria, y me resulta irresistible. Me tiemblan las manos de anticipación cuando busco su vestido, deseando librarla de la barrera que aún hay entre los dos.

Mis dedos trabajan deprisa, desabrochando los delicados botones de su espalda, cada uno revelando más de su piel tersa. Rosaria se estremece cuando la tela cae en un charco a sus pies, dejándola vestida únicamente con lencería negra translúcida que insinúa más de lo que oculta. Sus pezones se endurecen contra el sujetador de encaje, pidiendo atención, y estoy más que dispuesto a dársela.

Mis manos encuentran su camino bajo su cintura, deslizando sus braguitas de encaje por los muslos con un toque cuidadoso. Mi mirada no se aparta de la suya, bebiendo el deseo que refleja el mío. A Rosaria se le corta la respiración cuando me arrodillo ante ella, con mis labios rozando sus muslos. Lentamente, recorro besos por su cara interna, mi lengua jugueteando sobre su piel ardiente. Su aroma es embriagador y me vuelve loco de necesidad.

—Salvatore —jadea—. Sus dedos se enredan en mi pelo mientras la torturo sin piedad. Me encanta cómo gime mi nombre, cómo suena a adoración en sus labios. Mi lengua se hunde entre sus pliegues y a ella se le doblan las piernas ante el embate de la sensación. Rosaria arquea la espalda, moviendo las caderas hacia mi boca ansiosa.

Gimo contra su humedad, sintiendo su calor envolver mi lengua, y sé que esta noche nunca será suficiente. No hay horas suficientes en el día para explorar todas las maneras en que quiero hacer mía a esta mujer.

Mis manos ascienden por su cuerpo, acariciando sus curvas flexibles mientras gime. Sus uñas se me clavan en los hombros, instándome a seguir, y yo obedezco encantado. Provoco su clítoris hinchado con la punta de la lengua, lo rodeo antes de hundirla en su calor. Los gemidos de Rosaria llenan la habitación, rebotan en las paredes, y me recreo en cada uno de ellos.

Sus caderas se mecen contra mi cara, su cuerpo moviéndose al ritmo de mi lengua. Mis dedos se unen al juego sensual, deslizándose dentro y fuera de su humedad mientras continúo torturándola con la boca. Los nudillos de Rosaria están blancos de tanto aferrarse al escritorio; su cuerpo se arquea sobre la superficie mientras sigo devorándola. Está tan cerca que puedo saborearlo en su piel, y sé que, con unas cuantas lamidas más, se deshará. Sus gemidos crecen, más altos, más desesperados, y me deleito con el poder que tengo sobre ella.

—Sal —gime, la voz en un susurro sin aliento mientras suplica el alivio—. No la hago esperar más. Mi lengua azota su clítoris hinchado una vez más y ella se convulsiona alrededor de mis dedos, con todo el cuerpo estremeciéndose de placer orgásmico. Sus jugos me cubren los dedos y la barbilla mientras jadea sobre mí, con los ojos apretados de éxtasis.

Se retuerce y convulsiona, da sacudidas y espasmos mientras sus muslos me aprietan la cabeza con fuerza, y mi nombre se le cae de los labios en un gemido sin aliento mientras su cuerpo tiembla con los últimos coletazos del orgasmo. No puedo evitar sentir una oleada

de satisfacción por haber sido yo quien ha provocado una respuesta tan poderosa en ella.

Poco a poco me incorporo, sin apartar la mirada de la suya. El pecho de Rosaria sube y baja con cada respiración entrecortada; sus ojos siguen nublados de placer. La cojo de la mano y la guío hasta mi cama, donde se desploma mientras me quito los pantalones de vestir y me saco los zapatos de una patada antes de unirme a ella.

Se abre para mí con ansia, pero le doy la vuelta y le suelto un azote con fuerza en la curva del culo, dejándola boqueando y aferrándose a las sábanas. —Di que eres una buena chica, Rosa —ronroneo contra la nuca, mientras la barba incipiente de mi mandíbula le raspa el omóplato—.

El cuerpo de Rosaria se tensa con el azote súbito, una mezcla de sorpresa y excitación recorriéndole las venas. Este lado mío, el que ansía el control, forma parte del atractivo. Mi dominio sobre ella es adictivo, tan embriagador como la forma en que enciendo su cuerpo con mi toque.

—S-sí, soy una buena chica —jadea, con la voz temblorosa de deseo—.

Suelto una risa oscura en respuesta, una sonrisa satisfecha jugueteando en mis labios mientras deposito besos en su columna. Mis manos recorren sus curvas, apretando y amasando su carne tersa mientras se retuerce bajo mí. Mis dedos bajan más, juguetean con su centro y se retiran de nuevo, dejándola dolorida de ganas.

—Buena chica —la alabo—. —Pídeme más —le gruño suavemente al oído, con mi polla presionando contra su humedad—. Sé que puede sentir cuánto la deseo, cuánto ansío estar dentro de ella. Rosaria aprieta las sábanas con ambas manos, el cuerpo temblándole de necesidad. Su respiración es áspera, y sé que está a punto de suplicarme más.

—Dame lo que quiero —gime, con la voz baja y ronca de lujuria —. —O quítate de encima y déjame ir a casa.

Con un gruñido de aprobación, me coloco en su entrada; la punta de mi polla juguetea con su humedad antes de hundirse dentro. Arquea la espalda con un gemido cuando la lleno por

completo; nuestros cuerpos se funden como si hubiesen sido hechos el uno para el otro.

La fricción deliciosa de nuestros cuerpos trabajando juntos basta para dejarme tambaleando. Le sujeto las caderas, la mantengo en su sitio mientras la embisto una y otra vez, y nuestros gemidos se mezclan. Cuando le bajo la mano de nuevo sobre el culo, dejando la marca roja de mi mano, vuelve a jadear y se me empuja hacia arriba. Me mete la polla tan hondo que golpeo el cuello del útero y le arranco un gruñido de placer.

Sus gemidos me espolean, y aumento el ritmo, entrando en ella con una ferocidad que nos deja a ambos sin aliento. Puedo sentir cómo se acumula dentro de ella, cómo sus paredes aprietan mi polla, exprimiéndome de un modo que amenaza con hacer que me corra demasiado pronto.

—Rosa —gruño, con la voz cargada de necesidad—. —Córrete para mí, *Cara mia*. Es todo el estímulo que necesita. Su cuerpo se tensa bajo el mío cuando la sacude su segundo orgasmo de la noche, y sus gritos de placer son música para mis oídos. El estrechamiento de sus músculos alrededor de mi polla me empuja también al borde y, con una última embestida, me derramo dentro de ella.

A medida que la respiración nos va volviendo a la normalidad, me aparto de ella y me desplomo a su lado en la cama. El cuerpo de Rosaria tiembla mientras recupera el aliento, con el pecho agitado. El sudor nos brilla en la piel a ambos, prueba del encuentro apasionado que acabamos de compartir. Busco su mano, entrelazo nuestros dedos y la atraigo de nuevo contra mi pecho.

Después, no se mueve durante mucho rato; se queda de lado con mi mano en torno a su cintura. El silencio entre nosotros se llena de verdades no dichas y del peso de lo que acabamos de compartir. Siento el ritmo de su respiración contra mi pecho, como si estuviera calculando su próximo movimiento incluso en este instante de quietud.

—Podrías quedarte —le digo, con la voz apenas por encima de un susurro—. Las palabras se me escapan antes de poder frenarlas, revelando más vulnerabilidad de la que suelo permitirme.

Se mueve un poco, y siento cómo niega con la cabeza contra la almohada. —No puedo.

—¿Por qué no? —insisto, aunque ya conozco la respuesta. Emilio es un enemigo declarado por ahora, y si ella eligiera mi bando en esta disputa, escalaría a una guerra abierta.

—Roma es una prisión —dice; en su voz hay un cansancio que delata años de navegar con cuidado por aguas peligrosas. —Pero sigue siendo mi escenario.

Aprieto el brazo alrededor de su cintura, no con posesión, sino con protección. —No les debes nada, Rosaria.

Esta vez se gira en mis brazos para mirarme y, en la luz tenue que se filtra por las cortinas, puedo ver el conflicto dibujado en sus rasgos. —No entiendes lo que significa pertenecer a la gente que te ha criado —dice, y hay en su tono una firmeza que me dice que esta es una discusión que no puedo ganar ni con la lógica ni con la pasión.

El silencio regresa, más denso ahora. Quiero discutir, decirle que pertenecer nunca debería costar la libertad, pero reconozco la inutilidad. Ambos conocemos las reglas del mundo que habitamos, las cadenas invisibles que nos atan a lealtades que no elegimos pero a las que no es fácil renunciar.

Cuando por fin se incorpora y empieza a vestirse, la observo todo el tiempo. Cada movimiento es de una elegancia serena, como si estuviera actuando incluso ahora. Se mete en el vestido con el mismo aplomo que lleva al escenario, y sus dedos van abrochando los botones hasta que su piel cremosa queda cubierta. Hay algo casi ritual en la forma en que vuelve a transformarse en la mujer que el mundo espera que sea, ocultando la vulnerabilidad que acaba de compartir conmigo bajo capas de seda y compostura.

Permanezco inmóvil, apoyado sobre un codo, estudiando su perfil en la penumbra. Sabe que la estoy mirando —siempre es consciente de su público—, pero no lo reconoce hasta que se ha vestido por completo y está lista para marcharse.

En la puerta, se detiene y se vuelve para mirarme, con la mano apoyada en el pomo. —No me hagas perderme esto— dice, y las

palabras encierran varios significados que no dejo pasar por alto, sobre todo cuando esboza una sonrisita.

Sostengo su mirada, comprendiendo exactamente lo que me pide. —No lo haré.

Después de que se ha ido, me tumbo en la oscuridad durante varios minutos, mirando al techo y respirando el rastro de su perfume, que todavía flota. La habitación se siente más vacía ahora, como si su presencia hubiera llenado huecos que ni siquiera sabía que estaban vacíos.

Por fin, cojo el móvil y marco el número de Bruno. Contesta al segundo tono, alerta a pesar de la hora.

—No la pierda de vista— le digo. —Cada segundo hasta que vuelva a esta cama.

—Entendido, jefe.

Cuelgo y me acomodo de nuevo contra las almohadas, pero me cuesta conciliar el sueño. En lugar de eso, me sorprendo pensando en prisiones y escenarios, en la diferencia entre protección y posesión, y en una mujer que se mueve por ambos con la misma gracia y resignación.

14

ROSARIA

Tras mis pasos, los pasillos del teatro de la ópera resuenan mientras camino hacia el despacho de Luca, con el estómago ya revuelto antes siquiera de haber oído la noticia. El tablón de horarios cerca de las salas de ensayo me ha llamado la atención hace veinte minutos: mi nombre no figura en el cartel de la gala, donde debería aparecer en un lugar bien visible.

Llamo a la puerta del despacho de Luca, aunque no espero permiso para entrar. Alza la vista del escritorio con una expresión cuidadosamente neutra, esa que me dice que espera mi explosión. Debería; este lugar era mi castillo y últimamente siento que me han relegado a la mazmorra.

—Rosaria —dice, dejando el bolígrafo—. —Por favor, siéntese—.

—Me quedaré de pie—. Cruzo los brazos sobre el pecho—. ¿Por qué no estoy en el cartel de la gala?

Luca se recuesta en la silla y le veo elegir las palabras con cautela. Más que nadie en este mísero organismo regido por la política, Luca sabe jugar. El dinero cambia de manos y los artistas suben o caen al albur de quien más paga. Mi tío está jugando una partida letal con mi futuro y lo detesto.

—La junta ha expresado ciertas inquietudes —empieza—.

—¿Qué clase de inquietudes? —espetó, sabiendo que al decir «junta» se refiere a Emilio.

—Sobre su imagen pública. Sus... relaciones.

La palabra me atraviesa, aunque me niego a que se me note en la cara. —¿Mis relaciones?

—Su vínculo con Salvatore DeSantis está convirtiéndose en un lastre, Rosaria. La junta considera que deja en mal lugar la reputación de la ópera.

Le sostengo la mirada, procesando la información mientras la furia me crece en el pecho. —¿La junta o mi tío? —Mi gesto se endurece como piedra y él aparta la vista—. ¿Así que me castigan por a quién conozco?

—Están protegiendo la institución —dice Luca, y hay un pesar genuino en su voz—. Es usted una de nuestras intérpretes más talentosas, pero el talento por sí solo ya no basta. No en estos tiempos.

Me vuelvo hacia la puerta con un bufido. No hay nada más que decir. Los dos entendemos la política en juego, los hilos invisibles que controlan cada aspecto de mi vida.

El pasillo fuera de su despacho se me hace interminable mientras camino hacia la zona de bastidores, con la mente girando en torno a las implicaciones de lo que acabo de saber. Unos gritos interrumpen mis pensamientos antes de llegar al corredor principal. Las voces elevadas resuenan desde la zona de carga tras el escenario, acompañadas de lo que suena claramente a cuerpos golpeando contra las paredes. Acelero el paso, los tacones repicando contra el suelo mientras me apresuro hacia el alboroto.

La escena que me encuentro al doblar la esquina me deja helada. Bruno y Rocco están en lo que solo puede describirse como una pelea en toda regla; no la violencia contenida y controlada que he presenciado antes, sino un combate auténtico y brutal. La camisa de Bruno está rasgada, y la sangre le chorrea de un corte sobre la ceja. Los nudillos de Rocco ya se están hinchando; respira con dificultad cuando lanza otro puñetazo que impacta de lleno en las costillas de Bruno.

—¡Basta! —La voz de Donata corta el caos, pero ninguno de los dos le hace caso. Su rifirrafe, a pequeña escala, representa el conflicto mayor entre mi tío y el hombre del que me estoy encariñando a un ritmo y de maneras que jamás soñé.

Los tramoyistas se apelotonan en los márgenes de la refriega, dudando entre intervenir o ponerse a salvo. Las paredes de hormigón del muelle de carga hacen que cada impacto retumbe, amplificando la violencia que se desarrolla ante mis ojos.

—Está bajo la protección de Salvatore —gruñe Bruno entre puñetazos, con la voz tensa pero decidida—. —Son mis órdenes—.

—Emilio no lo va a permitir —responde Rocco, asestando un golpe en el hombro de Bruno que lo hace tambalearse hacia atrás—. —Ella pertenece a *esta* familia, no a la suya—.

Sus palabras me hielan más que la violencia. Están peleando por mí como si fuera una propiedad que reclamar, resolviendo a puñetazos una disputa de propiedad en la que, por lo visto, no tengo voz. Estoy furiosa al empezar a comprender que Salvatore está marcando territorio, como si yo no fuera más que un juguete que se compra o se vende.

Dos tramoyistas por fin reúnen el valor para sujetar a Bruno por los brazos, mientras Donata y otro miembro del equipo reducen a Rocco. Ambos forcejean contra quienes los agarran, intentando alcanzarse todavía, aunque la sangre ya gotea sobre el hormigón.

Permanezco clavada en el sitio, contemplando esta exhibición de bravuconería masculina que va a decidir mi futuro inmediato. Ninguno de los dos me mira: soy el premio por el que pelean, pero mi opinión al respecto les resulta irrelevante.

La pugna continúa unos segundos más, hasta que el agotamiento termina imponiéndose a la rabia. Bruno deja de tirar contra las manos que lo sujetan, aunque mantiene los ojos fijos en Rocco con un odio sin disimulo. Rocco se arregla la chaqueta hecha jirones y, con el dorso de la mano, se limpia la sangre del labio partido.

—Esto no ha terminado —dice Bruno, con voz baja y amenazante—.

—Sí, sí ha terminado —replica Rocco. Se vuelve hacia mí por primera vez desde que he llegado, con una expresión que no admite réplica—. Nos vamos.

Antes de que pueda protestar o siquiera asimilar lo que está pasando, la mano de Rocco se cierra alrededor de mi brazo. Su agarre no es suave; es la sujeción firme de quien espera obediencia, no conversación. Me arrastra hacia la salida, y acabo caminando a su lado, sencillamente porque resistirme montaría un espectáculo aún mayor, aunque miro por encima del hombro, decepcionada en silencio de que Bruno no haya podido con él. Después de lo que he sabido por Luca, preferiría ir a la mansión de los DeSantis.

El trayecto en coche hasta la finca de los Costa transcurre en un silencio tenso. Rocco conduce con una agresividad contenida, los nudillos magullados aferrando el volante mientras sortea el tráfico vespertino de Roma. Miro por la ventanilla del acompañante, viendo la ciudad desdibujarse mientras mi mente va a mil con las implicaciones de lo que he presenciado.

Las verjas de la finca aparecen demasiado pronto, y se me encoge el estómago cuando entramos en el camino de entrada circular. La casa está exactamente como siempre: imponente, elegante, envuelta en ese lujo de otra época que disimula la oscuridad que acecha bajo la superficie.

Emilio nos espera en su despacho, sentado tras su escritorio enorme como si llevara esperando nuestra llegada. Levanta la vista de sus papeles cuando Rocco me acompaña al despacho; su expresión no revela nada sobre su conocimiento de los acontecimientos recientes.

—Rosaria —dice, con esa calidez calculada que reserva para reuniones familiares y de negocios—, ¿cómo ha sido su día en la ópera?

—No finja que no lo sabe —le digo, negándome a seguirle el juego de la ignorancia fingida.

Emilio deja la pluma y se recuesta en la silla, estudiándome el rostro con esos ojos pálidos que parecen verlo todo. —Me temo que no entiendo qué quiere decir.

—Hoy Bruno y Rocco casi se matan peleándose por quién se queda a vigilarme. ¿Va a decirme que eso ha pasado sin que usted lo supiera?

Una leve sonrisa asoma a las comisuras de la boca de Emilio. —Los hombres pueden ser criaturas territoriales, sobre todo cuando sienten que se cuestiona su autoridad.

—¿Su autoridad sobre qué? ¿Sobre mí?

—Sobre sus responsabilidades —corrige, aunque ambos sabemos que la distinción no significa nada—. Se ha puesto en una situación en la que la protección es necesaria, y distintas partes tienen ideas diferentes sobre cómo debe prestarse esa protección.

Me acerco a su escritorio, la rabia por fin imponiéndose a la cautela que suele gobernar mis tratos con él. —Yo no he pedido protección a nadie.

—No —conviene—. Pero ha tomado decisiones que, aun así, la hacen necesaria.

El despacho queda en silencio salvo por el tictac del reloj antiguo de la repisa. Emilio me observa con la paciencia del depredador que sabe que su presa no tiene adónde huir.

—¿Qué quiere de mí? —pregunto al fin.

—Quiero que se mantenga en su sitio —dice, y toda apariencia de calidez desaparece de su voz—. Quiero que recuerde quién la crió, quién le dio oportunidades, quién hizo posible su carrera. Quiero que deje de tomar decisiones que ponen a esta familia en riesgo.

—¿Y si no lo hago?

—Entonces lo perderá todo —pronuncia sin emoción, como si hablara del tiempo en vez de amenazar con destruir mi vida—. Su carrera, su reputación, su seguridad—todo depende de mantener las relaciones que la han llevado adonde está hoy.

Quiero discutir, decirle que mi talento me ganó mi lugar en la ópera, pero ambos sabemos que la verdad es más profunda. En Roma, el talento sin contactos no significa nada, y todos mis contactos conducen a esta casa, a este hombre, a esta telaraña de obligaciones que ha definido toda mi vida adulta.

—Lo entiendo —digo, aunque las palabras me saben amargas.

—Bien —Emilio vuelve a coger la pluma, desentendiéndose ya de mí—. Rocco la acompañará a la salida.

Mi habitación se siente distinta cuando entro sola, como si las paredes se hubieran acercado mientras yo no estaba. Rocco me gruñe al cerrar la puerta y echar el cerrojo, y yo me sirvo una copa de vino y me dejo caer en la cama, intentando asimilar los acontecimientos del día, cuando mi móvil vibra con un mensaje.

El número me resulta desconocido, pero el mensaje me hiela la sangre.

Desconocido 15:28: Revisa tu correo.

Abro el portátil con los dedos temblorosos, temiendo lo que me voy a encontrar esperándome. El mensaje de Alba aparece en lo alto de mi bandeja de entrada; la línea de asunto dice, sencillamente, *Última advertencia*.

El correo no contiene texto, solo un vídeo adjunto que sé que no debería abrir pero al que no puedo resistirme. La grabación es granulosa, claramente hecha desde lejos, pero la imagen es inconfundible: yo cruzando las verjas de la finca de Salvatore hace una semana, mi rostro claramente visible mientras me acerco a la puerta principal.

Mi teléfono suena antes de que pueda asimilar del todo las implicaciones de lo que acabo de ver. La voz de Alba suena nítida y profesional cuando descuelgo.

—Supongo que ya ha visto el vídeo —dice sin rodeos—. No es un intento de chantaje secreto. Es una amenaza abierta. Es ella quien ha mandado que me sigan para proporcionar información a la junta y a mi tío.

—¿Qué quiere?

—Quiero que renuncie a todos los papeles futuros en la ópera. En público. Alegue motivos personales, obligaciones familiares, la excusa que prefiera. Pero deje claro que se aparta de su carrera por tiempo indefinido.

—¿Y si me niego?

—Entonces, cada miembro de la junta de la ópera recibirá una copia de este vídeo, junto con otros varios que he reunido en las

últimas semanas. Su relación con Salvatore DeSantis se hará pública, y creo que ambas sabemos cómo afectará eso a su reputación.

La línea queda en silencio mientras valoro mis opciones, aunque ambas entendemos que, en realidad, no tengo ninguna. Alba tiene todas las cartas en esta partida, y por fin ha decidido jugarlas.

—Tiene veinticuatro horas —continúa—. Después de eso, el vídeo saldrá a la luz decida lo que decida.

La llamada termina, y me quedo sola con la devastadora certeza de que todo por lo que he trabajado está a punto de desvanecerse. El teatro de la ópera, mi carrera, mi independencia—todo habrá desaparecido para mañana por la noche, sacrificado para proteger una relación que ni siquiera puedo reconocer en público.

Cierro el portátil y apuro el vino, contemplando el perfil de Roma mientras la oscuridad se cierne sobre la ciudad. También se me revuelve el estómago, con náuseas ante el hecho de que me están acorralando contra mi voluntad.

No se me escapa la ironía—estoy a punto de perderlo todo por un vínculo que nunca pretendí forjar con un hombre que me prometió poder y solo me trajo complicaciones. El escenario que ha sido mi santuario durante años pronto será territorio prohibido, y el público que antaño aplaudía mis funciones me conocerá solo como un escándalo.

Al otro lado de mi ventana, Roma continúa su danza ancestral de poder y política, de secretos y supervivencia. Mañana me convertiré en otra víctima de ese juego interminable, otra voz silenciada por fuerzas que escapan a mi control.

15

SALVATORE

Las imágenes del ensayo de hoy se reproducen por tercera vez en la pantalla de mi portátil, y lo pauso en el momento en que Rosaria pisa el centro del escenario. Incluso en la toma granulada de la cámara de seguridad, puedo ver la tensión cincelada en sus hombros, la forma en que mantiene la columna demasiado rígida, como si la presión interna hubiese convertido sus huesos en acero. Su voz sigue impecable —siempre lo está—, pero su cuerpo cuenta otra historia.

Cierro el portátil y me recuesto en la silla, frotándome los ojos. Esta noche la oficina se me queda pequeña mientras mi mente da vueltas a posibilidades y consecuencias.

—¿Jefe? —La voz de Tano corta en seco mis pensamientos. Está en el umbral, con la tableta en la mano, esperando permiso para entrar.

—Entra. ¿Qué tienes?

Cruza la estancia y deja la tableta sobre mi escritorio. La pantalla muestra una serie de transacciones financieras. —La reunión del consejo del teatro de la ópera de ayer. Tres miembros recibieron ingresos significativos a las pocas horas de la votación para retirarla del cartel.

Desplazo los números, reconociendo de inmediato el trazado de las transferencias. —Dinero de Emilio.

—Tiene que serlo. Las cantidades son demasiado precisas, demasiado coordinadas para que sea casualidad.

Aparto la tableta y camino hacia la ventana con vistas a Nápoles. La ciudad se extiende bajo mí, las luces parpadeando en la oscuridad, pero mis pensamientos siguen clavados en Roma. En ella.

—¿Alguna novedad de nuestro contacto en el teatro de la ópera?

—Luca ha estado esquivando llamadas desde la reunión del consejo. Dicen que está nervioso por la presión de ambos lados.

Me aparto de la ventana, la decisión cristalizándose en mi mente. —Pónmelo al teléfono. Ahora.

Tano marca mientras me sirvo un vaso de whisky, el líquido ámbar atrapando las luces de la oficina. La llamada conecta al cuarto tono, y puedo oír la desgana en la voz de Luca antes incluso de que hable.

—*Signor* DeSantis —dice, y casi puedo sentir cómo suda al otro lado del teléfono—. No me esperaba...

—El cartel —lo interrumpo—. Vuelve al cartel.

Un silencio denso crepita en la línea, roto solo por el sonido del tráfico de fondo. Luca carraspea, nervioso. —Me temo que no es posible. El consejo ha tomado su decisión y...

—El consejo tomó su decisión basándose en dinero de los Costa. Los dos lo sabemos.

—Aunque eso fuera cierto, que no digo que lo sea, tengo las manos atadas. No puedo revocar una decisión del consejo sin causa.

Tomo un sorbo de whisky, dejando que el ardor se asiente en la garganta antes de responder. —Entonces, encuéntrela. O, mejor aún, créela.

—No entiendo qué quiere que haga.

—Alba Sorrenti. Lleva armando ruido con que quiere los papeles de Rosaria. Córtele las oportunidades. Todas.

Pausa de nuevo, más larga esta vez. —Salvatore, no puedo...

—Sí puede, y lo hará. Porque si no, encontraré a alguien que pueda ocupar su puesto. Alguien más flexible con las decisiones del consejo y la influencia de los Costa.

Mi amenaza capta toda su atención. Luca sabe que tengo recursos para cumplirla, sabe que su cómodo puesto en el teatro de la ópera depende de mantener el delicado equilibrio entre intereses enfrentados.

—Veré qué puedo hacer —dice por fin.

—Bien. ¿Y, Luca? La próxima vez que llame, conteste al primer tono.

Cuelgo y le devuelvo el teléfono a Tano, que ha estado observando todo el intercambio con curiosidad atenta. El chico absorbe las interacciones como una esponja, empapando conocimiento de cada gesto. Algún día será un buen consigliere para mi hermano.

—¿Crees que cumplirá? —pregunta.

—Cumplirá. Los hombres que valoran su comodidad por encima de sus principios siempre lo hacen.

Después de que Tano se marche, me descubro abriendo de nuevo el expediente de Rosaria. Las fotografías, la información de fondo, las críticas de sus actuaciones —todo ello desperdigado por mi mesa en un caos organizado. Me doy cuenta de que he estado revisando este expediente a diario desde hace semanas, memorizando detalles que deberían ser irrelevantes para el negocio pero que se han vuelto esenciales para entenderla.

El certificado de defunción de su padre. Sus primeros expedientes del conservatorio. Reseñas de actuaciones en las que los críticos elogiaron su precisión técnica, pero señalaron una distancia emocional en sus interpretaciones. Todas las piezas de una vida moldeada por la obligación y la expectativa, por la necesidad de ser perfecta en lugar de auténtica.

Cierro el expediente y miro el reloj. Rocco debería recogerla del teatro de la ópera en una hora, siguiendo la misma rutina establecida desde la pelea con Bruno. Pero esta noche tengo otros planes.

Las calles alrededor del teatro de la ópera están más tranquilas a esta hora; la mayor parte del público de la tarde ya se ha dispersado hacia restaurantes y cafés. Me sitúo cerca de la entrada del personal, donde la iluminación es tenue y el tránsito de personas,

mínimo. El coche de Rocco aparece según lo previsto, los faros cortando la oscuridad creciente mientras se abre paso por la calle estrecha.

Me planto directamente en su trayectoria, obligándolo a frenar en seco. El coche se detiene a pocos centímetros de donde estoy, y veo la cara de Rocco a través del parabrisas: la sorpresa da paso a la rabia cuando me reconoce.

Camino hasta el lado del conductor y me agacho a la altura de la ventanilla. Rocco no la baja, pero lo veo con claridad a través del cristal, la mandíbula apretada por el esfuerzo de dominar su temperamento.

Por fin baja la ventanilla; la voz le sale tensa, con una agresividad apenas contenida. —¿Qué quiere?

—Esta noche la acompañaré a casa —digo, con un tono conversacional a pesar de la tensión que irradia de los dos.

—Ni de coña. Tengo órdenes de Emilio.

—Y yo le doy otras.

La mano de Rocco se mueve hacia su chaqueta, y sé que va a por un arma. Pero no me inmuto, no doy un paso atrás ni muestro la menor preocupación. En lugar de eso, me inclino más hacia la ventanilla.

—Si Emilio sigue usándola como moneda de cambio, el tiro le va a salir por la culata y se volverá personal —le digo, sin andarme con rodeos—. Puede hacerle llegar ese mensaje.

Antes de que pueda responder, saco mi navaja y rajo el neumático delantero de un tajo. El aire silba en un chorro constante, y los ojos de Rocco se abren de par en par, una mezcla de sorpresa y furia.

—Hijo de—

Pero yo ya me estoy alejando, desapareciendo en las sombras entre los edificios antes de que pueda terminar la maldición. Que le explique a Emilio por qué no ha podido completar su encargo. Que lidie con las consecuencias de mi mensaje.

Espero en el callejón frente a la entrada del personal, atento a que Rosaria salga. El teatro de la ópera se vacía despacio; intérpretes y técnicos van saliendo en pequeños grupos, sus

conversaciones rebotando en las paredes de piedra de los edificios cercanos.

Cuando por fin aparece, se detiene en la entrada, claramente esperando ver el coche de Rocco. Sus ojos recorren la calle, la confusión evidente en su postura, hasta que me ve salir de entre las sombras.

—¿Dónde está Rocco? —pregunta, aunque no suena decepcionada por su ausencia.

—Tiene problemas con el coche —le digo—. Te acompañaré a casa.

Se lo piensa un instante y luego asiente. Empezamos a caminar por las calles estrechas de Roma mientras el sonido del tráfico que pasa resuena en las piedras antiguas y la ciudad entra en su ritmo vespertino a nuestro alrededor.

—¿Qué tal el ensayo? —pregunto.

—Tenso —admite—. Todo se siente distinto ahora. Los demás intérpretes me miran de reojo, el director evita mirarme a los ojos. Noto la política en cada sala a la que entro.

Torcemos hacia una avenida más ancha, pasando bajo farolas que proyectan sombras alargadas sobre el asfalto. Camina con la gracia de quien ha sido entrenada en movimiento escénico, pero aún puedo ver la tensión que noté en las imágenes de vigilancia.

—Háblame de los discos de tu padre —digo, recordando un detalle de su expediente.

Me lanza una mirada, sorprendida por la pregunta. —¿Cómo sabes eso?

—Los mencionaste una vez. Dijiste que cantar solía ser la única parte de tu vida que sentías como tuya.

Seguimos caminando en silencio varios minutos antes de que vuelva a hablar. —Tenía una colección de grabaciones antiguas. Ópera, sí, pero también jazz, blues, cosas que Emilio habría considerado por debajo de la imagen de la familia. Cuando era pequeña, antes de que empezara la formación formal, solía escucharlas y cantar con ellas.

—¿Qué cambió?

—Emilio decidió que yo tenía potencial. Potencial de verdad. Del que podría beneficiar a la familia —se detiene en una esquina, esperando a que el tráfico se despeje—. Cuando empezaron las clases, cuando se firmaron los contratos, cantar pasó a ser cuestión de perfección y no de alegría. De representar algo más grande que yo misma.

—¿Y ahora?

—Ahora no estoy segura de qué representa. Cada actuación me parece calculada, cada nota elegida por sus implicaciones políticas más que por su valor artístico.

Cruzamos la calle y seguimos hacia la finca de los Costa; la ruta conocida nos lleva por barrios cada vez más acomodados. Las casas crecen, la seguridad se vuelve más visible, a medida que nos acercamos al mundo que la moldeó.

—No estás sola en esto —le digo cuando nos acercamos a las verjas de la finca.

Se detiene y se vuelve hacia mí por completo. A la tenue luz de la calle, sus ojos buscan en mi rostro algo —la verdad, quizá—, o la seguridad de que mis palabras tienen un sentido que va más allá del consuelo.

—No me siento sola —dice en voz baja—. Ya no.

Su confesión acapara toda mi atención cuando sostiene mi mirada. Quiero tocarla, acortar la distancia que el protocolo y las circunstancias han impuesto entre nosotros, pero las verjas de la finca se alzan delante y sé que nuestro tiempo es limitado.

—Vete —le digo—. Bruno te seguirá a cierta distancia para asegurarse de que estás a salvo.

Asiente y sigue hacia las verjas, su figura haciéndose más pequeña en la oscuridad. Yo me retiro a las sombras, la observo hasta que desaparece dentro del recinto y luego hago una seña a Bruno, que lleva esperando en un coche dos calles más allá.

El camino de vuelta por Roma me da tiempo para pensar, para planear los próximos movimientos en este juego cada vez más complejo. La influencia de Emilio sobre el teatro de la ópera puede contrarrestarse, las ambiciones de Alba pueden redirigirse y las

decisiones de la junta pueden cambiarse aplicando la presión adecuada en los lugares adecuados.

Pero el verdadero reto no es político ni financiero: es la certeza, cada vez mayor, de que lo que empezó como una palanca se ha convertido en algo que no puedo permitirme perder. Cada conversación con ella revela nuevas capas, nuevas razones por las que se ha vuelto esencial en lugar de prescindible.

Mañana continuaré la campaña para proteger su carrera, para neutralizar las amenazas que la rodean. Pero esta noche, camino por las calles antiguas de Roma y admito lo que llevo semanas evitando. Esto ya no va de negocios. Me estoy enamorando de la Rosa de Roma.

16

ROSARIA

Tras el café, el callejón apesta a grasa rancia y humo de cigarrillo. Espero entre las sombras, consultando el móvil cada pocos segundos. Eva aparece en la boca del angosto pasadizo, su sonrisa luminosa de siempre sustituida por la preocupación.

—Tienes un aspecto horrible —dice, tirando de mí más adentro, hacia el espacio sombrío entre los edificios.

—Gracias por la sinceridad. Me apoyo en la pared de ladrillo y siento la aspereza a través del abrigo—. Necesito enseñarte esto.

Me tiemblan las manos mientras desbloqueo el móvil. El vídeo tarda en cargar; la cara de Alba llena la pantalla. Su voz me hace estremecer. Es la misma reacción que he tenido cada vez que he visto este vídeo.

—Hola, Rosaria. Espero que esté disfrutando de sus pequeñas vacaciones de la realidad. Pero todo lo bueno se acaba, ¿verdad?

La cámara barre unas fotografías extendidas sobre una mesa de mármol. Yo entrando por las verjas de Salvatore. Yo en su jardín. Yo saliendo de su finca al amanecer, con el pelo revuelto y el vestido arrugado. Los encuadres son demasiado perfectos, demasiado calculados. Lleva semanas vigilándome.

—Son bastante hermosas, ¿no le parece? La iluminación es exquisita. Creo que a la prensa le resultarían fascinantes —

especialmente a la prensa rosa—. Les encanta una historia de ángel caído.

Los dedos impecablemente cuidados de Alba recorren el borde de una de las fotografías. —Retírese de todas las audiciones de los teatros de ópera. Respáldeme públicamente como su sustituta. Haga esto y estas imágenes seguirán siendo privadas. Si se niega, para mañana por la mañana las tendrá cualquier publicación importante de Italia. Estoy segura de que su tío estaría encantado de ver a su rosa más preciada floreciendo en jardines tan interesantes.

El vídeo termina. Eva se queda mirando la pantalla en negro, pálida.

—Esa víbora de... —se contiene—. ¿Cuándo has recibido esto?

—Ayer por la mañana. Justo después del ensayo.

Eva coge el móvil y retrocede el vídeo para estudiar las fotografías. —Son de calidad profesional. Ha contratado a alguien para que te siga.

—Lo sé.

—Tienes que contárselo a Emilio.

Las palabras me hielan la sangre. —No.

—Rosaria, no puedes con esto tú sola. Tiene que saber lo que está haciendo.

—Si se lo digo, la destruirá. Y todo el mundo sabrá por qué. Recupero el móvil y lo hundo bien al fondo del bolso—. El escándalo será peor que si no hago nada.

—El escándalo será peor si no haces nada y, aun así, ella las difunde.

Cierro los ojos y veo la cara de Emilio cuando descubra dónde he estado —que he estado escapándome delante de sus narices—. Su decepción. Su rabia. La forma en que la voz se le vuelve un susurro cuando está realmente furioso.

—Me mata, Eva.

—Te protegerá. Para eso está la familia.

—¿Sí? —La pregunta flota entre nosotras—. Porque ya no sé cuál es la diferencia.

Cuando volvemos al ensayo, se siente distinto. Las conversaciones mueren cuando entro en una sala. Los ojos me

siguen por los pasillos y se desvían en cuanto giro la cabeza. Los susurros empiezan antes de que salga de su alcance.

Alba llega tarde y entra en la sala de ensayo con teatralidad. Me atrapa la mirada durante los calentamientos y sonríe, y la manera sardónica en que me mira se me clava como dardos envenenados.

—¡A sus puestos, todos! —Luca palmotea, y nos dispersamos a nuestras marcas.

Conozco cada nota de esta aria. La he cantado cientos de veces. Pero hoy la música me resulta ajena en la garganta. Me falta el aire. Los agudos se tensan.

A mitad del pasaje culminante, la sala se inclina. La visión se me emborrona por los bordes. La orquesta sigue, ajena, cuando mi voz se quiebra en una nota que podría cantar dormida, mientras me da vueltas la cabeza y siento cómo mi mundo se balancea sobre su eje.

La música se detiene, pero en mi cabeza el ruido es el mismo— jadeos, murmullos, el eco de susurros apagados a mi alrededor.

—¿Rosaria? —la voz de Luca suena distante, amortiguada—. ¿Está bien?

Me agarro al piano para sostenerme, pero las piernas no me responden. El suelo viene a mi encuentro, pero Donata me sujeta del brazo antes de que caiga.

—Traedle agua —ladra a alguien a mi espalda—. Y una silla.

—Estoy bien. Las palabras me salen sin aliento, nada convincentes. Y son una completa mentira. Ni siquiera puedo ponerme en pie. Algo va muy mal.

—No está bien. El rostro curtido de Donata muestra una preocupación genuina—. ¿Cuándo comió por última vez?

—Esta mañana —murmuro, pero ya estoy intentando recordar cuándo comí de verdad por última vez.

—¿Qué comió?

Intento acordarme. Café. Café solo y nada más. —No tenía hambre.

—*Madonna mia* —me ayuda a sentarme en una silla—. Se va a casa. Ahora.

—Puedo continuar...

—Volverá a desmayarse. Váyase a casa. Descanse. Coma. Vuelva mañana cuando no esté a punto de desmayarse en mi escenario. Las órdenes de Luca me irritan, pero quizá tenga razón. No me encuentro bien y, si no es más que una bajada de azúcar, mañana estaré de vuelta y mejor que nunca.

El camino hasta mi camerino se me hace eterno. Cada paso es como avanzar a trompicones por agua hasta las rodillas. Me cambio de ropa de manera mecánica, con las manos aún temblorosas.

Eva aparece en el umbral mientras recojo mis cosas. —¿Cómo te encuentras?

—Avergonzada —le digo. El dramatismo de todo lo que está pasando me hace sentir que ya de entrada no doy abasto, y ahora esto.

—No me refería a eso. —Entra y cierra la puerta detrás de sí—. ¿Cuándo has hecho una comida en condiciones por última vez?

—Como.

—El café no cuenta como comida, Rosaria.

Me encojo de hombros y me concentro en doblar la ropa de ensayo con una precisión innecesaria.

—¿Duermes lo suficiente?

—Duermo. Su interrogatorio ocurre porque le importo, pero me fastidia.

—¿Cuánta agua bebes?

—Bastante.

Eva estudia mi cara como si fuera mi médica examinando mis síntomas para diagnosticarme. —¿Estás bajo algún estrés fuera de lo normal?

Casi me echo a reír. —Define inusual.

—Más que las presiones normales de tu carrera.

Pienso en el vídeo de Alba. En los ojos de Salvatore. En las mentiras que le cuento a Emilio cada día. —No más de lo habitual.

—¿Cuándo fue tu último ciclo?

La pregunta me deja helada. —¿Qué?

—Tu regla, Rosaria. ¿Cuándo fue tu última regla?

Dejo de doblar la ropa. Mi mente corre hacia atrás por semanas que se confunden. Ensayos y funciones y noches robadas. ¿Cuándo

fue la última vez que compré tampones? ¿Cuándo sentí por última vez ese malestar mensual tan familiar?

—Yo... no me acuerdo.

La expresión de Eva se vuelve seria. —Piensa bien.

Cuento hacia atrás, pero las fechas no encajan. Seis semanas. Siete. Quizá ocho. Se me encoge el pecho.

—Probablemente sea estrés —digo deprisa—. —El estrés puede afectar...

—Puede. Pero también pueden otras cosas.

Las palabras llenan el pequeño camerino. Ninguna de las dos las pronuncia en voz alta, pero me empujan contra el pecho hasta casi impedirme respirar. Eso no puede estar pasando... Lo que está insinuando...

—Necesito irme a casa.

El trayecto por el tráfico de la tarde de Roma transcurre entre brumas. Rocco sortea las calles abarrotadas mientras miro por la ventanilla sin ver nada. Mi reflejo en el cristal parece fantasmal, irreconocible.

—Pare —digo de pronto.

—¿Qué?

—Pare el coche. Ahí. Señalo una farmacia en la esquina. —Necesito comprar unas cosas.

Rocco se arrima a la acera. —La acompañaré.

—No. Escupo las palabras, sorprendiéndome hasta a mí misma. —Necesito tampones. ¿O prefiere ayudarme a elegir marcas?

Se le enciende la cara. —Esperaré aquí.

Dentro de la tienda, las luces fluorescentes zumban sobre mi cabeza. Encuentro el pasillo de higiene íntima femenina y me quedo allí varios minutos, fingiendo comparar productos. Otros compradores pasan de largo, ajenos a lo que hago o, a decir verdad, a quién soy.

Por fin cojo una caja de tampones y camino tres pasillos más allá. Los test de embarazo están tras un cristal con llave; su embalaje clínico resulta casi obsceno bajo la luz implacable. Busco a una dependienta y le pido que abra la vitrina.

Me mira con atención, el reconocimiento chisporroteando en sus ojos. —La Rosa de Roma —susurra.

—Por favor —digo en voz baja—. Abra la vitrina.

Selecciona una caja al azar y me la da. Pago en efectivo, con la cabeza gacha, rezando para que nadie más se dé cuenta.

De vuelta en el coche, aprieto ambas compras dentro del bolso. Rocco no hace preguntas, pero lo pillo mirándome por el retrovisor.

En casa, después de que me acompañe hasta mi celda de prisión, antes llamada mi dormitorio, lo despido por la noche y echo la llave. El dormitorio se siente como una tumba y, extrañamente, ojalá Salvatore estuviera aquí, susurrándome que podría escabullirme ahora. Me sirvo una copa de vino y luego recuerdo que no debería beber si... Eso me deja desolada por un segundo.

Dejo la copa sin tocar.

En el cuarto de baño, leo las instrucciones dos veces antes de hacerme la prueba. Tengo que esperar tres minutos completos a que el aparato procese, pero se sienten como tres años. Dejo la prueba sobre la encimera de mármol y cuento segundos.

Ciento ochenta latidos después, bajo la mirada.

Dos líneas rosas.

Me quedo mirándolas hasta que se desdibujan. Luego cierro los ojos y me apoyo en la pared fría de azulejos, con el aliento saliéndome en jadeos cortos. Esto no puede estar pasándome a mí. No volveré a cantar. Puede que no vuelva a respirar si Emilio se entera.

Embarazada.

La palabra se repite en mi mente, haciéndose más grande y más imposible con cada repetición. Embarazada del hijo de Salvatore. Embarazada mientras Alba amenaza con destruirme. Embarazada mientras Emilio espera obediencia absoluta.

Pienso en su cara cuando se entere. La decepción. La rabia. La forma en que su voz bajará hasta ese susurro peligroso.

Me matará.

No en sentido figurado. No con el tiempo. Me matará de verdad.

Me dejo resbalar por la pared hasta quedar sentada en el suelo del baño, aún con la prueba en la mano. Las líneas rosas no han

cambiado. No van a cambiar. Esto es real.

En algún lugar, Salvatore está en su fortaleza napolitana, sin saber que su mundo está a punto de dar un vuelco.

En algún lugar, Alba planea su próximo movimiento.

En algún lugar, Emilio atiende sus asuntos, confiado en que su sobrina sigue siendo la rosa obediente que ha cultivado.

Cierro los ojos e intento respirar. Intento pensar. Intento encontrar un camino por este laberinto que no termine en sangre.

Pero las líneas rosas del test cuentan otra historia. Hablan de consecuencias y de elecciones que no me está permitido tomar. Susurran un futuro que pertenece a todos menos a mí.

Tengo veintiún años, estoy embarazada del hijo de un rival y completamente sola.

La prueba se me cae de entre los dedos entumecidos y repiquetea contra el suelo de mármol.

Dos líneas rosas.

Mi sentencia de muerte con una certeza clínica.

17

SALVATORE

El teatro de la ópera bulle de actividad vespertina. Los intérpretes deambulan por los pasillos. Paso junto a ellos sin detenerme, con la atención reducida al ala administrativa donde Luca Romano tiene su despacho.

Concerté esta reunión bajo el pretexto de revisar las próximas funciones, para guardar las apariencias y no atraer la atención de Costa. No soy más que un mecenas generoso interesado en la dirección artística del teatro. Y a cualquiera que esté fuera de la burbuja política de la casa le parecerá eso. Para el señor Romano, en cambio, pareceré un enemigo.

Se levanta de la mesa cuando entro; su apretón de manos, húmedo de sudor nervioso. —*Signor* DeSantis, gracias por venir. Por favor, siéntese.— Señala la misma silla que ocupé hace apenas diez días, cuando le pedí otro tipo de tranquilidad, una que, a mi juicio, llevó demasiado lejos.

Donata Serra ocupa la silla junto a su mesa, las manos curtidas entrelazadas sobre el regazo. Me observa con ojos afilados. Ha sobrevivido décadas en este negocio leyendo a la gente y respondiendo en consecuencia, y su presencia aquí señala que a Romano le aprietan desde más frentes que el mío.

—¿Café? —ofrece Luca, ya estirando la mano hacia la cafetera de su aparador, moviéndose con una rigidez fruto de la ansiedad y la tensión.

—No.— Me acomodo en el sillón de cuero frente a ellos.— Cierre la puerta.— Mi orden le escuece; vacila y luego obedece. El chasquido del pestillo precede a sus pasos cuando regresa a su silla y se sienta.

—Ahora.— Me inclino hacia delante, apoyando los codos en las rodillas.— Podemos dejar la representación. Quiero saber de Rosaria Costa.

El color se le va del rostro a Luca. —No estoy seguro de entender...—

—Su agenda tenía que liberarse un poco para que tuviera tiempo de hacer actuaciones privadas conmigo. Nunca le dije que la apartara de sus papeles principales.— Enterarme de que Alba Sorrenti sustituyó a Rosa me sorprendió, sobre todo cuando los periódicos publicaron críticas demoledoras. Más política, seguro, pero es de un pésimo estilo. El teatro de la ópera tiene que mantener sus puertas abiertas y, con una cantante que no está a la altura, vivirán por completo del dinero de los mecenas y no de la taquilla.

Donata y Luca se intercambian una mirada. En ese breve instante de comunicación silenciosa veo la confirmación de lo que ya sospechaba.

—Seguro que entiende que no es el único «mecenas», señor DeSantis.— Luca entrelaza las manos con calma, aunque le veo el temblor. Se retuerce dentro del traje. Un hombre que maneja situaciones como esta a todas horas y aun así se comporta como un gusano después de la tormenta... despreciable.

Costa ha puesto el freno a las actuaciones de Rosaria como castigo, así que no hay nada que yo pueda hacer al respecto. Desafiar abiertamente las órdenes de Emilio, respaldadas por su dinero, sería la muerte segura para Romano. Mi única jugada es seguir presionando para que se abran otras vías.

—¿Y la señora Sorrenti? Pedí que la apartaran. Su papel jamás debería ser el de reemplazar a la Rosa de Roma. Usted entiende lo

que pensará la ciudad del cambio... por eso engordé ese sobre para usted...— La llamada que hice pidiéndole que recortara las oportunidades de la señora Sorrenti no fue una sugerencia, y ahora es más crucial que nunca que me escuche.

—Hubo una situación —empieza Luca con cautela—. Me permitió...— Sus ojos vuelan, nerviosos, hacia los de Donata, y ella termina por él.

—Alba Sorrenti estaba lanzando amenazas. Tenemos pruebas de intento de chantaje. Ha sido despedida.— Se incorpora, claramente respaldando por completo la decisión de apartarla. Como preparadora vocal de Rosaria, elegida a dedo por el propio Emilio, sé que está del lado de la sensatez. Quiere a Rosaria sobre ese escenario.

—¿Qué tipo de amenazas?— Me centro en ella a pesar de que Romano sigue retorciéndose, ahora murmurando para sí.

—Fotografías.— La voz de Donata corta el tartamudeo de Luca.— Imágenes comprometedoras de ella con usted. Alba exigió que Rosaria se retirara de las audiciones y respaldara públicamente a su sustituta.

—¿Dónde están esas fotografías ahora?— La rabia hierve bajo la superficie, pero me mantengo compuesto. Nadie me chantajea a mí ni a alguien de mi esfera de influencia y vive para contarlo.

—Destruidas —dice Luca con rapidez—. Lo hemos resuelto internamente. No habrá escándalo ni publicidad indeseada.

Les estudio los rostros, leo la tensión en sus posturas. —¿Qué más?— Hay algo más en marcha y ambos lo saben. Pasa entre ellos otra mirada, furtiva y elocuente. Estampo la palma abierta contra la mesa, los hago dar un salto, y grito: —¡¿Qué más?!—

Donata habla primero, balbuceando al decir: —Rosaria se desplomó durante el ensayo de ayer.—

Las palabras contaminan el aire entre nosotros. Mantengo la expresión neutra, pero se me cierran las manos en puños.

—¿Cómo que se desplomó?— Entorno los ojos hacia ella.

—Estaba cantando. A mitad del aria, casi se desmayó. Tuvieron que ayudarla a sentarse.— La fachada profesional de Donata se resquebraja ligeramente.— Tenía un aspecto terrible. Pálida,

temblando. Cuando le pregunté por sus hábitos de comida, no fue capaz de recordar su última comida como Dios manda.

—La junta directiva está preocupada —añade Luca—. Corren rumores de enfermedad. Algunos sugieren que necesita una baja prolongada.— Su mano vuela a los labios, donde se muerde las uñas en un hábito de lo más insano.

—¿Baja prolongada? —repito las palabras despacio—. —Por haberse desmayado una vez.

—No es la primera vez que parece... frágil... últimamente. Ha habido otros incidentes. Entradas que ha perdido, ensayos acortados... Los demás intérpretes se han dado cuenta. Donata se encoge hacia dentro, pero veo preocupación en su rostro, no miedo.

Me pongo en pie, aliso la chaqueta. —¿A ninguno de ustedes se le ocurrió avisarme?— Me enderezo despacio y me alzo sobre ellos mientras ambos se encogen.

—No sabíamos que usted tuviera un interés personal en…

—No se dieron cuenta...— Camino hasta la ventana que da al patio interior de abajo. Las sombras de la tarde se alargan sobre el empedrado.— Dejé claro que el bienestar de Rosaria Costa es importante para mí. Pagué para que lo entendieran.

—Por supuesto, *Signor* DeSantis. Simplemente pensábamos que...

—Han pensado mal. Luca se tapa la boca con la mano ante mi interrupción.

Me vuelvo para mirarlos. Ambos parecen listos para salir disparados de sus sillas.

—A partir de ahora, cualquier cambio en su agenda, cualquier incidente, cualquier preocupación sobre su salud: me lo comunican de inmediato. No al día siguiente. No cuando les convenga. De inmediato.

—Entendido. Donata baja la cabeza, y me doy por satisfecho de que han entendido mi mensaje.

—Bien. Me encamino hacia la puerta, luego me detengo.— Y si Alba Sorrenti aparece en las inmediaciones de este teatro de la ópera otra vez, me llaman a mí antes de llamar a seguridad.

Los dejo sentados en sus sillones de cuero, probablemente preguntándose hasta qué punto se han metido en aguas en las que nunca pensaron entrar.

El trayecto de vuelta al hotel me da tiempo para pensar. Se ha desmayado durante el ensayo. No recuerda haber comido. La junta cree que está enferma.

He visto a Rosaria actuar decenas de veces. Es disciplinada, controlada y profesional. No se desmaya a menos que su cuerpo la traicione de formas que no puede controlar.

En el hotel, me sirvo un whisky y espero el informe de Bruno. Lleva siguiendo a Rocco y a Rosaria desde ayer, manteniendo una distancia prudente y documentando sus movimientos.

Llega a las ocho, con una carpeta color manila.

—¿Qué tiene?

—Día interesante. Bruno se acomoda en la silla frente a mi escritorio.— Después del incidente en el ensayo, se fue directamente a casa con Rocco. Pero de camino le hizo parar en unos grandes almacenes de la Via del Corso. Me tiende el sobre y yo lo abro, alzando la vista hacia él mientras saco las fotos.

—¿Para qué? —pregunto, al fijarme en el neón encendido de una farmacia bajo el que pasa Rosaria.

—Le dijo a Rocco que necesitaba tampones. Montó todo un numerito para avergonzarle y que se quedara en el coche.

Bebo un sorbo de mi whisky mientras paso las fotos. Se las ha apañado bien con sus técnicas de vigilancia improvisadas.

—La seguí dentro. Fue primero al pasillo de higiene íntima y cogió una caja de tampones. Luego caminó tres pasillos más allá hasta la sección de farmacia.

—¿Y bien?

—Pidió a un dependiente que abriera la vitrina de los test de embarazo, compró uno, pagó en efectivo y no levantó la cabeza en ningún momento. Mis ojos se alzan para encontrarse con los suyos cuando termina de hablar y, justo entonces, paso a la última foto. Bajo la mirada y la veo allí, en el mostrador, pagando.

El vaso se detiene a medio camino de mis labios cuando digo: —¿Está seguro?

—Vi la transacción. Caja pequeña azul, embalaje clínico. Lo metió en el bolso junto con los tampones y se marchó.

Dejo el whisky y me recuesto en la silla. Así que Rosaria se ha hecho una prueba de embarazo. Ha estado desmayándose y no tiene apetito. Igual que ha estado evitando mis llamadas.

—¿Dónde está ahora?

—En casa. Rocco está apostado fuera. No ha habido más movimientos desde ayer por la tarde.

Me quedo mirando al techo, calculando los plazos. Las noches que ha pasado en mi cama. La forma cuidadosa en que se ha estado moviendo últimamente. La mirada distante en sus ojos cuando cree que no la estoy mirando.

—¿Señor? —Bruno se inclina hacia mí cuando dejo las fotos y el sobre sobre la mesa delante de él.

—Tenga a todo el mundo listo.

—¿Señor? —Entorna los ojos y se pone en pie, listo para moverse a mi orden.

—Quiero órdenes discretas y ninguna comunicación innecesaria. Si Emilio se entera de esto, tendremos una guerra antes del amanecer.

Bruno se yergue en la silla. —¿Cuáles son sus instrucciones?

Me levanto y camino hacia la ventana. Roma se despliega debajo, con las luces empezando a encenderse mientras la oscuridad cae sobre la ciudad. En algún lugar entre esas luces, Rosaria está sentada en su habitación, probablemente mirando un palito de plástico que está a punto de cambiarlo todo.

—Me la llevo.

18

ROSARIA

Traspaso las verjas de hierro de la finca mientras el aire de la tarde me muerde la piel. Mi discusión con mi tío Emilio aún resuena en mis oídos, su voz afilada por la decepción y la rabia apenas contenida. Otro recordatorio más de que mi relación con Salvatore DeSantis le está tocando el bolsillo y de que el teatro de la ópera me exige más. Necesito distancia. Necesito respirar sin que sus ojos sigan cada uno de mis movimientos.

—Rosaria, baja el ritmo. Los pasos de Rocco crujen sobre la grava detrás de mí. —No deberías estar aquí sola.

—No estoy sola. Estás aquí.

—No me refiero a eso.

Me giro hacia él, con el genio encendido. —Entonces, ¿a qué te refieres, Rocco? Porque estoy harta de que todo el mundo me hable en acertijos.

Se detiene a unos pasos, con la mano apoyada en la chaqueta donde sé que guarda la pistola. —Las calles no son seguras para ti ahora mismo.

—¿Las calles no son seguras, o Emilio no se fía de que no me escape? Estoy furiosa porque ni siquiera puedo dar un paseo para despejarme sin que los matones de mi tío me persigan. Quiero

recuperar mi vida. Quiero intimidad para destripar lo que pienso y abrirme paso por el laberinto de preocupación y miedo que siento.

—Ambas.

Al menos es sincero. Me abrazo a mí misma y sigo caminando por el perímetro de la finca. A mi izquierda se alzan los muros de piedra, proyectando largas sombras sobre la calle estrecha. Las farolas parpadean cuando el anochecer cae sobre Roma.

—Deberíamos volver —dice Rocco, acompasando mi paso pero manteniendo distancia entre nosotros.

—Deberíamos ocuparnos de lo nuestro.

—Tu seguridad es asunto mío. El capullo es implacable, y aunque acelero el paso no consigo quitármelo de encima.

—¿Mi seguridad o mi obediencia?

Antes de que pueda contestar, el chirrido de unos neumáticos rasga la quietud de la tarde. Un sedán negro toma la curva derrapando, los faros encendidos a plena potencia, y se detiene justo delante de nosotros. El motor se queda al ralentí, el humo del tubo de escape arremolinándose en el aire fresco.

Reconozco el coche antes de que se abra la puerta del conductor y se me hunde el estómago. No había planeado salir a encontrarme con él, pero aquí está, de carne y hueso, y ya noto a Rocco tensándose a mi espalda.

Salvatore sale del coche, movimientos controlados y con propósito. No me mira de inmediato. Fija la atención en Rocco, que ya se ha movido para interponerse entre nosotros.

—Apártese de ella —dice Salvatore, su voz resonando en el estrecho espacio.

—Ni de broma. La mano de Rocco se mueve dentro de la chaqueta, donde sé que está la pistola, y por un momento temo que vaya a disparar a Salvatore. Me tenso, el cuerpo se me queda rígido mientras espero el chasquido del metal al montar su arma.

—No se lo estoy pidiendo. Salvatore se acerca, y yo hago una mueca, casi cierro los ojos.

—Yo tampoco.

La tensión chisporrotea entre ellos. Doy un paso atrás, el corazón martilleándome contra las costillas.

—Salvatore, no...

—Entra en el coche, Rosaria.

—No.

Por fin me mira, sus ojos verdes oscuros a la luz de la farola. —No es una petición.

Rocco saca su arma, manteniéndola baja pero visible. —Aléjese, DeSantis. Ahora, o lo mato.

Salvatore suelta una risa, un sonido desprovisto de humor. —¿Con qué? ¿Con una pistola? ¿Cree que me asusta su pistolita?

—Creo que debería ser lo bastante inteligente como para irse.

—Listo habría sido mantenerla a salvo. Pero la dejó caminar por las calles mientras hombres la cazan.

—¿Qué hombres? —exijo, pero ninguno de los dos me hace caso. Estoy ya frenética, desesperada por asegurarme de que el hombre cuyo hijo llevo dentro no muera. Al menos no antes de que sepa que va a tener un hijo.

El dedo de Rocco pasa al gatillo. —Última advertencia.

Salvatore se mueve más rápido de lo que espero. Se lanza hacia delante, apartando de un manotazo la mano de Rocco que sostiene la pistola antes de que mi guardaespaldas pueda disparar. El arma se dispara al aire, el estampido rebotando en los muros de piedra.

Chocan en un torbellino de extremidades y violencia. Rocco está entrenado, pero Salvatore pelea sin reglas. Le hunde el codo en las costillas, lo dobla por la mitad y luego alza la rodilla hasta su cara.

—¡Parad! —grito—, pero no me oyen por encima del sonido de la carne contra la carne.

Rocco se recupera lo suficiente para soltar un puñetazo que conecta con la mandíbula de Salvatore. La sangre aparece en su labio, pero no aminora. Agarra a Rocco por la camisa y lo empuja hacia atrás contra el muro de piedra.

El impacto le arranca el aire de los pulmones a Rocco. Salvatore no le da tiempo a recuperarse. Le martillea el puño en el plexo solar y luego en las costillas, brutal y metódico.

—¡Basta! ¡Los dos, parad!

Rocco intenta contraatacar, pero Salvatore es implacable. Le hunde el puño en la cara, haciéndole golpear la cabeza contra la

piedra. La sangre le chorrea por la nariz, oscura a la luz de la farola.

Por fin, a Rocco se le doblan las rodillas. Se desliza por la pared, dejando un borrón rojo en la piedra.

Salvatore da un paso atrás, respirando con fuerza. Tiene los nudillos ensangrentados, la camisa desgarrada por el hombro. Mira a Rocco con fría satisfacción.

—No tenías que hacer eso —susurro.

—Sí, tenía que hacerlo. Se vuelve hacia mí, y veo al depredador bajo su exterior controlado. Esto es lo que esconde del mundo. Esto es lo que realmente es. —Entra en el coche.

—No —gimoteo—, sin tener claro ni siquiera si quiero irme con él ahora. Mi mente va a mil, aterrada por lo que acabo de presenciar y por qué ha atacado con tanta violencia cuando podría haberse ido.

Se acerca a mí y yo retrocedo instintivamente. —Rosaria.

—No voy a ir a ninguna parte contigo.— Niego con la cabeza, con las manos alzadas en postura defensiva.

—Sí que vas.

Su mano se cierra alrededor de mi muñeca, los dedos hundiéndose en mi piel. Intento zafarme, pero su agarre es de hierro.

—Suéltame, Salvatore. Por favor...

—Ni hablar. Me arrastra hacia el coche y yo hundo los talones en la grava, luchando a cada paso.

—¡Salvatore, suéltame!

—Deja de resistirte, Rosaria. Se detiene y me fija la mirada, y veo algo agitarse bajo la superficie que no había percibido hasta ahora. Está enfadado conmigo por alguna razón, y no sé por qué. Me hace vacilar.

—¿Qué está pasando? le pregunto mientras la preocupación empieza a roerme la conciencia. No sé qué somos ni qué tenemos. Solo sé que, en este mismo instante, por algún motivo que no sé nombrar, me da miedo perderlo.

Abre la puerta del copiloto con la mano libre, luego se aparta y me hace un gesto hacia ella. —Por favor, solo sube... Entorna los ojos al verme mirar hacia el lugar donde Rocco yace inconsciente, con la sangre escurriéndole de la nariz. Salvatore no ha venido aquí

para hacerle daño, pero tampoco me ha enviado un mensaje diciendo que quería que me reuniera con él. Estoy confundida, pero me subo al coche y él se sube detrás de mí.

El chófer de Salvatore arranca el motor y nos alejamos del bordillo. En el retrovisor lateral veo a Rocco forcejeando para ponerse en pie, con la sangre cubriéndole media cara.

—Podría estar gravemente herido.

—Sobrevivirá. Cuando me vuelvo para mirarlo, tiene un trapo que ha sacado de no sé dónde y está limpiando la sangre de Rocco de sus nudillos.

—No lo sabes. Me trago el miedo que aún me sube por la garganta y me encojo. No sé por qué ha exigido que me suba a este coche con él, pero no me está haciendo sentir cómoda.

—Sí, lo sé. Sé exactamente cuánto daño le he hecho.

La naturalidad con la que lo dice me hiela. Me pego a la puerta del copiloto, todo lo lejos de él que permite el poco espacio.

Me tiemblan las manos cuando la adrenalina empieza a disiparse. La realidad de lo que acaba de pasar se me echa encima. Ha venido a por mí. Ha herido a Rocco y me ha cogido, y ahora se desvanece la imagen idealizada que tenía de Salvatore DeSantis. Mi tío prenderá fuego al mundo entero para encontrarme y, cuando lo haga, no será amable conmigo al llevarme a casa. Devorará a cualquiera que se lleve lo que es suyo, pero no porque le importe. Simplemente porque han traspasado los límites.

—Me acabas de secuestrar.

—Te he exfiltrado. Su voz es fría y calculadora y me hace estremecer de miedo.

—Entonces llévame a casa... El pulso me late débil en la garganta y él se vuelve y me mira con el ceño fruncido.

—¿Prefieres la cárcel a mi cama?

Por una fracción de segundo pienso en sus brazos, en los momentos que hemos compartido, en los besos suaves y ligeros que me ofrece cuando le permito mostrarse vulnerable ante mí. Y luego pienso en Emilio, en lo enfadado y rojo que se puso cuando se enteró de que habían despedido a Alba, de que no le quedaba más remedio que permitirme cantar los papeles principales. En cómo no

puede controlarme porque alguien más —probablemente Salvatore— también está jugando a la política con mi carrera.

—No —confieso en voz baja, aún pegada a la puerta, todavía preguntándome por qué Salvatore está tan enfadado conmigo. Por qué sintió la necesidad de acecharme y arrancarme de la calle como un vulgar ladrón.

No dice nada, y yo solo puedo mirarlo, atónita, preguntándome hasta dónde habría llevado las cosas con Rocco si no lo hubiera dejado inconsciente. Preguntándome qué me habría hecho a mí si no me hubiera subido a su coche.

19

SALVATORE

Han pasado siete días desde que traje a Rosaria a la villa, y ya las paredes se me antojan demasiado finas. Los informes llegan a raudales por canales cifrados mientras recorro los pasillos, observando cómo su sombra se desplaza por habitaciones que se ha aprendido de memoria pero se niega a llamar hogar. La voz de Gianni crepita por la línea segura, trayendo noticias que deberían preocuparme más de lo que me preocupan.

—Hay escuchas en los teléfonos de tres de sus lugartenientes, jefe —dice, con tono cortante—. —Sobornos que llegan a la mitad de la policía de Florencia. Emilio está haciendo preguntas sobre propiedades que posee, sobre todo cualquier cosa fuera de la ciudad. Aprieto el teléfono con más fuerza mientras, a través de la ventana, observo a Rosaria moverse por el jardín de abajo. Incluso desde esta distancia puedo ver la tensión en sus hombros, esa manera de mantenerse al margen de todo lo que la rodea. —Se está acercando demasiado, Salvatore.

—Que venga —le digo a Gianni—. No le tengo miedo. Lo que estoy protegiendo no tiene precio para mí. No va a ganar. Gianni gruñe al auricular mientras cuelgo y me vuelvo hacia las escaleras. La respuesta de Emilio es débil, pero quizá lo esté subestimando. Sé

que tiene una fuerza detrás que está conteniendo, pero no puedo bajar la guardia.

Rosaria es ahora su joya más preciada, su carrera al borde de volcar a toda Roma hacia él. Con la Rosa de Roma escondida, el teatro se ha visto obligado a hacer otros arreglos, a su pesar. No puedo tenerla ahí fuera, donde mis enemigos podrían atacar. Está embarazada de mi hijo y aún no he decidido qué hacer con eso.

Bruno me recibe en la entrada principal, su porte militar evidente en cada paso. Sus ojos oscuros escanean el horizonte, anotando detalles que a otros hombres se les escaparían. —El perímetro está limpio —informa, poniéndose a mi altura mientras caminamos hacia mi despacho—. Los sensores de movimiento están activos, las cámaras tienen líneas de visión despejadas. Me estudia la cara mientras busca el motivo de mi tensión. —¿Espera problemas esta noche?

—Espero problemas todas las noches hasta que esto termine —respondo, comprobando en el teléfono la lectura de las cámaras—. Todos los canales muestran lo que deben: mi casa en paz, con mis hombres vigilando mi posesión más preciada, que ahora mismo ni siquiera quiere hablar conmigo. Traerla aquí no debía abrir una brecha entre nosotros. Se suponía que debía mirarme como a su salvador, no como a su secuestrador. —Emilio no es de los que espera eternamente. Doble la rotación de vigilancia hasta que yo lo diga.

Bruno asiente y se aparta para transmitir las órdenes, dejándome a solas con unos pensamientos irritados y revueltos. Rosaria me ha estado evitando toda la semana, desapareciendo de las habitaciones en cuanto entro, tomando sus comidas sola en la biblioteca, donde cree que no voy a molestarla. El servicio la trata como a mi invitada de honor, y con ellos ha sido agradable, pero conmigo está hostil.

Me encuentro en mi despacho, rodeado de mapas y registros financieros que trazan la expansión de mi territorio. Nápoles se siente ahora distante, casi abstracta frente a la realidad inmediata de mantener a salvo a Rosaria. El teléfono vibra con actualizaciones de la ciudad: envíos que llegan según lo previsto, deudas que se

cobran, rivales a los que se les recuerda su lugar. El negocio continúa sin mí, pero mi atención sigue dividida.

El reloj de la repisa da las doce cuando por fin escucho movimiento en la cocina de abajo. Pasos sobre el mármol, el sonido suave de puertas de armario abriéndose y cerrándose. Desciendo las escaleras despacio, mis zapatos mudos sobre la gruesa alfombra. La cocina brilla con una luz cálida, creando una isla de domesticidad en el corazón de mi fortaleza.

Rosaria está de espaldas a mí, de pie junto a la encimera, estirándose para alcanzar algo en un estante alto. Su pelo cae en ondas oscuras por la espalda, y me llega el tenue aroma de su perfume. Sabe que estoy aquí antes de que hable; su cuerpo se tensa, alerta.

—Te has estado escondiendo de mí —digo, entrando en la estancia. La luz cenital proyecta sombras duras sobre las superficies impecables, pero cuando se gira, la luz le ilumina el rostro—. Eso no va a servirte por mucho más tiempo. Se vuelve despacio; sus ojos oscuros se encuentran con los míos con una mezcla de desafío y resignación. Tiene ojeras, pruebas de noches en vela.

—Necesitaba espacio —responde, con la voz cuidadosamente controlada—. Esta casa se hace más pequeña cada día. Se aparta de la encimera, poniendo distancia entre nosotros. —Tus hombres vigilan cada puerta, cada ventana. Ni siquiera puedo salir a caminar sin escolta. Es peor que la casa de mi tío. Las palabras escuecen. Quiero que aquí se sienta libre, no una prisionera, pero es por su bien.

—Mis hombres te mantienen con vida —contraataco, acercándome a pesar de que ella quiere espacio—. Emilio se está acercando. Tiene gente buscando esta casa, buscándote a ti. Cada minuto que pasas sin protección es un minuto que podría aprovechar para llevarte de vuelta. Las palabras salen más duras de lo que pretendía, pero la verdad rara vez suena amable.

Su risa es amarga, y corta la calidez de la cocina. —Contigo todo va de control, Salvatore. Controlas adónde voy, qué hago, a quién veo —señala a su alrededor, con gestos afilados por la frustración—. Eres igual que él. ¿Qué quieres poseer ahora? ¿Mi voz?

—Tu voz nunca fue tuya para empezar —le digo, con una sinceridad brutal—. Emilio la poseyó, la moldeó, la usó para legitimar su imperio. Al menos yo soy honesto con lo que quiero. Doy un paso más, lo bastante cerca como para ver el pulso latiéndole frenético en la garganta. —Nunca has sido libre, Rosaria. La única diferencia es que yo no finjo lo contrario.

—¿Y qué quieres? —pregunta, bajando la voz hasta un susurro—. —¿De verdad, más allá de los juegos de poder obvios?— Sus ojos me desafían mientras me registran y se detienen en mis labios antes de subir a encontrarse con mi mirada. Está indignada y es preciosa. Tengo que contenerme para no alargar la mano hacia ella.

—Quiero que dejes de huir —digo, con la voz áspera por una emoción que no puedo reprimir—. —Quiero que entiendas que todo lo que hago es para mantenerte a salvo—. La confesión deja al descubierto vulnerabilidades que suelo mantener enterradas, pero con ella no soy yo mismo. Nunca lo he sido.

—A salvo de todos menos de ti —me devuelve, con el aplomo por fin resquebrajándose—. —Hablas de protección mientras vigilas cada uno de mis movimientos, lees mi correspondencia privada, tomas decisiones sobre lo que puedo hacer sin consultarme—. La voz le sube con cada palabra, años de ira sofocada encontrando salida.

La acusación da en el blanco, pero no me disculpo. —Necesito saber todo lo que te afecta, lo que nos afecta. El bebé lo cambia todo: los riesgos, las apuestas, el futuro—. Me acerco, pero ella se aparta, jadeando y cubriéndose la boca.

—¿Lo sabes? ¿Has estado siguiéndome? ¿Qué clase de bastardo enfermo eres?— Está lívida, tosiendo, doblándose sobre el fregadero mientras las arcadas secas le suben del pecho y le sacuden el torso.

—Rosa… —alargo la mano hacia ella y me aparta de un manotazo, cogiendo una toalla de la encimera para cubrirse la cara —. —Solo he pensado en nuestro hijo—.

—¿Nuestro hijo? —Las palabras le explotan con furia volcánica—. —Quieres decir tu posesión, tu garantía de que nunca podré irme—. Me empuja en el pecho, sus manos pequeñas pero fieras. —Me has quitado todo lo demás —mi carrera, mi familia, mi libertad—. ¿Ahora también quieres reclamar a mi hijo?—

—Quiero darle a nuestro hijo un padre —replico, atrapándole las muñecas antes de que pueda golpearme de nuevo—. —Quiero darle un nombre del que podamos estar orgullosos, una protección que nace de la fuerza de tener una familia—. Su pulso galopa bajo mis dedos, y siento el temblor de agotamiento que le recorre el cuerpo. —Llevas en ti el futuro de dos familias, lo aceptes o no—.

—Yo no he elegido esto —dice, con la voz quebrándose por las lágrimas contenidas—. —No te he elegido a ti, no he elegido esta vida, no he elegido ser el puente entre dos imperios criminales—. Las palabras le salen a borbotones, meses de frustración y miedo por fin encuentran voz. Las lágrimas se le agolpan en gotas gruesas y le ruedan por las mejillas. —Me has robado la libertad, ¡peor que Emilio! Y… y…— Se atraganta con las palabras.

—Elegir es un lujo que la gente de nuestro mundo no puede permitirse —le digo, apretándole más las muñecas—. —¿Crees que elegí heredar el imperio de mi padre? ¿Crees que elegí enamorarme de una mujer cuya mera existencia amenaza todo lo que he construido?— La confesión, en carne viva, se me escapa antes de poder contenerme, y me quedo quieto un momento. El corazón me martillea contra las costillas mientras ella se calma.

Me mira con los ojos muy abiertos, como si me viera de verdad por primera vez. —No sabes lo que es el amor —susurra, con la voz apenas audible—. —Conoces la posesión, la obsesión, el control. Pero no sabes amar a alguien sin destruirlo—.

—Entonces enséñame —digo, bajando la voz hasta igualarla—. —Muéstrame cómo amarte. Enséñame qué significa dejar que mi corazón sienta sin necesidad de controlar. Lo que significa darte libertad sin perderte—. La admisión me deja expuesto de formas que me aterran. —Porque perderte no es una opción que esté dispuesto a contemplar—.

Rosaria intenta zafarse, pero la sujeto con firmeza, mis manos pasando de sus muñecas a sus hombros. —Suéltame, Salvatore —suplica—, pero ahora hay menos convicción en su voz; el agotamiento se filtra por entre la rabia. —Solo déjame irme antes de que esto nos destruya a los dos—.

—No puedo —admito, con la voz áspera de honestidad—. —He intentado convencerme de que esto va de negocios, de estrategia. Pero la verdad es más simple—. Le estudio el rostro, memorizando cada detalle. —No puedo dejarte ir porque ya eres parte de mí. El hijo que llevas dentro no es más que la prueba de lo que ya sabía—.

—¿Y qué es eso? —pregunta, en un susurro apenas audible. La combatividad se le está yendo, sustituida por algo que podría ser resignación o comprensión. Su cuerpo se ha quedado inmóvil en mis manos, ya no forcejea.

—Que te quiero —digo—. —No como Emilio amaba tu talento. Amo a la mujer que discute conmigo en cocinas vacías, que se niega a romperse a pesar de todo lo que le he hecho pasar—. Mis manos suben a enmarcarle el rostro, obligándola a sostenerme la mirada. —Te quiero lo suficiente como para librar una guerra por mantenerte a mi lado—.

Las lágrimas le resbalan por las mejillas, pero no se aparta. —Tu amor es como ahogarse —susurra, con la emoción espesándole la voz—. —Es demasiado, demasiado abrumador. No sé cómo respirar dentro de él—. Sus manos suben para cubrir las mías, los dedos temblándole contra mi piel. —Me aterra lo que eres capaz de hacer, pero me aterra más cuánto estoy empezando a necesitarlo—.

—Entonces deja de luchar contra ello —la insto, apartándole las lágrimas con los pulgares—. —Deja de intentar escapar de algo que ya ha pasado. Ya estamos unidos, sea por elección o por destino—. La cocina parece encogerse, más íntima, las paredes respondiendo a la intensidad de nuestra confesión.

—Te odio —dice, pero las palabras carecen de convicción—. —Odio cómo me haces sentir, cómo me has puesto la vida patas arriba —. La voz se le quiebra del todo, los sollozos sacuden su pequeño cuerpo. —Pero no puedo dejar de pensar en ti, no puedo dejar de necesitar que vuelvas sano y salvo cada vez que te vas—.

La confesión desata algo primario en mí, una satisfacción posesiva que me quema las venas. La atraigo más, aplastándola contra mi pecho, sintiendo cómo encaja perfectamente contra mí pese a la tensión que irradia su cuerpo. —Entonces deja de fingir

que no quieres esto —murmuro contra su pelo, aspirando el aroma que se me ha vuelto tan necesario como el oxígeno—.

Entonces alza la vista hacia mí, la cara surcada de lágrimas pero los ojos ardiendo con algo que podría ser rendición. —No sé cómo desear a alguien que me aterra —admite, en un hilo de voz—. —No sé cómo querer a alguien que podría destruirme sin siquiera intentarlo—. Sus manos se cierran en mi camisa, aferrándose a pesar de sus palabras de resistencia.

—No tienes por qué saberlo —le digo, con la voz suave por primera vez en horas—. Solo tienes que confiar en que no lo haré. Mis manos van a su espalda, sosteniéndola mientras sus muros emocionales se derrumban. —Confía en que te protegeré, en que protegeré a nuestro hijo.

Cuando sus labios se alzan para buscar los míos, los cubro con un beso que se traga sus sollozos.

Al rozarse nuestros labios, el mundo a nuestro alrededor se derrite. La tensión que se ha ido acumulando entre nosotros durante días se libera en un torrente de pasión contenida. La hago retroceder hasta la encimera, mis manos recorriendo su cuerpo, desesperadas por sentir cada centímetro de su piel suave. Sus dedos se enredan en mi pelo, tirando de mí para acercarme mientras los besos se hacen más hondos.

La ropa va cayendo sin orden al suelo, nuestros cuerpos se entrelazan como si estuvieran hechos para este momento. La alzo y la siento sobre la encimera de granito, con la falda subida hasta las caderas.

Las piernas de Rosaria se enroscan a mi cintura, sus tacones se me clavan en la espalda cuando la aprieto contra el mármol frío. Sus uñas me arañan la espalda y bajan hasta mi camisa, donde empieza a desabrocharme los botones. Lo único en lo que puedo pensar es en cuánto la necesito, en cuánto he echado de menos la sensación de su cuerpo contra el mío.

—Joder, te necesito —gruño contra su cuello mientras sigo subiéndole la falda hasta dejarle las piernas al descubierto y sentir sus bragas bajo las yemas de mis dedos. Engancho dos dedos a cada lado del elástico y tiro, arrancándole otro jadeo de los labios.

—Despacio... —me reprende antes de morderme la oreja. Sus dientes mordisquean el lóbulo mientras sus dedos trastean con la hebilla de mi cinturón, y yo ralentizo los movimientos mientras sus bragas le resbalan por las pantorrillas.

—El bebé —susurro. Ella se detiene justo cuando su mano me envuelve la polla. —¿No le hará daño al bebé? Nuestros ojos se encuentran y, por un brevísimo segundo, veo vacilación en su mirada, pero niega con la cabeza, arquea el cuello y me ofrece la zona del pulso.

—Solo no me azotes demasiado fuerte —ronronea y me atrae más. Mi barba incipiente le raspa el cuello mientras lo siembro de besos ardientes y la oigo gemir quedo.

—¿Así que tampoco lo de apretarte el cuello ni lo de embestirte tan fuerte que luego no puedas ni andar? Mi recompensa es una carcajada franca mientras me acaricia, y sonrío contra su hombro.

—Nada de ahogarme, pero puedes embestirme toda la noche siempre que me hagas correrme.

Con un gruñido de aprobación, la presiono aún más contra la encimera, nuestros cuerpos pegados cuando me hundo en ella de una embestida profunda y posesiva. El jadeo de Rosaria resuena por la cocina, sus uñas se me clavan en la espalda mientras se aferra a mí para mantener el equilibrio. Marco un ritmo implacable, embistiéndola con urgencia. Sus caderas se alzan para encontrarse con las mías, sus piernas se aprietan alrededor de mi cintura y responde a mi fervor golpe por golpe.

—Salvatore —gime mi nombre, con los ojos apretados de placer. Una urgencia primitiva me recorre, la necesidad de marcarla como mía de la forma más ancestral posible. Le cambio el ángulo, una mano en su muslo, la otra sosteniéndole la espalda mientras me hundo todavía más dentro de ella. El mundo se reduce a nosotros dos.

Sus gemidos se hacen más fuertes, sus caderas se mueven al compás de las mías mientras ambos nos acercamos al precipicio del orgasmo. —*Cammora mia* —le gruño al oído, con el acento espesado por el deseo—. Eso es, déjate llevar por mí. Mi mano asciende por

su muslo hasta su clítoris mientras sigo embistiéndola. Su interior se me ciñe, apretándose con el placer que crece.

—¡Cristo! —gruñe, aferrándose a mí hasta el punto de que casi no puedo retirarme para volver a embestirla.

Con cada embestida, el agarre de Rosaria sobre mí se hace más fuerte, sus uñas se hunden en mi espalda con la fuerza suficiente como para dejar marcas que llevaré como medallas. —Salvatore —gime; la forma en que dice mi nombre es una mezcla de súplica y exigencia. No puedo contenerme más; mi propio clímax me arrolla como un tren de mercancías.

—Rosa —gruño, con la voz irreconocible incluso para mí mientras me derramo dentro de ella, su nombre rebotando en las paredes de la cocina. Ella se suelta, se estremece y se contrae alrededor de mi polla mientras sigo embistiéndola y llenándola, y mis labios encuentran de nuevo los suyos, bebiéndome sus lágrimas y sus suspiros de placer.

No sé cómo voy a lograrlo, pero de algún modo tengo que cambiar el rumbo de esta guerra que he iniciado con Emilio Costa. Porque en cuanto se entere de que hay un hijo que ha unido a nuestras familias, no se conformará con recuperar a Rosaria y volver a controlarla. Las cosas se van a poner feas muy deprisa y ahora hay algo más que territorio en juego.

A mi hijo hay que protegerlo a toda costa.

20

ROSARIA

El alba se cuela por las ventanas de la villa, tiñendo los suelos con dedos de luz que se han convertido a la vez en santuario y prisión. Me deslizo fuera de la cama donde Salvatore aún duerme, con el rostro relajado de un modo que rara vez le veo en las horas de vigilia. La confesión que pasó entre nosotros anoche se siente frágil a la luz de la mañana, un instante de vulnerabilidad que podría deshacerse en cuanto abra los ojos.

El sistema de seguridad de la villa sigue mis movimientos mediante detectores de movimiento, pero ya conozco sus puntos ciegos tras una semana de observación minuciosa. El rincón del ala este, donde los muros de piedra son más gruesos y la señal va y viene, me da la privacidad que necesito. El móvil se me hace ajeno en las manos tras días de vigilancia y llamadas monitorizadas. El número que marco pertenece a una vida que ya se siente lejana.

—¿Rosaria? —la voz de Luca crepita entre la estática, con el alivio y el pánico librando batalla en su tono—. —¿Dónde está? La junta está sumida en el caos. Dicen que ha abandonado su contrato. Sus palabras frenéticas despiertan el pavor en mi interior, cada sílaba un recordatorio de todo lo que estoy a punto de perder. —Si no regresa de inmediato, van a reemplazarla definitivamente. La

producción de *Tosca* , la temporada de primavera—todo irá para Alba.

Apoyo la espalda contra el muro de piedra frío, luchando contra las náuseas que me suben por la garganta. —¿De cuánto tiempo dispongo? —pregunto, aunque ya sé que la respuesta será imposible de aceptar—. —¿Cuánto falta para que lo hagan oficial?

—Días, quizá horas —responde Luca, su voz descomponiéndose a medida que la señal titubea—. —La junta se reúne esta tarde. La influencia de Emilio solo llega hasta cierto punto cuando hay dinero de por medio, y su ausencia les está costando a todos. La conexión chisporrotea con interferencias, pero sus siguientes palabras llegan nítidas. —Lo están llamando suicidio profesional, Rosaria. Sea cual sea el control que DeSantis tenga sobre usted, no merece la pena destruir todo por lo que ha trabajado, aunque esté pagando para que las cosas salgan adelante.

La línea se corta, dejándome sola con el peso de su advertencia. Miro el móvil entre las manos, observando cómo las barras de cobertura desaparecen por completo. El aislamiento de la villa, lo que Salvatore llama protección, se ha convertido en una barrera entre mí y la única identidad que jamás me han permitido asumir. La Rosa de Roma solo existe cuando actúa, solo cuando se planta ante el público y convierte el aliento en algo trascendente.

Vuelvo por pasillos bordeados de arte que vale más de lo que la mayoría gana en toda una vida. El lujo aquí asfixia, bello en su perfección pero vacío de cualquier vínculo con quien yo era antes de que la obsesión de Salvatore remodelara mi mundo. Mi reflejo me sorprende en las superficies pulidas a mi paso, mostrándome a una mujer a la que apenas reconozco—el pelo suelto sobre los hombros en lugar de recogido para actuar, ropa elegida por la comodidad y no para pasar escrutinio.

En el dormitorio, Salvatore duerme con un brazo estirado sobre el espacio que he dejado, como si su cuerpo buscara instintivamente el mío incluso en la inconsciencia. Su rostro está en paz, más joven sin las líneas duras que el poder y la violencia graban en sus facciones durante la vigilia. Por un momento, casi vuelvo a meterme en la cama, casi me permito creer que el amor podría bastar para

reconstruir una vida a partir de las cenizas de la que estoy perdiendo.

En lugar de eso, voy al armario y saco la única bolsa que encuentro enterrada en el fondo. Me tiemblan las manos mientras doblo las pocas pertenencias que aún son mías—ropa que huele más a este lugar que a casa, un libro en el que no he sido capaz de concentrarme, y el anillo de mi madre, que he dejado en la cómoda a buen recaudo. Todo lo demás pertenece a la vida que Salvatore ha construido a mi alrededor, hermosa y asfixiante a partes iguales.

El susurro de las telas lo despierta. Oigo el deslizar de las sábanas, el quiebro en su respiración cuando la conciencia regresa. Cuando me doy la vuelta, está incorporado en la cama, mirándome con unos ojos que han pasado de somnolientos a alerta en lo que dura un latido. Su mirada va de mi cara a la bolsa en mis manos, y la comprensión amanece con dolorosa claridad.

—Te vas —dice, con la voz plana, con esa clase de control que precede a la violencia—. —Después de todo lo que nos dijimos anoche, después de lo que admitimos el uno del otro, aun así vas a salir huyendo. Se incorpora despacio, y veo la cautela con la que se sostiene, como si un movimiento brusco pudiera hacer añicos la frágil paz que construimos en la cocina hace unas horas.

Es un hombre hermoso a pesar de las cicatrices que le surcan el pecho y los brazos. La tinta, grabada en su piel, cuenta la historia de una vida de la que no estoy segura de saber formar parte. Amo a este hombre, pero mi vida está sobre un escenario, no en guerras de territorio ni temiendo si vuelve a casa por la noche. Quiero cantar.

—Tengo que hacerlo —respondo, dejando la bolsa pero sin soltar la correa—. —He llamado a Luca. La junta se reúne hoy. Si no regreso, me sustituirán para siempre. Las palabras se me quedan cortas; no logran captar la desesperación que me araña el pecho. —Esto es lo único que me queda que sea mío, Salvatore. La única parte de mí que no has reclamado.

—Ahora perteneces a algo más que eso —dice, acercándose con la gracia depredadora que marca cada paso que da—. Perteneces a mí, a nuestro hijo, al futuro que estamos construyendo juntos. Su voz tiene el peso de la certeza absoluta, como si decir las palabras

las volviera verdad. —Tu voz es preciosa, pero no es lo único hermoso de ti.

—Es lo único que es mío —insisto, retrocediendo hacia la puerta aunque cada instinto me grite que me quede—. Todo lo demás —mi familia, mi protección, mis decisiones— siempre ha pertenecido a otra persona. Cuando canto, cuando me planto en ese escenario, no soy la sobrina de Emilio ni tu posesión. Soy yo. La confesión me desgarra la garganta, áspera por años de anhelo de autonomía reprimido.

—¿Y qué pasa cuando vuelvas al mundo de Emilio? —pregunta Salvatore, con un tono engañosamente sereno—. ¿Qué pasa cuando decida que vales más como moneda de cambio que como artista? Me tiende la mano, pero yo me aparto, manteniendo la distancia que podría salvarnos a ambos de otra escena dolorosa. —Crees que estás eligiendo la libertad, pero estás regresando a otro tipo de jaula.

—Al menos es una jaula que entiendo —replico, aunque las palabras me saben amargas—. Al menos en ese mundo conozco las reglas, sé lo que se espera de mí. Vuelvo a coger la bolsa; su peso me parece a la vez insignificante y enorme. —Aquí no sé quién se supone que debo ser. No sé si quieres a la mujer que te ama o al trofeo que valida tu poder... Quizá solo quieres al bebé. El pensamiento me hace estremecer.

—Lo quiero todo, Rosa —dice sin dudar—. Te quiero entera, no a trozos que estés dispuesta a compartir. Su honestidad atraviesa mis defensas, y me resulta más difícil mantener la distancia que necesito para marcharme. —Quédate y encontraré la manera de devolverte a ese escenario. Quédate y construiremos algo que no te obligue a elegir entre amor e identidad.

La oferta me tienta más de lo que debería, pero ya he oído promesas antes. —No puedes garantizar eso —le digo, aunque la voz me tiembla de incertidumbre—. No puedes controlar el mundo de la ópera más de lo que puede Emilio, no sin destruir justo aquello que intentas preservar. Camino hacia la puerta; cada paso me exige más esfuerzo que el anterior. —Tengo que intentar salvar lo que pueda mientras aún haya tiempo.

No intenta detenerme físicamente, aunque veo la contención que le cuesta. —Si te vas ahora, puede que no haya vuelta atrás —advierte, con la voz áspera por la emoción que se esfuerza por contener—. Emilio no te perdonará la ausencia. La usará como prueba de que no se puede confiar en ti, de que eres un lastre y no un activo.

—Entonces tendré que demostrar que se equivoca —digo, abriendo la puerta y saliendo al pasillo—. Tendré que mostrarles a todos que valgo más que la suma de mis vínculos. La valentía suena falsa incluso a mis propios oídos, pero es la única armadura que tengo contra el miedo que amenaza con paralizarme.

Recorro los pasillos de la villa por lo que podría ser la última vez, pasando ante cámaras de seguridad que han grabado cada momento de mi cautiverio y de mi protección. El personal con el que me cruzo aparta la mirada, adiestrado para ignorar los dramas personales que se desarrollan en su lugar de trabajo. En la entrada principal, Bruno está de espaldas a mí, hablando en voz baja por la radio. Su porte militar no cambia cuando me acerco, pero percibo su conciencia de mi presencia.

—Me voy —le digo, aunque no me lo haya preguntado—. No intente detenerme. Las palabras llevan más autoridad de la que siento, pero él asiente una vez y se hace a un lado para dejarme pasar. Su silencio puede ser respeto o el reconocimiento de que algunas batallas no merecen librarse. Y, de repente, me doy cuenta de que nunca he estado en una prisión.

Me detengo un momento y miro hacia la casa. Salvatore está en el umbral observando, con dolor en la expresión, pero no me persigue. Todo este tiempo, podría haber cruzado las puertas en cualquier momento. Todo este tiempo, he sido libre. Nadie me habría detenido como temía. Y aquí estoy, alejándome de ese tipo de libertad para volver a mi jaula, tal como advirtió Salvatore.

Me doy la vuelta para irme, aún doliéndome por dentro. Mis dedos trabajan con destreza sobre el teclado del móvil en cuanto salgo de su campo de visión. Ninguno de los hombres de Salvatore me sigue, al menos que yo vea, y cuando llego a una panadería tres

calles más allá de donde la casa se oculta en el barrio adinerado de Florencia, veo mi coche.

El coche que espera no es de Salvatore. Lo he gestionado a través de un contacto que me debe favores más que lealtad, alguien que entiende que la discreción a veces implica ayudar a la gente a desaparecer. El conductor no me mira cuando me deslizo en el asiento trasero, profesional en su indiferencia.

El campo pasa ante la ventanilla en una ráfaga de olivares y piedra antigua, hermoso de un modo que sabe a despedida. Apoyo la mano en el vientre, donde crece una vida nueva pese al caos que rodeó su concepción. El niño nacerá en un mundo dividido entre dos hombres poderosos que dicen amarme, ambos convencidos de saber qué es lo mejor para mi futuro. Me pregunto si heredará mi voz o la determinación de Salvatore, si encontrará la libertad o se convertirá en otro peón en juegos que nunca eligió jugar.

Roma aparece en el horizonte, su silueta familiar a la vez acogedora y amenazante. Estoy regresando a un mundo que me moldeó pero nunca me aceptó del todo, volviendo a los brazos de un hombre que me crió pero nunca me liberó. El teatro en el que he pasado mi vida adulta me espera, junto con colegas que me ven como competencia y mecenas que me contemplan como entretenimiento. Cambio una forma de cautiverio por otra, pero al menos esta jaula viene con un escenario donde puedo transformar el sufrimiento en arte.

El coche avanza entre un tráfico que se vuelve más denso a medida que nos acercamos al centro. Miro a la gente en las aceras, ocupándose de sus vidas corrientes, y envidio su libertad para elegir sus destinos. El móvil vibra con un mensaje de un número desconocido, pero no necesito mirarlo para saber que es de Salvatore. Algunas conexiones trascienden la distancia. Algunos lazos se niegan a romperse incluso cuando necesitamos desesperadamente que lo hagan.

Cuando llegamos a mi edificio, me doy cuenta de que no siento el alivio que esperaba. En su lugar hay un vacío donde debería haber certeza, la sensación de que me estoy acercando al peligro en vez

de alejándome de él. Pero el escenario me llama y, por ahora, eso tiene que bastar.

21

SALVATORE

La villa ya se siente vacía sin su presencia. La parte racional de mi mente entiende su elección: la ópera representa todo lo que ella era antes de que yo la reclamara, el último fragmento de identidad que permanece intocado por mi influencia. Pero la racionalidad nunca ha regido mi relación con Rosaria Costa.

Bruno aparece en el umbral, su porte militar más rígido de lo habitual. —Se ha ido, jefe —informa—, aunque ambos sabemos que yo ya he sacado esa conclusión. —Pasó a mi lado sin decir ni una palabra. Su tono sugiere desaprobación, aunque no queda claro si la dirige a su marcha o a mi incapacidad para impedirla.

—¿Siguió al coche? —pregunto, aunque ya sé la respuesta. La competencia de Bruno tiene límites, y esos límites han sido puestos a prueba por una mujer que se pasó la vida aprendiendo a desaparecer cuando las circunstancias lo exigían. —¿Sabemos adónde fue?

—Los he perdido en el tráfico, a unos diez minutos de aquí —admite Bruno, con la mandíbula tensa por la frustración. Se detiene, sopesando con cuidado sus siguientes palabras—. Lo ha planeado, Salvatore. Sabía exactamente cómo escabullirse de nuestra red.

La marcha de Rosaria no fue una rebeldía emocional, sino una deserción calculada. La idea de que estudiara mis medidas de

seguridad mientras compartía mi cama añade otra capa de traición a su ausencia.

Me aparto de la ventana y avanzo hacia las escaleras, y de repente los pasillos se sienten demasiado anchos y demasiado solitarios. —Póngame a Gianni al teléfono —ordeno, con una voz que no admite réplica—. Dígale que se reúna conmigo en Nápoles. Nos vamos a casa.

El trayecto hasta mi finca transcurre en silencio, Bruno conduce el coche con eficacia profesional mientras contemplo paisajes que se desdibujan tras las ventanillas blindadas. Mi teléfono vibra con mensajes de lugartenientes que informan de negocios que continúan al margen de mi crisis personal, pero los ignoro todos. Nada me parece importante salvo la certeza creciente de que Rosaria ha vuelto a adentrarse en un peligro que no puedo controlar.

Gianni me espera en el patio principal de la finca, su rostro curtido surcado por una preocupación que trasciende la lealtad profesional. Me ha visto levantar este imperio desde cero, me ha visto sortear amenazas que habrían destruido a hombres menores. Pero nunca me ha visto obsesionado con una mujer que se niega a quedarse donde puedo protegerla.

—Ha vuelto a Roma —dice, poniéndose a mi paso mientras entramos en la casa principal—. Mis fuentes confirman que ha regresado a su piso esta mañana. La junta de la ópera está reunida ahora mismo. Su tono lleva el peso de una información recabada a través de redes que abarcan tanto lo legítimo como lo criminal. —Emilio sabe que ha vuelto. Su gente ya se está moviendo.

—Entonces, nos movemos más deprisa —replico, guiándolo hacia los niveles del sótano donde tiene lugar mi verdadero negocio—. Abra la bóveda de armas. Si Emilio quiere jugar con lo que me pertenece, aprenderá por qué eso es un error.

Gianni deja de caminar, y su expresión pasa de la preocupación a la alarma. —Salvatore, piense en lo que está diciendo. Hablamos de una guerra con los Costa, de sangre en las calles que atraerá una atención que no podemos permitirnos. Su voz lleva la autoridad de décadas dedicadas a aconsejar a hombres en el poder, templando el

impulso con estrategia. —Esto no es negocio; es emoción. Y la emoción es lo que mata a la gente.

Sigo hacia la bóveda, mis manos ya alcanzando el escáner biométrico que guarda mis activos más peligrosos. —A veces, la gente tiene que morir —le digo—. A veces, el único lenguaje que entienden estos hombres es la violencia aplicada con precisión quirúrgica.

La puerta de la bóveda se abre con un leve susurro, revelando hileras de armas que representan años de adquisiciones cuidadosas. Fusiles de asalto de grado militar, explosivos capaces de arrasar manzanas enteras, pistolas que jamás han sido registradas en ninguna agencia gubernamental. Cada pieza cumple una función específica en el ecosistema de violencia que sostiene mi poder, pero hoy representan algo más personal: un seguro contra perder lo único que alguna vez ha importado más que el territorio.

—Mírelo fríamente —me suplica. Se supone que yo soy su factor de estabilidad, el que aporta lógica en medio del caos para mantenerle con los pies en el suelo. —Rosaria eligió irse. Se alejó de la protección para volver a un mundo que la usará como peón. Ir a la guerra no cambiará eso. Solo la convertirá en un objetivo.

—Ya es un objetivo —replico, escogiendo una pistola que encaja en mi mano con una comodidad familiar—. En el momento en que puso un pie en ese teatro de la ópera, en el momento en que ocupó su lugar en el escenario de Emilio, se convirtió en daño colateral de una guerra que nunca eligió librar. Reviso el arma con la memoria muscular tomando el relevo donde falla el pensamiento consciente. —Al menos así sabrá que hay alguien dispuesto a incendiar el mundo para mantenerla a salvo.

Gianni niega con la cabeza, pero no se va. La lealtad corre más hondo que el desacuerdo en nuestro mundo, y entiende que mi obsesión con Rosaria se ha vuelto indisociable de la supervivencia de todo lo que hemos construido juntos. —¿Cuál es el plan? —pregunta, aunque su tono sugiere que ya se arrepiente de la pregunta.

Antes de que pueda responder, suena mi teléfono. El identificador de llamadas muestra un número que reconozco pero

que no veía desde hace años: la línea personal de Emilio Costa, la que reserva para conversaciones que no pueden grabarse ni rastrearse. Contesto al segundo tono, con la voz firme a pesar de la rabia que me arde en el pecho.

—Salvatore. —La voz de Emilio cruza la conexión con una calma violenta—. Creo que tenemos que hablar. Está furioso, y quizá ni siquiera sepa que Rosaria ha vuelto a Roma, a su propio piso.

—Le escucho —respondo—, aunque mi mano libre sigue seleccionando armas del inventario de la bóveda. —Pero sea breve. Tengo asuntos que atender.

—En realidad, mis asuntos —dice Emilio, y su tono se vuelve más duro, más peligroso—. —Tiene algo que me pertenece. Algo en lo que he invertido tiempo y recursos considerables en su desarrollo. El lenguaje posesivo me hace apretar la mandíbula, pero guardo silencio y dejo que revele la magnitud de su arrogancia.

—¿Y bien? —pregunto, sin que mi voz delate el cálculo que recorre mi mente—. —¿Cuál es su punto, viejo?

—Mi punto es que se ha pasado de la raya —responde Emilio, y su voz baja al registro que reserva para las amenazas—. —Ha cogido algo que no le pertenece, lo ha usado para fines que no he autorizado. Ese tipo de falta de respeto exige corrección. Hace una pausa para dar énfasis, como si el silencio en la línea fuese a intimidarme. —Devuelva lo que ha cogido antes del anochecer, o habrá sangre.

Su amenaza es débil, y no me asusta ni me intimida. Oigo la satisfacción en la voz de Emilio, la confianza de un hombre que cree que su reputación ofrece disuasión suficiente contra cualquier represalia. Ha calculado mal, y no se dará cuenta hasta que las consecuencias llamen a su puerta.

—Permítame que le deje algo claro —digo, bajando la voz para igualar su tono—. —Rosaria no le pertenece. Nunca le ha pertenecido. Lo que tenía era una ilusión de control, sostenida a base de manipulación y miedo. Selecciono otra arma de la bóveda, su peso me resulta familiar en las manos. —Pero ya que quiere hablar de propiedad, déjeme explicarle cómo funcionan ahora las cosas.

—Le escucho —dice Emilio, aunque la voz se le ha helado.

—Si la toca, si se le cae aunque sea un solo cabello de la cabeza, degollaré personalmente a cada varón Costa de diez años en adelante —le digo, cada palabra pronunciada con la precisión de una negociación contractual—. —Incendiaré su territorio hasta reducirlo a cenizas, sembraré de sal la tierra donde se alzaban sus negocios y me aseguraré de que su apellido se convierta en un relato aleccionador que solo se susurra. Las palabras no son una amenaza, sino una promesa. Y cumplo mis promesas.

El silencio al otro lado de la línea se prolonga lo suficiente como para que me pregunte si se ha cortado la comunicación. Cuando por fin habla Emilio, su voz arrastra otra cualidad: el primer atisbo de incertidumbre que le he oído jamás.

—Está amenazando a niños —dice, como si la observación en sí constituyera una defensa—. —Está hablando de guerra por una mujer a la que ha tenido que llevarse para tenerla.

—Estoy hablando de proteger lo que es mío —corrijo, y corto la llamada antes de que pueda responder. La contundencia del gesto envía su propio mensaje: las negociaciones han terminado, las líneas están trazadas y las consecuencias de cruzarlas han quedado meridianamente claras.

Gianni me mira con horror no disimulado, el rostro pálido por reconocer lo que acabo de poner en marcha. —Ha declarado la guerra a los Costa —dice, con la voz poco más que un susurro—. —No disputas territoriales, no conflictos de negocios: guerra de verdad. ¿Entiende lo que eso significa?

Sigo seleccionando armas. —Significa que dejamos de fingir que esto va de territorio o de respeto o de cualquiera de las otras mentiras convenientes que nos contamos —replico, con la voz firme a pesar de la adrenalina que me corre por las venas—. —Significa que admitimos de una vez de qué ha ido siempre esto: amor, obsesión y hasta dónde puede llegar un hombre para proteger lo que no puede soportar perder.

—Esto es una temeridad —advierte Gianni, pero ya se mueve para ayudarme, su lealtad imponiéndose a su buen juicio—. —Esto es venganza personal.

—Sí —concedo, enfundando la pistola y alargando la mano hacia algo con más potencia de fuego—. —Lo es. Y va a funcionar.

22

ROSARIA

El teatro de la ópera me recibe como si nunca me hubiera ido. Los suelos de mármol relucen bajo la luz de la tarde, y voces familiares resuenan por las salas de ensayo. Recorro pasillos que me sé de memoria, paso junto a carteles donde mi cara sonreía antaño desde cada pared. Ahora solo quedan unos pocos restos dispersos—mi imagen ha sido sustituida por las fotos promocionales más recientes de Alba.

La puerta del despacho de Luca está abierta. No levanta la vista cuando entro; tiene la atención clavada en los papeles esparcidos sobre su mesa. El silencio crece hasta que por fin alza la cabeza, con una expresión neutra y fría. —Siéntese.

Ocupo la silla frente a él y espero. El reloj de la pared desgrana segundos que se hacen eternos.

—El consejo apenas ha aprobado su readmisión —dice por fin—. —Emilio tomó la decisión por ellos.

Mantengo las manos entrelazadas sobre el regazo. Me lo esperaba.

—Tendrá un papel en la producción de *Tosca* del mes que viene. Segunda soprano. Apariciones limitadas.

Segunda soprano. En una producción en la que yo debería llevar el papel principal. La afrenta escuece, pero me la trago.

—Lo entiendo.

—¿De verdad? —Su voz se afila—. —Porque no estoy seguro de que entienda ya nada. Desaparece diez días, falta a ensayos y le cuesta a esta casa credibilidad y dinero.

Le sostengo la mirada y no digo nada.

—Si vuelve a salirse del tiesto—si falta a un solo ensayo, si provoca más escándalo—, el consejo la dejará caer. Y Emilio lo permitirá.

La amenaza se instala entre nosotros. Asiento una vez.

—Bien. Los ensayos empiezan el lunes. No llegue tarde.

Me levanto y me marcho como la buena soldado que soy, adiestrada para obedecer órdenes, y ya me estoy arrepintiendo de haber dejado atrás a Salvatore. Me duele el corazón por querer lo mejor de ambos mundos, pero mis circunstancias no me lo permitirán jamás. Me veré obligada a elegir y, cuando lo haga, dolerá como el demonio.



La finca de los Costa me da la bienvenida como si mi ausencia no hubiera sido más que unas breves vacaciones. Los mismos guardias asienten en las puertas. Los mismos sirvientes siguen sus rutinas de siempre. Todo parece inalterado, pero siento el cambio en cómo me miran ahora—miradas cautelosas, susurros que se interrumpen cuando paso.

Rocco me estaba esperando en mi piso cuando he vuelto después del ensayo, y no he podido evitarlo a él ni las órdenes que le ha dado mi tío. Ahora sé que me vigilarán con más cuidado. Ya no habrá más escapadas ni desapariciones para ir a ver a Salvatore.

Emilio me espera en la sala principal, con una copa de vino en la mano y la prensa vespertina desplegada ante él. Al entrar, alza la vista. Su sonrisa es afilada y fría cuando dice: —Ahí está. Mi sobrina díscola, de vuelta al redil—. Permanezco de pie junto al umbral. —Siéntese, Rosaria. Tenemos que hablar de su futuro.

Elijo la silla más alejada de él y me siento con cuidado. Tengo las palmas sudorosas, pero no me las seco en la falda. Solo le mostraría lo aterrada que estoy ante su reacción.

—Se acabó su pequeña aventura —prosigue—. —Espero que haya aprendido algo sobre la responsabilidad. Sobre el honor. Sobre lo que ocurre cuando olvida quién es y de dónde viene—. Sus palabras llevan el peso de la desilusión, como si hubiera traído vergüenza en vez de llevar su nombre a escenarios internacionales. —Ha dañado su reputación. Ha dañado la mía. Pero podemos reconstruirlo, si recuerda cuál es su lugar.

Asiento porque lo espera, no porque esté de acuerdo con él. Una tristeza densa me cala el alma entera mientras me hundo bajo el tono de su voz. Cree que se ha acabado, que le he dado la espalda a Salvatore y, aunque dejé la residencia de los DeSantis, de verdad espero que no haya terminado. Mi corazón es un revoltijo de emociones—devoción por mi linaje, afecto por alguien a quien no puedo tener, miedo a equivocarme al elegir.

—Ni un escándalo más. Ni una desaparición más. Actuará cuando y donde yo le diga. Aparecerá en los actos que beneficien a la familia. Recordará que todo lo que es existe porque yo lo permito.

—Sí, tío.

—Bien. La cena es a las ocho. La quiero allí.

Me levanto y me dirijo hacia la puerta con el corazón pesado y los pasos más pesados aún.

—Rosaria.

Me vuelvo con las cejas arqueadas, preguntándome si será ahora cuando estalle, cuando me grite o me abofetee o me diga qué mujer tan horrible e indomable soy. Pero no lo hace.

—Bienvenida a casa —dice con una sonrisa de lo más sardónica —. Me estremezco ante lo frío que se muestra conmigo.

No bajo a cenar. No salgo de mi cuarto en lo que queda de noche. Cuando Donata llama, la ignoro. Cuando los sirvientes traen comida, los despacho. Me siento junto a la ventana y contemplo Roma extendiéndose bajo mis pies, sus luces titilando a lo lejos.

Mi móvil vibra una vez, luego otra. Mensajes que no leo. Llamadas que no contesto.

Los días siguientes se confunden entre sí. Asisto a los ensayos en el teatro de la ópera, canto mis partes limitadas y regreso a la finca. No hablo con nadie salvo cuando es imprescindible. Evito las miradas preocupadas de Eva y me salto las comidas hasta que mis vestidos empiezan a quedarme holgados.

Pero cuando abro mi armario el jueves por la mañana y encuentro mis vestidos de función restaurados—cuidadosamente planchados y colgados en hileras perfectas, como si nunca se hubieran ido—, sé que esta paz no va a durar. Tampoco mi silencio.

Los vestidos se burlan de mí desde sus perchas. Seda carmesí, terciopelo de medianoche, satén marfil: cada uno, un disfraz para el papel que esperan que interprete. La sobrina obediente. La artista agradecida. La mujer que sabe cuál es su sitio.

Cierro la puerta del armario y me doy la vuelta con solo una tristeza serena llenándome el pecho. He vuelto a esto por voluntad propia. Tengo que recordármelo. Y la razón fue que, cuando canto, me siento viva. Entonces, ¿por qué ahora siento que me estoy muriendo?

Esa noche, el sueño se niega a venir. Doy vueltas en círculos por mi habitación, de la ventana a la puerta, a la cama y vuelta. Tengo el estómago revuelto, demasiado mal como para pensar en comida, demasiado inquieta para tumbarme. Todo lo que me rodea—la finca, los vestidos, los papeles que me asignan—se siente menos como un hogar y más como una prisión. Una jaula dorada en la que se espera que cante cuando me lo ordenen.

Quiero recuperar mi carrera. La necesito. Pero la siento escapárseme elija lo que elija. Quedarme aquí y aceptar las migajas, o irme y perder todo por lo que he trabajado.

Pasada la medianoche, saco el móvil del cajón de la mesilla. Mis dedos dudan sobre la pantalla antes de encontrar el número de Salvatore y pulsar llamar.

Contesta al segundo tono.

—Rosaria.

Su voz firme atraviesa la oscuridad, familiar y reconfortante para mi corazón dolorido. Cierro los ojos y me dejo caer en el borde de la cama. —No puedo dormir.

—¿Estás bien? La pregunta casi me rompe. ¿Cuándo fue la última vez que alguien preguntó eso y de verdad quiso oír la respuesta?

—No. Le sigue un silencio, pero no se siente vacío. Se siente paciente.

—Cuéntame —susurra Salvatore—, y ojalá sus brazos pudieran rodearme ahora. Ojalá pudiera quedarme con él y, aun así, cantar en mi escenario y no perder lo que me hace ser yo.

—Me han dado un papel —digo por fin—. —Segunda soprano en *Tosca*. Tras todo lo que he hecho por esa casa, tras cada crítica, cada función agotada... me tratan como si estuviera agradecida por las sobras.

—Podrías haberte quedado aquí. Su recordatorio me escuece, aunque no reacciono. Sé que me está ofreciendo esperanza, pero no lo parece.

—Mi carrera se habría acabado.

—Te habría protegido. Su tono cambia, y me entristece que piense que soy una desagradecida.

—¿De qué? ¿De perder lo único en lo que he sido buena? ¿Lo único que siempre ha sido mío?

Otro silencio.

—Lo respeto —dice en voz baja—. Tu voz, tu talento: te pertenecen. Pero Emilio solo te hará más daño si descubre la verdad sobre el bebé.

El bebé. El secreto que llevo sola, creciendo dentro de mí mientras finjo que nada ha cambiado. Salvatore tiene razón. Si Emilio descubre que estoy embarazada, todo cambia para siempre, y probablemente no para bien. Me llevo la mano ahí mientras le pido: —Dime palabras de ánimo... Y me acurruco en la cama mientras él empieza a hablarme de la vida que podríamos tener juntos si me escapo una vez más.

Si al menos mi corazón pudiera creer en los milagros.

23

SALVATORE

El teléfono corta el silencio a las cuatro de la madrugada. Lo cojo en la oscuridad, sabiendo ya que esta llamada me sacará de la cama y me llevará a la calle. La voz al otro lado es de Marco, uno de mis lugartenientes en los muelles del sur. Grita por encima del estruendo de los disparos, sus palabras fracturadas por el caos que lo rodea.

—Jefe, están por todas partes. Hombres de los Costa, quizá doce. Vinieron por el agua, nos atacaron desde tres frentes. Estamos atrincherados detrás del almacén principal—.

La línea crepita con estática y con el repiqueteo distante de las armas automáticas. Ya estoy en movimiento, poniéndome la ropa a oscuras, mi mente calculando distancias y tiempos de respuesta. El puerto está a veinte minutos a esta hora, pero Bruno puede llegar en quince si se salta todos los semáforos en rojo entre aquí y los muelles.

—¿Cuántos de los nuestros? —pregunto, apretando el teléfono contra la oreja mientras cojo la pistolera de la mesilla—.

—Cinco en el suelo, quizá seis. A dos les han dado, pero siguen moviéndose. Gino está sangrando mucho—.

Otra ráfaga de disparos retumba por el auricular. La voz de Marco baja hasta un susurro. —Prendieron fuego al camión del sur. Ha

ardido entero—.

Corto la llamada sin decir una palabra y marco a Bruno. Contesta al primer tono, ya despierto, ya en marcha. Así sobrevivimos: durmiendo con un ojo abierto y esperando lo peor a cualquier hora.

Las calles de Nápoles se desdibujan tras las ventanillas mientras Bruno exprime el coche por las carreteras vacías de la madrugada. La ciudad duerme a nuestro alrededor, ajena a que se está derramando sangre en el puerto. Compruebo mi arma en el asiento del copiloto; el gesto familiar de montar una bala en la recámara ofrece su propio consuelo frío. La Beretta se siente sólida en mis manos, una extensión de mi voluntad.

El puerto aparece ante nosotros al tomar la última esquina. Los fogonazos rasgan la oscuridad más adelante, breves estallidos de luz que iluminan el caos. Uno de nuestros camiones arde a lo lejos, llamas naranjas lamen el cielo. A medida que nos acercamos al perímetro, el aire se llena del acre olor a pólvora y a combustible quemado.

Bruno se detiene detrás de una hilera de contenedores, con el motor aún en marcha. Yo ya estoy fuera antes de que el coche se pare del todo; mis pies golpean el asfalto mientras el sonido de los disparos crece. La noche está viva de violencia, el aire espeso de humo y con el sabor metálico de la sangre.

Me deslizo entre las sombras de los contenedores, el arma desenfundada, siguiendo el sonido de las voces y el destello de los disparos. Tres de mis hombres se agazapan tras una cobertura cerca del almacén principal, los rostros tensos de concentración. Marco me ve el primero; el alivio le cruza fugaz por los rasgos.

—Lado sur —dice, señalando hacia un grupo de contenedores donde los fogonazos siguen estroboscópicos—. Seis de ellos, quizá siete. Están usando la carga como cobertura.

Asiento y hago una seña a los demás para que me sigan. Nos movemos como una unidad, agachados, aprovechando el laberinto de contenedores a nuestro favor. Los hombres de Costa son profesionales, pero ahora pelean en mi territorio. Cada palmo de este puerto me pertenece.

El primero que veo es joven, quizá veinticinco años, la espalda pegada a un contenedor mientras recarga el fusil. Le meto dos tiros en el pecho antes de que pueda girarse. Cae sin un sonido, el arma repicando contra el hormigón.

Los demás reaccionan deprisa, girando sus armas hacia el ruido, pero nosotros ya estamos en movimiento. Bruno aparece por la izquierda; su escopeta retumba en el espacio cerrado. Otro soldado de los Costa cae, su cuerpo se desploma contra el lateral de un contenedor.

Los que quedan intentan retirarse hacia el agua, pero ahora los tenemos rodeados. Lo saben, y la desesperación se nota en sus movimientos. Uno rompe la cobertura y echa a correr hacia el borde del muelle. Lo sigo con el punto de mira y disparo una vez. Tropieza, se agarra el hombro, pero sigue moviéndose.

—Cogedlo vivo —le grito a Marco, que ya se mueve para interceptarlo—.

El resto de los hombres de Costa no dura mucho. Están superados en número y en potencia de fuego, pillados a campo abierto y sin salida. En cuestión de minutos, el puerto queda en silencio salvo por el crepitar de las llamas del camión ardiendo y el sonido lejano de sirenas que se acercan.

El soldado de los Costa que intentó escapar está en el suelo ahora, con la bota de Marco en la espalda. La sangre se filtra por su camisa donde mi bala ha dado en el blanco. Es joven, quizá más joven incluso que el primero al que he matado. Tiene la cara pálida de conmoción y dolor.

Camino hasta donde yace, el arma aún en la mano. El olor a pólvora se me pega a la ropa, mezclado con el salitre del puerto. Este chico es el hijo de alguien, el hermano de alguien. En otra vida, podría haber sido uno de los míos.

—¿Cómo se llama? —pregunto, agachándome a su lado—.

Me mira con los ojos llenos de desafío y miedo. —Váyase al infierno—.

Le presiono el cañón de la pistola contra la rodilla, el metal frío contra su piel. —Se lo voy a preguntar otra vez. ¿Cómo se llama?—

—Paolo —jadea, la palabra arrancada de su garganta—. Paolo Ferrante—.

—Bien, Paolo Ferrante, va a llevar un mensaje de mi parte—.

Aprieto el gatillo. El sonido resuena por todo el puerto, mezclándose con sus gritos mientras la bala le hace añicos la rótula. Se revuelve en el suelo, agarrándose la pierna, la cara retorcida de dolor.

—Dígale a su jefe que esto es lo que pasa cuando manda a críos a hacer el trabajo de un hombre —digo, poniéndome en pie—. Dígale que por cada camión que queme, yo quemaré tres de los suyos. Por cada hombre que mate, yo mataré a cinco de los suyos—.

Los gritos de Paolo se han apagado ya en gemidos. La sangre de su rodilla se extiende por el hormigón, oscura y húmeda bajo las luces del puerto. Me aparto de él y del charco oscuro con forma de riñón que se forma bajo su pierna.

Bruno aparece a mi lado, su escopeta aún humeando. —¿Órdenes, jefe?—

Contemplo el puerto, donde las llamas de nuestro camión ardiendo siguen danzando contra el cielo nocturno. Tres de mis hombres están muertos, sus cuerpos yacen inmóviles entre los contenedores. Otros dos están heridos, atendidos por los demás. El coste de esta guerra no deja de subir, pero echarse atrás ahora nos costaría todo.

—Rastree todo lo que se mueva hacia el norte —le digo—. —Ni mercancías ni pasajeros: nadie viaja entre aquí y Roma sin escolta. Triplique la guardia en todos los envíos.

Bruno asiente, ya llevándose la mano al móvil para hacer las llamadas. Así respondemos a la violencia: con más violencia, con una fuerza abrumadora que hace que el enemigo se lo piense dos veces antes de intentarlo de nuevo.

Vuelvo al coche, dejando el cuerpo destrozado de Paolo sobre el hormigón. Las sirenas se acercan ya, pero nos habremos ido antes de que lleguen. El puerto quedará limpio, los cuerpos retirados y las pruebas, esparcidas al viento. Al amanecer, este lugar volverá a parecer tranquilo.

Pero el mensaje ya ha sido enviado y recibido. Emilio Costa cree que puede golpear mis operaciones e irse de rositas. Se equivoca. Lo que ha pasado aquí esta noche no es nada comparado con lo que se avecina.

Marco el número de Gianni mientras Bruno pone el motor en marcha. Mi consigliere contesta de inmediato, con la voz en alerta a pesar de la hora.

—¿Los muelles? —pregunta.

—Hombres de Costa. Una docena, quizá más. Llegaron por mar; nos atacaron desde tres frentes.

—¿Bajas?

—Tres muertos, dos heridos. Los abatimos a todos salvo a uno, y no va a andar con normalidad en una buena temporada.

Gianni guarda silencio un momento, asimilando la información. —Esto lo cambia todo. Emilio ya no está jugando.

—Ni yo —respondo, viendo cómo el puerto desaparece tras nosotros mientras Bruno conduce por las calles desiertas—. —Convoque una reunión con los capitanes. Vamos a la guerra.

El sol empieza a salir sobre Nápoles mientras regresamos por la ciudad. Las calles están todavía casi vacías, pero pronto se llenarán de gente ocupándose de sus vidas normales, ajena a lo que ha ocurrido en el puerto. Lo leerán en los periódicos, si es que lo leen. Otro tiroteo entre bandas, otro recordatorio de que las viejas formas siguen mandando en esta ciudad.

Para mí, esto ya es personal. Emilio Costa ha hecho correr sangre, y la sangre exige sangre a cambio. El juego ha cambiado, y también las reglas.

24

ROSARIA

Las luces del escenario me abrasan la piel cuando alcanzo el clímax de mi aria. El Teatro dell'Opera di Roma contiene la respiración a mi alrededor, dos mil almas suspendidas en la oscuridad más allá de las candilejas. Es un papel secundario —Micaela en *Carmen*, no el papel principal que debería estar cantando —, pero aun así lo doy todo. Mi voz sube y baja con la melodía, llevando a la inmensa sala la esperanza desesperada del personaje.

Estoy a mitad de la frase final cuando un grito desgarra el silencio.

La voz de una mujer, áspera y furiosa, atraviesa la orquesta como una cuchillada. Los músicos titubean, sus instrumentos vacilan mientras la confusión se propaga por el teatro. Sigo cantando, intentando mantener la función a flote, pero mis ojos rastrean la oscuridad en busca del origen del alboroto.

Entonces la veo.

Alba Sorrenti arremete hacia el escenario desde el foso de la orquesta, el rostro contraído por la rabia. Seguridad se mueve para interceptarla, pero ya está demasiado cerca. Alza el brazo y veo el recipiente en su mano, rojo y viscoso, apuntándome directamente.

La pintura me golpea en el pecho y se extiende por la seda marfil de mi vestido. Gruesos regueros carmesí descienden por el cuerpo

del traje, formando charcos a mis pies sobre el inmaculado suelo del escenario. Por un instante creo que es sangre. La cabeza me da vueltas, esperando el dolor, esperando el cálido torrente de la vida escapándose de mi cuerpo. Pero no hay más que el frío mazazo de la humillación mientras la sustancia roja sigue goteando de mi vestuario.

—¡Zorra! —grita Alba, su voz proyectándose por el teatro, atónito —. —¡Traidora! ¿Crees que puedes robar lo que me pertenece?

Los guardias de seguridad ya la alcanzan; le cierran las manos en los brazos mientras ella forcejea. Pero su voz sigue resonando, cada palabra como una daga lanzada contra mi reputación.

—¡Es una princesa de la Mafia! ¡Una Costa! ¡No pinta nada en este escenario!

El público estalla. Dos mil personas se ponen en pie de golpe; algunos huyen hacia las salidas, otros se apiñan hacia delante para ver mejor el caos. Los flashes estallan desde los palcos donde se sientan críticos y fotógrafos, captando cada instante de mi humillación. La orquesta ha dejado de tocar por completo; los músicos me miran desde abajo con una mezcla de horror y fascinación.

Me quedo paralizada en el centro del escenario, con la pintura chorreando del vestido, la voz anulada por el shock. El teatro a mi alrededor se ha convertido en un circo, un espectáculo de escándalo y vergüenza. Años de formación, de disciplina, de perfección cuidadosamente construida—todo desmoronándose en tiempo real ante un público de desconocidos.

El telón empieza a caer, cortando misericordiosamente la visión desde el patio de butacas. Pero aún puedo oírlos ahí fuera: los gritos, el murmullo de la conversación excitada, el sonido de mi carrera desintegrándose nota a nota.

—¡Rosaria! —Eva aparece a mi lado, con el neceser de maquillaje olvidado mientras se aferra a mí—. —Dios mío, ¿estás herida?

Miro hacia el rojo que me cubre el pecho y me doy cuenta de que estoy temblando. La pintura tiene un olor químico que me quema las fosas nasales, mezclado con el sabor metálico del miedo en la boca.

Alzo las manos para tocar el estropicio de mi vestido y me quedan los dedos teñidos de carmesí.

—He pensado que era sangre —susurro, con la voz apenas audible por encima del caos al otro lado del telón.

Eva me coge del brazo y me guía hacia las bambalinas, lejos de los tramoyistas que ya se afanan en limpiar el estropicio. Los demás intérpretes nos dejan un amplio pasillo a nuestro paso, con los ojos llenos de una mezcla de compasión y alivio por no ser ellos los atrapados en este desastre.

—Vamos —dice Eva, con voz suave pero firme—. Vamos a limpiarte.

El camerino se siente como un santuario tras la locura del escenario. Eva me ayuda a quitarme el vestido arruinado, la seda, pesada de pintura y de humillación. El rojo ha calado hasta la piel, tiñéndome el pecho y los brazos con trazos de color que, bajo los despiadados fluorescentes, parecen inquietantemente vivos.

De pie ante el lavabo, en ropa interior, me froto la piel con agua y jabón. La pintura se va despacio, a regañadientes, y deja zonas en carne viva donde he frotado demasiado. Eva trabaja a mi lado, usando desmaquillante para atacar las manchas más tercas alrededor de las clavículas.

—Lo ha planeado —digo, observando cómo lo rojo se arremolina por el desagüe—. Alba sabía exactamente cuándo atacar, exactamente cómo causar el mayor daño.

Eva tiene la mandíbula apretada por la rabia. —Quería destruirte delante de todos. Las cámaras, los críticos… han conseguido exactamente lo que quería que vieran.

Mi reflejo me devuelve la mirada desde el espejo sobre el lavabo. Tengo la cara pálida, los ojos muy abiertos por el shock. Aún se me adhieren vetas rojas a la línea del cabello a pesar de nuestros esfuerzos. Parezco frágil, rota—todo aquello que llevo años negándome a ser.

Llaman a la puerta y mis pensamientos se interrumpen. Eva va a abrir y Luca Romano entra en la estancia. El rostro del director artístico es grave; su porte habitualmente pulcro ha sido sustituido por una furia apenas contenida.

—Rosaria —dice, con la voz cuidadosamente controlada—. ¿Está herida?

—No —respondo, estirando la mano para coger una toalla con la que cubrirme—. Solo humillada.

La expresión de Luca se suaviza ligeramente, pero la rabia permanece en sus ojos. —Lo que ha pasado ahí fuera... es imperdonable. Por supuesto, presentaremos cargos contra la señorita Sorrenti. No volverá a trabajar en este sector.

—Eso no deshará el daño —digo, envolviéndome la toalla sobre los hombros—. La mitad del público tenía el móvil en la mano. Esto estará por todo internet en menos de una hora.

—Y eso me lleva al motivo por el que estoy aquí —la voz de Luca vuelve a endurecerse—. El consejo se reúne mañana por la mañana. Habrá preguntas sobre sus... vínculos. Sobre si el teatro puede seguir capeando los temporales que parecen seguirla.

Las palabras me resultan más frías que la pintura que me cubría la piel. —¿Qué quiere decir?

—Digo que incluso la influencia de su tío tiene límites. Si no podemos vender entradas porque al público le asusta lo que pueda ocurrir en una función de Rosaria Costa, entonces no podemos permitirnos mantenerla en el elenco.

Eva da un paso al frente, con el rostro encendido de rabia. —Es la soprano más talentosa que tiene. Un incidente no...

—Este no es el primer incidente —la interrumpe Luca—. Las funciones canceladas, las misteriosas enfermedades, los rumores sobre Nápoles... todo suma. El consejo está perdiendo la paciencia.

Cierro los ojos, sintiendo que todo se me viene abajo. El teatro de la ópera ha sido mi santuario, el único lugar donde mi voz importaba más que mi nombre. Sin él, no soy más que otra mujer Costa, otra pieza en el tablero de hombres que creen que me poseen.

—Lo entiendo —digo en voz baja—.

La expresión de Luca vuelve a ablandarse. —Espero que esto se resuelva, Rosaria. De verdad. Tiene un talento extraordinario. Pero el talento no basta si trae consigo un precio demasiado alto.

Nos deja solas en el camerino, y me dejo caer en la silla frente al tocador. El espejo me devuelve a una desconocida: una mujer cubierta de restos de pintura, con la carrera pendiente de un hilo y un futuro incierto.

Cojo el móvil con los dedos temblorosos y marco el número de Salvatore. Suena una vez, dos, tres, antes de saltar el buzón de voz. Su voz, segura y contenida, me indica que deje un mensaje.

—Soy yo —susurro al teléfono—. Necesito... necesito hablar contigo. Por favor.

Cuelgo y me quedo mirando el aparato entre las manos. Ni siquiera él está cuando más le necesito. El hombre que dice desearme, protegerme, querer construir un futuro conmigo... en ninguna parte cuando mi mundo se desmorona.

Eva me ayuda con suavidad a ponerme la ropa de calle. La camisa se pega a las zonas húmedas de mi piel donde no hemos logrado quitar del todo la pintura. Encontraré rastros de rojo durante días, recordatorios de la humillación de esta noche incrustados en mis poros.

El teatro se va vaciando mientras nos dirigimos a la puerta de artistas. Los empleados evitan mi mirada, su incomodidad es palpable. Las noticias corren rápido en los lugares donde la reputación es moneda, y la mía acaba de devaluarse sin remedio.

Para cuando llego a la calle, ha empezado a llover. Gotas frías se mezclan con el quitapintura residual en mi piel, creando nuevos regueros rosados que me bajan por el cuello. Me ciño el abrigo y camino hacia casa, cada paso alejándome del santuario que he perdido y acercándome al castigo que me aguarde.

La finca se alza ante mí, con sus ventanas resplandeciendo cálidas en la oscuridad. Pero no hay calidez esperándome dentro. Lo noto al subir las escaleras: la tensión, la ira, la decepción que me recibirán en mi propia puerta.

El tío Emilio está sentado en mi salón cuando entro, su corpulencia llenando la butaca junto a la ventana. No alza la vista cuando entro, no se fija en la pintura que aún se me pega al pelo ni en las lágrimas que por fin me he permitido dejar caer.

—Tío... —empiezo, pero alza una mano para hacerme callar.

Cuando por fin me sostiene la mirada, veo algo ahí que me aterra más que cualquier grito del público, más que cualquier salpicadura de pintura roja sobre mi pecho. Veo la expresión de un hombre que ha llegado al final de su paciencia, que se ha quedado sin segundas oportunidades que dar.

La lluvia sigue cayendo tras los ventanales, lavando la ciudad mientras yo permanezco chorreando en mi propio salón, a la espera del juicio del único familiar que me queda.

25

SALVATORE

Bruno deja la tableta sobre mi mesa con el cuidado de quien manipula explosivos. La pantalla muestra un fotograma congelado de la función de anoche—Rosaria, con seda marfil, la boca abierta en pleno canto, ajena a lo que está a punto de destruirla.

—Está en todo internet —dice en voz baja—. En todos los sitios de noticias, en todas las redes sociales. Lo llaman el escándalo de la temporada.

Le doy a reproducir y veo desarrollarse el horror. La voz de Rosaria llena mi despacho, pura y cristalina, proyectándose por todo el teatro con la fuerza que me cautivó por primera vez. Luego llega el grito, la embestida desde el foso de la orquesta, la mancha roja que le cruza el pecho. La cámara tiembla mientras quien esté grabando intenta buscar un mejor ángulo, pero lo veo todo: el estupor en su rostro, cómo se queda paralizada en el centro del escenario, el caos que estalla a su alrededor.

La mujer que arroja la pintura grita acusaciones sobre zorras y traidoras, sobre conexiones con la Mafia, cada palabra diseñada para herir donde más duele. Los guardias de seguridad se la llevan a rastras, pero el daño se propaga por el público más rápido que la pólvora.

Lo vuelvo a ver, analizando cada fotograma, cada ángulo. Cómo las manos de Rosaria se alzan para tocar el rojo que mancha su vestido. El fogonazo de las cámaras capturando su humillación para la posteridad. El telón cayendo sobre lo que podría ser el final de su carrera.

La tableta cruza la habitación y se hace añicos contra la pared. Bruno no se inmuta, pero sus ojos siguen la trayectoria de mi rabia.

—Averígualo todo sobre la mujer que ha hecho esto —digo con una calma mortal—. Alba Sorrenti. Quiero saber dónde vive, dónde come, dónde duerme. Quiero saber quién le pagó y cuánto.

—Ya estoy en ello —responde Bruno—. Pero, jefe, la policía la ha detenido en el mismo lugar. Está bajo custodia.

—Entonces tendrá que esperar. Cojo el móvil y llamo a la ópera. La recepcionista me pasa por tres departamentos distintos antes de acabar comunicándome con la oficina de Luca Romano. Su secretaria me dice que no está disponible.

—Dígale que llama Salvatore DeSantis por el incidente de anoche.

Hay una pausa, pero cuando vuelve, suena más firme en su determinación. —Lo siento, señor, pero el señor Romano no está atendiendo llamadas en este momento.

Cuelgo y cojo la chaqueta. —Nos vamos a Roma.

El trayecto dura dos horas, cada minuto estirando mi paciencia un poco más. Bruno conduce con su precisión habitual, pero puedo notar la tensión que irradia. Sabe lo que significa esto: que estamos entrando en territorio hostil, que la gente de Emilio estará al acecho precisamente de este movimiento.

El Teatro dell'Opera di Roma se alza en el corazón de la ciudad; su fachada neoclásica oculta la corrupción que alberga. Pero hoy parece distinto. Los coches de policía se alinean en la calle, con agentes apostados en cada entrada. El circo mediático ha atraído a algo más que periodistas—los *carabinieri* tratan esto como una amenaza a la seguridad.

—Nos están esperando —observa Bruno mientras aparcamos al otro lado de la calle.

Observo la escena a través del parabrisas. Dos agentes de uniforme custodian la entrada principal, con las manos apoyadas, con aparente desgana, sobre sus armas. Un tercer hombre, de paisano, vigila desde los escalones, con los ojos barriendo la multitud con alerta profesional.

—Entonces no les vamos a defraudar.

Cruzamos la calle juntos, abriéndonos paso entre la multitud de reporteros y curiosos. Los agentes de la puerta avanzan cuando nos acercamos, su postura se endurece: pasan de estar en alerta a listos para actuar. Pero aparece Luca Romano antes de que puedan intervenir, saliendo del vestíbulo con las manos en alto en un gesto de falsa diplomacia.

—Señor DeSantis —dice, con la voz lo bastante alta para que lo oigan los periodistas cercanos—. Me temo que no es un buen momento.

—Quiero verla —respondo, manteniendo la voz a raya pese a la furia que me arde en el pecho.

—La señorita Costa no está disponible. Está... recuperándose de lo de anoche —los ojos de Luca se desvían hacia los agentes que nos flanquean—. Quizá podríamos concertar una reunión en un momento más adecuado.

—Ahora lo es.

Luca da un paso más y baja la voz hasta un susurro. —Si no se marcha de inmediato, estos agentes le sacarán. El edificio está bajo protección policial tras la brecha de seguridad de anoche. Cualquier intento de entrar por la fuerza supondrá su detención.

Detrás de Luca, distingo un rostro familiar. Rocco Costa está en las sombras del vestíbulo, su corpachón inconfundible incluso en la penumbra. El sicario de Emilio nos observa a través de las puertas de cristal, con la mano reposando dentro de la chaqueta. Bruno también lo ve, su postura cambia sutilmente mientras se prepara para lo que pueda pasar.

—Esta conversación no ha terminado —le digo a Luca, aunque miro a Rocco al decirlo.

—Eso espero —replica Luca—. Por el bien de todos.

Nos damos la vuelta y regresamos hacia la calle, pero siento las miradas siguiéndonos. Los reporteros se abalanzan, gritando preguntas sobre mi relación con Rosaria, sobre la conexión entre el ataque de anoche y la guerra de la Mafia en curso. Bruno abre hueco entre nosotros y las cámaras; su presencia basta para mantenerlos a una distancia respetuosa.

Estamos a mitad de la calle cuando Rocco sale del edificio. Se mueve con una despreocupación engañosa, con las manos vacías pero listas. Los policías de la puerta no lo detienen: saben quién es, saben bajo qué protección camina.

—Salvatore —llama, con una voz que lleva a cuestas el peso de décadas al servicio de Emilio—. Una palabra.

La mano de Bruno va hacia su chaqueta, pero niego con la cabeza. Esto es exactamente lo que quiere Emilio: un enfrentamiento público, con las cámaras grabando y la policía mirando. Un motivo para escalar esta guerra a plena luz.

—Diga lo que ha venido a decir, Rocco.

Se detiene a unos tres metros, lo bastante cerca para que se le oiga pero lo suficientemente lejos como para mantener la ilusión de un discurso civilizado. —Mi jefe le manda sus saludos. Y un consejo.

—Le escucho.

—Apártese. Aléjese de la chica y vuelva a Nápoles. Olvide cualquier idea que tenga sobre protegerla o construir un futuro juntos. Esta es su única advertencia.

La multitud a nuestro alrededor se ha quedado en silencio, percibiendo la tensión que crepita entre nosotros. Las cámaras siguen destellando, pero los reporteros han dejado de lanzar preguntas. Hasta ellos reconocen el peligro del momento.

—¿Y si no lo hago?

La sonrisa de Rocco es fría y vacía. —Entonces usted muere. Y todo el que esté con usted muere. La paciencia de Emilio tiene un límite, y ya la ha alcanzado.

Bruno da un paso al frente, con la mano ya apoyada abiertamente en su arma. —¿Es una amenaza?

—Es una promesa —responde Rocco, sin apartar los ojos de los míos—. —Váyase, Salvatore. Mientras aún pueda.

Se da la vuelta y regresa hacia el teatro de la ópera, seguro de su mensaje y de su protección. Los agentes le miran marcharse sin intervenir, con su lealtad meridianamente clara. Pero cuando llega a los escalones, Bruno alza la voz.

—Dígale a su jefe que nos pondremos en contacto.

Rocco se detiene, su enorme corpachón tensándose. Cuando vuelve a encararnos, se le ha caído la máscara de la civilidad. —¿Quieren jugar? Juguemos.

Su mano se mueve al interior de la chaqueta, y Bruno desenfunda en respuesta. Estallan gritos en la multitud mientras la gente se lanza a cubrirse detrás de los coches aparcados. Los agentes sacan sus armas, pero no tienen blancos claros: demasiados civiles, demasiado caos.

Le cojo del brazo a Bruno y lo arrastro hacia nuestro coche cuando suenan los primeros disparos. Una bala de Rocco salta en chispas del asfalto donde yo estaba un segundo antes. Bruno devuelve el fuego; sus disparos hacen añicos las ventanas del teatro de la ópera mientras Rocco se parapeta detrás de un coche patrulla.

Alcanzamos nuestro vehículo cuando empiezan a aullar las sirenas. Bruno arranca el motor mientras yo mantengo el arma apuntando a la entrada del teatro. Más disparos nos siguen cuando nos separamos del bordillo, y la luneta trasera estalla en una lluvia de cristal.

—Al norte —grito por encima del chirrido de los neumáticos y los disparos—. —Llévanos a la autopista.

Bruno toma la primera a la derecha a toda velocidad, el coche derrapando de lado antes de recuperar tracción. Detrás, los coches patrulla ya nos dan caza, sus sirenas creciendo a medida que recortan distancia. Las estrechas calles romanas juegan en nuestra contra: demasiadas esquinas, demasiadas oportunidades de emboscada.

—Ahí —señalo hacia un callejón entre dos bloques de pisos—. —Métete por ahí.

Bruno pega un volantazo a la izquierda, el coche rascando las paredes de ladrillo mientras nos colamos por la abertura. Salimos a

una calle paralela, momentáneamente libres de la persecución. Pero los oigo reagrupándose; el crepitar de la radio coordina la búsqueda.

—La circunvalación —dice Bruno, leyéndome el pensamiento—. —En cuanto estemos en la autopista, podremos desaparecer.

Llegamos al acceso justo cuando el primer coche patrulla dobla la esquina tras nosotros. Bruno pisa a fondo el acelerador, llevando el coche al límite mientras nos incorporamos al tráfico. El motor ruge en protesta, pero ahora nos estamos escapando, ganando distancia sobre quienes nos persiguen.

Veinte minutos después, salimos a una vía de servicio que conduce a un polígono industrial abandonado. Bruno apaga el motor y nos quedamos en el silencio repentino, los dos respirando con fuerza por el bajón de adrenalina.

—No te van a dejar acercarte a ella —dice por fin Bruno—. —Emilio la tiene bien atada. Y después de hoy...

—Después de hoy, está en más peligro que nunca. Miro el teléfono, esperando un mensaje de Rosaria, pero no hay nada. —Ahora Emilio la ve como un lastre. El escándalo, la atención: es exactamente lo que lleva años intentando evitar.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Miro a lo lejos, a través del solar vacío, calculando distancias y probabilidades. La guerra con Emilio siempre fue inevitable, pero esperaba librarla en mis términos, en el momento que yo eligiera. Ese lujo ya ha desaparecido.

—Tendemos una trampa —digo—. —Obligar a Emilio a dar la cara. Hacer que elija entre proteger su reputación y proteger a su sobrina.

—¿Y si elige su reputación?

Su pregunta electriza el aire y pienso en Rosaria de pie sobre ese escenario, la pintura chorreando del vestido, su mundo desmoronándose. Pienso en el miedo de su voz cuando me llamó, en que no estuve allí cuando más me necesitó.

—Entonces le enseñaré la diferencia entre reputación y realidad —respondo—. —Y aprenderá por qué lo llaman deuda de sangre.

26

ROSARIA

Un salón delantero me recibe cuando entro, y en él está sentado mi tío Emilio, su imponente corpachón devorando la butaca antigua junto a la ventana. La habitación se vuelve más pequeña con él dentro—cada mueble, cada adorno colocado con cuidado, queda empequeñecido por su presencia. No levanta la vista cuando cierro la puerta a mi espalda; no acusa el cansancio tallado en mi rostro.

Me quedo de pie junto a la entrada, con el abrigo chorreando agua de lluvia sobre la alfombra persa, y al principio no dice nada, pero leo la acusación en su cara y sé lo que implica. Fuera, la tormenta sigue desatada, pero el verdadero temporal me espera aquí, en esta habitación.

—Siéntese —dice por fin, con la voz serena y controlada.

Ocupo la silla frente a él, con las manos cruzadas en el regazo para ocultar su temblor. El maquillaje de escena me pesa en la piel, una máscara que no puedo quitarme. Restos de pintura roja se adhieren a mi clavícula, visibles sobre el escote de mi camisa—pruebas de la humillación de esta noche grabadas en mi carne.

—Se han acabado los juegos, Rosaria.

Sus palabras tienen sabor a final, cada sílaba medida y deliberada. Este no es el tío Emilio protector, el hombre que me crió

cuando murió mi padre. Este es don Emilio Costa, jefe de una de las familias más poderosas de Roma, y yo ya no soy su sobrina querida.

—Si sigue viendo a Salvatore DeSantis, se acaba esta noche.

La frase viene cargada de amenaza. No hay pregunta, no hay margen para negociar. Es la orden de un hombre habituado a la obediencia absoluta.

—Y si no... —continúa, inclinándose hacia delante en la silla— lo acabaré yo mismo.

Se me cierra la garganta, pero me obligo a sostenerle la mirada. Los ojos que antes me miraban con calidez paternal ahora solo albergan cálculo frío. Soy un problema que hay que resolver, un riesgo que eliminar.

—No necesito detalles para saber lo que está pasando —dice—. Las funciones perdidas, los viajes misteriosos, la manera en que desaparece durante horas sin explicación. ¿Cree que estoy ciego? ¿Cree que no tengo gente vigilando?

Quiero negarlo, urdir alguna mentira elaborada que me gane tiempo. Pero las palabras no salen. La verdad se sienta entre nosotros, fea e innegable.

—No tengo nada que decir —susurro.

Una sonrisa le cruza los labios, pero no hay calor en ella. —Bien. Entonces entiende la situación.

Se levanta y va hacia la ventana, dándome la espalda mientras mira la tormenta. Un relámpago recorta su perfil, proyectando sombras profundas en su rostro curtido.

—Levanté esta familia desde la nada —dice, con una voz que arrastra el peso de décadas—. Salí del barro, peleé por cada migaja de poder, por cada gramo de respeto. He matado a hombres que amenazaron lo que he construido. Hombres buenos. Hombres a los que llamé amigos.

Otro fogonazo de luz, otro trueno. La tormenta de fuera refleja la que se está gestando en esta habitación.

—No permitiré que nadie comprometa a esta familia. Ni competidores, ni rivales, ni la policía —se gira para encararme de nuevo—. Y mucho menos usted.

La amenaza no se pronuncia, pero es tan clara como el día en que nací. Soy prescindible, reemplazable. La sangre que compartimos no significa nada frente a la supervivencia de su imperio.

—Si tengo que destruir todo lo que usted ama para salvar lo que he construido, lo haré sin dudar. Mis balas no distinguen la sangre que derraman.

Mi mano vuela instintivamente al vientre, un gesto protector que espero que no note. La vida que crece dentro de mí sigue siendo mi secreto, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Cuántos días antes de que alguien hable, de que aparezca la fotografía equivocada, de que el tío Emilio conozca el alcance completo de mi traición?

—¿Nos hemos entendido?

Asiento, sin fiarme de mi voz.

—Entonces suba. Límpiese. Mañana hablaremos de los arreglos para su futuro.

Me levanto de la silla con las piernas temblorosas y camino hacia la puerta. Cada paso pesa más que el anterior, lastrado por la certeza de que esta conversación lo ha cambiado todo. Ya no estoy bajo su protección: estoy bajo su amenaza.

Las escaleras crujen bajo mis pies mientras subo al segundo piso. La puerta de mi dormitorio se cierra detrás de mí con un clic suave, y giro el pestillo con los dedos temblorosos. La madera fina de la puerta es una barrera endeble entre mí y el hombre de abajo que me mataría por preservar su legado.

Me dejo caer en la cama y presiono ambas manos contra el vientre. El gesto se vuelve automático, un recordatorio constante del secreto que llevo. El niño—el hijo de Salvatore—crece dentro de mí mientras el mundo de fuera se vuelve más peligroso por momentos.

El espejo al otro lado de la habitación refleja a una desconocida. Tengo mechones manchados de pintura, el maquillaje me corre por las mejillas y en mis ojos hay una ferocidad que nunca me había visto. Así es la desesperación, esto es lo que el miedo le hace a la cara de una persona.

Las palabras del tío Emilio resuenan en mi memoria. Sus balas no distinguen la sangre que derraman. La amenaza ya no se limita a mí,

ni a Salvatore. Abarca la vida inocente que llevo, el futuro que nunca planeé pero por el que ahora me descubro dispuesta a morir.

Me acerco a la ventana y miro la tormenta. La finca de los Costa se extiende a mis pies, rodeada de muros y verjas que antes me hacían sentir segura. Ahora se sienten como barrotes de prisión, manteniéndome atrapada mientras el peligro se cierne por todos lados.

El móvil vibra sobre la mesilla. Un mensaje de un número desconocido—

Desconocido 11:29 p. m.: El coche estará listo a medianoche. Entrada trasera. Venga sola.

La mirada se me queda clavada en el mensaje, con el pulso desbocado. La gente de Salvatore, intentando sacarme de aquí antes de que el tío Emilio cumpla su amenaza. Pero ¿cómo lo han sabido? ¿Y cómo voy a burlar la seguridad, la vigilancia que controla cada rincón de esta propiedad?

El reloj de la pared marca las once y media. Treinta minutos para decidir entre el diablo que conozco y el que no. Entre la familia que me crió y el hombre que podría destruirme. Entre la seguridad y el amor, si es que lo que Salvatore y yo tenemos puede siquiera llamarse así.

Borro el mensaje y me dirijo al armario. Me tiemblan las manos mientras saco ropa oscura, zapatos prácticos, una chaqueta que no se vea entre las sombras. Los movimientos me resultan automáticos, desvinculados del pensamiento consciente. Mi cuerpo ya ha tomado la decisión mientras mi mente sigue debatiéndose con las consecuencias.

La casa se aquieta a mi alrededor mientras me preparo para salir. En algún lugar, abajo, el tío Emilio quizá esté planeando mi muerte. En algún lugar de Nápoles, Salvatore quizá esté planeando su venganza. Y en algún punto entre ambos, yo cargo con el secreto que decidirá nuestros destinos.

Once y cuarenta y cinco. Me escurro fuera de mi habitación y me dirijo a la escalera de servicio, evitando los pasillos principales donde las cámaras de seguridad siguen cada movimiento. La salida trasera está tres plantas más abajo, a través de la cocina y pasando junto a

la lavandería. Una ruta que aprendí de niña, jugando al escondite en una casa que ahora se me antoja un mausoleo.

La cocina está vacía, pero oigo voces desde la parte delantera de la casa. Los hombres del tío Emilio, haciendo sus rondas, comprobando cerraduras y vigilando el perímetro.

La puerta de servicio se abre con un chirrido y la lluvia empapa de inmediato mi chaqueta, fría y punzante contra la piel. Veo el coche esperando en las sombras, más allá del jardín, con el motor en marcha; el vaho del tubo de escape es visible en el aire gélido.

—Señorita Costa.

Me quedo helada. La voz, tranquila y profesional, llega desde detrás de mí. Uno del equipo de seguridad del tío Emilio, probablemente haciendo su ronda. El corazón me martillea contra las costillas cuando me giro despacio.

—¿Va a alguna parte?

El guardia se recorta en el umbral, con la mano apoyada en el arma. Le reconozco—Marco, uno de los reclutas más recientes. Lo bastante joven para dudar, con experiencia suficiente para ser peligroso.

—Necesitaba aire —digo, esperando que mi voz no delate el terror que me recorre las venas—. —La tormenta... es preciosa.

Me estudia largo rato, reparando en mi ropa oscura, en mi postura nerviosa. Entorna los ojos con desconfianza, pero no desenfunda el arma.

—Su tío no querría que estuviera fuera sola. No después de esta noche.

—Solo será un momento.

—Debería acompañarla de vuelta al interior.

El coche en las sombras acelera el motor, una señal sutil. Ahora o nunca. Doy un paso hacia el jardín, hacia la libertad, hacia lo desconocido.

—Por favor —susurro—. —Solo cinco minutos.

Marco vacila. En ese instante de duda, echo a correr.

Se me resbalan los pies sobre la piedra mojada, pero no dejo de avanzar. A mi espalda, Marco pide refuerzos a gritos, su voz se extiende por los terrenos de la finca. Las luces empiezan a

encenderse en la casa, iluminando las ventanas mientras la alarma se propaga.

La puerta del coche se abre cuando me acerco, y unas manos fuertes —las de Bruno— me arrastran al interior. El vehículo da un tirón hacia delante antes de que haya llegado a sentarme del todo; los neumáticos patinan sobre la grava mojada mientras nos lanzamos hacia la puerta principal.

—Conduzca —jadeo, sacando el móvil con las manos temblorosas —. —Conduzca más rápido.

Marco el número de Salvatore en cuanto dejamos atrás los muros de la finca. El teléfono suena una, dos, tres veces. Detrás de nosotros, alcanzo a ver faros a la caza: los hombres del tío Emilio se movilizan para traer de vuelta a su prisionera fugada.

—Contesta —susurro a la tormenta—. —Por favor, contesta.

El teléfono sigue sonando mientras nos desvanecemos en la noche romana, llevándome hacia un futuro que no puedo ver, lejos de un pasado del que nunca podré escapar.

27

SALVATORE

Los números del manifiesto de carga se me emborronan mientras me recuesto en la silla, el humo del puro enroscándose hacia el techo abovedado de mi despacho de estrategia. Gianni se sienta enfrente, sus dedos gruesos tamborilean sobre la mesa de caoba, mientras Tano está junto a la ventana, con la mirada recorriendo los terrenos de abajo. Llevamos dos horas hablando de las rutas costeras, trazando cada detalle de nuestra expansión en territorio Costa.

—El supervisor del muelle no será un problema —dice Gianni, deslizando una fotografía por la mesa—. Tiene tres hijas. Entiende de motivación.

Asiento, aplastando el puro. El rostro del hombre me mira desde el papel satinado: de mediana edad, blando por los bordes, de los que se doblan bajo presión. —¿Y el capitán de puerto?

—Otra historia. De la vieja guardia. Leal a Emilio desde los setenta.

Tano se aparta de la ventana. —Podríamos hacerlo parecer un accidente. Avería del motor del barco. Pasa todo el tiempo.

El teléfono suena en mi línea privada antes de que pueda responder. El chillido corta el aire de la tarde. Solo cuatro personas tienen este número, y dos están en esta sala.

Contesto sin mirar la identificación de llamada. —Sí.

—Salvatore. Su voz me golpea de inmediato—sin aliento, desgarrada, mal—. El miedo se enhebra en cada sílaba. —Salvatore, necesito...

—Rosaria. Me inclino hacia delante, la mano apretándose alrededor del teléfono. Gianni y Tano se quedan inmóviles. —¿Qué ha pasado?

—Me ha encontrado. Emilio me ha encontrado en el piso —las palabras se precipitan—. Ha dicho que me va a matar. Ha dicho que estoy muerta para la familia.

La vista se me estrecha. La habitación se ladea un instante antes de volver a enfocar. —¿Dónde estás ahora?

—Bruno está conmigo. Vamos en el coche. Me ha sacado de allí cuando los hombres de Emilio han empezado a moverse. Ya vamos hacia ti.

El alivio me inunda, seguido de inmediato por una rabia tan pura que me hace temblar las manos. —Bien. Bruno ha hecho lo correcto.

—Salvatore, no pue...

—Ahora estás a salvo. ¿Me entiendes? Estás a salvo.

Oigo la voz de Bruno de fondo, amortiguada pero clara. —A veinte minutos, jefe.

—Te estaré esperando —le digo, y cuelgo.

Gianni me mira, expectante. —¿Órdenes?

—Despejad la casa. Los dos. Ahora.

No hacen preguntas. Gianni cierra su portátil mientras Tano se dirige hacia la puerta. En cuestión de minutos, me quedo solo en el despacho, el silencio apretándome alrededor. Me sirvo tres dedos de whisky y me lo bebo de un trago. El ardor no hace nada por calmar la tempestad que me crece en el pecho.

Emilio Costa ya está muerto. Aún no lo sabe, pero ya vive de prestado.

Camino hasta la ventana y miro hacia el camino de entrada circular. La fuente del centro atrapa la luz de la luna, el agua cascada de nivel en nivel en un bucle interminable. Mi abuelo construyó esta finca en 1923, la levantó de la nada a base de sangre y

determinación. Tres generaciones de hombres DeSantis se han plantado en esta ventana, vigilando a los enemigos a las puertas.

Esta noche, estoy atento a otra cosa muy distinta.

Los faros aparecen exactamente veintidós minutos después, cortando la oscuridad mientras la berlina blindada toma la curva. Ya estoy en movimiento, subiendo las escaleras de dos en dos, cruzando el vestíbulo de mármol a zancadas.

El coche se detiene frente a la entrada principal. Bruno baja primero, barre el perímetro con la mirada y luego abre la puerta trasera. Ella sale despacio, con paso inseguro, y me quedo helado con lo que veo.

Pintura roja le surca la parte delantera del cuello, seca en manchas color óxido sobre su piel cremosa. Más pintura se agarra a su pelo oscuro, apelmazando los mechones. Tiene la cara pálida, blanquísima contra los salpicones carmesí, y le tiemblan las manos mientras se ciñe más el abrigo.

No hablo, no pregunto. Simplemente camino hacia ella, le coloco la mano en la parte baja de la espalda y la guío hacia la casa.

Bruno asiente una vez y vuelve a desaparecer en el coche. El ruido del motor se apaga mientras se dirige a las dependencias de seguridad, dejándonos solos en el vestíbulo resonante.

La escalera de mármol se eleva ante nosotros, cada peldaño chasquea bajo nuestros pies. Ella se mueve con cuidado, una mano deslizándose por el pasamanos y la otra apretada contra el vientre. El gesto me encoge el pecho.

Mi suite ocupa toda la tercera planta. La conduzco por la sala de estar, junto a la chimenea donde las llamas danzan tras las puertas de cristal, hasta el baño principal. Todo es mármol negro y grifería dorada, con una bañera encastrada lo bastante grande para cuatro personas.

Abro los grifos y pruebo la temperatura del agua con la muñeca. El vapor empieza a elevarse en la superficie, llenando la estancia de calidez. A mi espalda, oigo el susurro de la tela cuando se quita el abrigo.

—La pintura no se va —dice en voz baja.

Me vuelvo hacia ella. Está en su combinación, con los brazos cruzados sobre el cuerpo, aún con trazas de pintura por la clavícula y la garganta. Tiene la mirada perdida, desenfocada.

—Te ayudaré. —Empiezo a desabrocharme la camisa—. Lo limpiaremos.

La bañera se llena despacio. Echo sales de baño, de las que vuelven el agua blanca y huelen a lavanda. Cuando está lista, la ayudo a bajar al calor. Se hunde en el agua con un suspiro suave y cierra los ojos.

Me quito el resto de la ropa y me deslizo detrás de ella, acomodándome contra el borde de mármol para que pueda recostarse en mi pecho. El agua templada nos lame alrededor, aliviando parte del estrés.

Cojo un paño y empiezo a trabajar la pintura de su pelo, con cuidado de no tirar ni dar tirones. El rojo se disuelve poco a poco, tiñendo de rosa el paño blanco. Ella permanece perfectamente quieta, dejándome hacer.

—No tienes que cuidar de mí —susurra.

—Sí, así es.

Paso después a su garganta, donde la pintura se ha secado en finas líneas sobre la zona del pulso. La toallita se desliza suavemente por su piel. Su respiración se calma; parte de la tensión abandona sus hombros.

—Estoy bien —dice tras un largo silencio.

—Mientes.

Se gira en mis brazos para encararme, el agua chapoteando suavemente. —¿Cómo lo sabes?

—Porque te conozco —le tomo la cara entre las manos, los pulgares deslizándose por sus pómulos—. —Y porque, cuando de verdad estás bien, no hace falta que lo digas.

Le tiembla la boca. Por un momento creo que va a llorar, pero en lugar de eso se inclina hacia delante y presiona sus labios contra los míos.

El beso empieza suave, titubeante, pero sube de intensidad en seguida. Sus manos encuentran mis hombros; los dedos se me

clavan en el músculo mientras se acerca más. Saboreo sal en sus labios—lágrimas o agua del baño, no sabría decir cuál.

Nos movemos juntos en el agua tibia; su cuerpo responde al mío con una necesidad desesperada. Cada caricia quema el recuerdo de las amenazas de su tío, cada beso borra el miedo de sus ojos.

—¿Está bien el bebé? —pregunto contra su boca.

Asiente sin apartarse. —Sí.

El alivio me inunda, seguido de inmediato por una posesividad tan feroz que me deja sin aliento. Rosaria se desliza sobre mi regazo, montándome en el agua caliente.

Sus muslos se acomodan alrededor de los míos bajo el agua, calor contra calor. La curva de sus caderas roza mis manos y las dejo ahí, sin moverme, dejándole decidir.

Sus dedos suben para enredarse en mi pelo; el aliento se le corta mientras me mira desde arriba.

—Pensé que no volvería a verte —dice con la voz ronca—. —Dijo que desaparecería como si nunca hubiera existido.

—Ahora estás aquí —respondo, arrastrando una mano por su espalda hasta que la palma me queda entre sus omóplatos—. —Y nadie toca lo que es mío.

Se le vuelve a cortar la respiración, pero esta vez no es por miedo. Se inclina y me besa más hondo, más hambrienta. Su cuerpo se frota contra el mío en el agua, y yo la bajo con fuerza cuando me noto hincharme en respuesta a su provocación.

—Te quiero —me susurra al oído, su aliento cálido enviándome escalofríos por la espalda.

—Lo sé —digo, incapaz de ocultar el matiz posesivo en mi voz. Esta mujer es mía, y haré lo que sea para mantenerla a salvo.

Sonríe contra mi cuello, sus labios rozando mi piel. —No te merezco.

—Te mereces algo mejor que yo —digo, acariciándole el vientre con la punta de los dedos—. —Pero, de todas formas, te toca aguantarme. Su risa ondula por la habitación, mezclándose con el chapoteo del agua en la bañera. Es un sonido al que podría escuchar para siempre: su risa despreocupada. Se acomoda en mi regazo, el agua desbordándose por el borde de la bañera cuando sus caderas

se mecen contra las mías. La risa se apaga, sustituida por un gemido suave al sentir lo duro que estoy bajo ella.

—Soy tuya, Salvatore —susurra, los ojos oscurecidos por el deseo y por algo más: confianza—. —Y no quiero volver a dejarte.

Sus palabras alimentan el fuego en mi interior, atizando las llamas de mi necesidad de ella. La beso de nuevo, más fuerte esta vez, reclamando sus labios como míos. Mis manos recorren su cuerpo, memorizando cada curva, cada hueco y cada relieve. Ahora es mía, y no la dejaré ir sin pelear.

La alzo un poco, lo justo para colocarme en su entrada. Se le corta el aliento cuando la punta de mi polla se desliza contra ella, provocando el lugar donde ya está húmeda y lista.

—Ahora —susurra—. —Quiero sentir cómo me desgarra.

Empujo dentro de ella despacio, centímetro a centímetro, viendo cómo se le abre la boca mientras la lleno. Sus dedos me aferran los hombros; las uñas se me clavan mientras me toma entero. El agua se mueve a nuestro alrededor, calor fundiéndose con calor.

Sus paredes internas me aprietan y me hace falta toda la contención que tengo para no embestirla una y otra vez. En lugar de eso, la beso—besos profundos, posesivos, que nos dejan sin aliento a los dos. Poco a poco empiezo a moverme, casi saliendo del todo antes de volver a deslizarme dentro, marcando un ritmo pausado.

Gime contra mi boca, girando las caderas para encontrar cada embestida. —Más fuerte —suplica—. —Deja de ser suave y fóllame de una vez.

Le agarro el culo con ambas manos y la bajo de golpe sobre mi polla. El sonido de su coño empapado chocando contra mi piel resuena en el mármol.

—¿Quieres que te use? —gruño, embistiéndola desde abajo, ahora más duro—. —¿Quieres que te abra y te llene hasta que no puedas ni respirar?

—Sí, joder, sí. Echa la cabeza hacia atrás mientras la golpeo, el agua salpicando con cada chasquido de mis caderas. —Dios, Salvatore, no pares.

Gruño en respuesta, hundiéndome aún más fuerte en su interior apretado. Sus uñas me arañan los hombros, pero lo único en lo que

puedo pensar es en reclamarla, marcarla como mía.

—Tócate —ordeno, con la voz áspera—. —Frótate el clítoris mientras te follo.

Obedece al instante; una mano se desliza entre nosotros, los dedos trabajando a toda prisa. Su coño se me aprieta alrededor, estrujándome con cada embestida brutal.

—Salvatore, me voy a correr.

—Hazlo —gruño—. —Córrete por toda mi polla. Déjame sentirlo.

Se hace pedazos en mis brazos, las piernas temblándole, la boca abierta en un grito mudo mientras el orgasmo la atraviesa. Sigo follándola a través de él, implacable, persiguiendo el mío.

Un éxtasis abrasador crece en mi centro, enroscándose más y más con cada embestida poderosa. Mi orgasmo es una explosión incandescente que me desgarra mientras me hundo bien hondo en ella, reclamándola como mía. La hundo tan hondo que se sacude hacia delante, y yo me derramo dentro con un gruñido, llenándola, adueñándome de cada centímetro. Su nombre en mis labios es el único sonido de mi universo mientras ella convulsiona alrededor de mí, su coño ordeñando mi polla con la fuerza de su clímax.

Se derrumba contra mí, jadeante, el cuerpo temblándole mientras la sujeto con fuerza en el agua que se va enfriando. El corazón me golpea contra las costillas. Su mejilla se pega a la mía, piel resbaladiza, aliento cálido.

—Te siento por todas partes —susurra.

—Para eso estás hecha —murmuro, los labios rozándole la mandíbula.

Nos quedamos así, enredados y exhaustos, el agua acariciándonos los hombros.

—Ahora eres mía —digo, en voz baja—. —Nadie te toca. Nadie, joder, te vuelve a arrancar de mí.

Levanta la cabeza y me mira de frente. Sigue con las pupilas dilatadas, la respiración irregular, pero la voz le sale firme. —Entonces asegúrate de que nadie lo intente jamás.

Le recorro la columna con la mano, anclándola a mí.

—No lo harán. Me encargaré yo mismo.

No sonríe. Solo exhala y apoya la frente en la mía, como si esa promesa asentara algo dentro de ella. Como si, por primera vez esta noche, por fin pudiera respirar.

Cuando el agua empieza a enfriarse, la saco de la bañera y la envuelvo en toallas gruesas, secando cada centímetro de su piel con esmero. Tiembla a pesar del calor del fuego crepitante; el cansancio por fin la alcanza.

La llevo hasta la cama y se acurruca contra mi pecho, con la cabeza metida bajo mi barbilla. Su respiración se acompasa, pero sé que no está dormida, ni siquiera cuando apago las luces y la única iluminación proviene de la chimenea.

—Nunca volverá a tocarte —digo en la oscuridad.

Permanece callada tanto tiempo que creo que quizá no vaya a contestar. Luego la oigo susurrar, muy bajito: —Prométemelo.

—Te lo prometo. Mis brazos se ciñen con más fuerza a su alrededor. —Por mi vida, por mi nombre, por todo lo que soy, no volverá a ponerte una mano encima.

Esta vez, cuando dice que me cree, oigo la verdad en su voz.

28

ROSARIA

No quiero salir de esta cama. Las sábanas están enredadas alrededor de mis piernas, templadas por nuestros cuerpos, y la mano de Salvatore descansa sobre mi vientre con una posesividad que debería asustarme, pero no lo hace. Su respiración es regular contra mi hombro, cada exhalación rozando mi piel desnuda.

Por primera vez en meses, me siento en suspensión. Protegida. El peso de su brazo me ancla a este instante, a esta sensación de seguridad que jamás he experimentado. Ni con Emilio vigilando cada uno de mis movimientos, ni con la junta de la ópera controlando mi carrera, ni con el escrutinio constante que ha definido toda mi vida.

Aquí, en esta cama, no soy La Rosa de Roma. No soy una Costa. No soy una pieza en el tablero de nadie. Soy simplemente Rosaria, envuelta en algodón egipcio y el silencio de la mañana con un hombre que me mira como si le perteneciera, solo a él.

El golpe en la puerta lo destruye todo.

Tres toques secos contra la madera, seguidos del giro del pomo. Me incorporo de inmediato, sujetándome la sábana contra el pecho mientras la puerta se abre. Salvatore ya está en movimiento, el cuerpo tenso y alerta mientras se desliza fuera de la cama y coge la camisa del suelo.

Gianni entra en la habitación sin esperar permiso. Sus ojos encuentran a Salvatore y se quedan ahí, sin mirarme ni una sola vez. Hay una cortesía en su ceguera que agradezco, pero no impide que el calor me suba a las mejillas cuando miro la espalda desnuda de Salvatore y me cubro el pecho con la sábana.

—Tenemos un problema —dice Gianni, con voz plana y profesional.

Salvatore se pone la camisa por la cabeza, la tela asentándose sobre sus hombros mientras avanza hacia la puerta. Está descalzo, el pelo revuelto por el sueño, pero ahora no hay nada vulnerable en él. El hombre que me ha sostenido con tanta suavidad hace unos minutos ha desaparecido, sustituido por el jefe que inspira a partes iguales miedo y respeto.

—¿Qué clase de problema? —pregunta Salvatore.

A Gianni se le tensa la mandíbula. —Emilio sabe lo del bebé.

El calor se me escapa del cuerpo, dejándome fría y hueca. La mano se me va instintivamente al vientre, los dedos extendiéndose sobre la curva apenas insinuada que se ha convertido en el centro de mi mundo.

—¿Cómo? —la voz de Salvatore suena mortalmente queda.

—La doncella... —Los ojos de Gianni se alzan para encontrarse con los míos—. Encontró el test en la papelera.

Se me cae el alma a los pies al darme cuenta de que han hurgado entre mis cosas desde que he vuelto a salir huyendo.

—¿Qué más sabe? —Salvatore se acerca a Gianni; su voz baja hasta un susurro que, de algún modo, lo hace aún más amenazador.

—Todo. Las fechas, la cronología. Está encajando las piezas.

Se me cierra la garganta. La habitación se inclina a un lado y aprieto la sábana con más fuerza, usándola como ancla para no desmoronarme. Emilio lo sabe. Sabe lo del bebé, lo que significa que sabe lo de Salvatore y yo. Sabe que su control sobre mí ha resbalado, que he traicionado todo lo que me enseñó sobre la lealtad y la familia.

—¿Qué hacemos ahora? —las palabras me salen apenas audibles en el pesado silencio.

Salvatore se vuelve hacia mí, sus ojos verdes se enternecen por un instante. —Deja que yo me ocupe.

—Salvatore...

—No. —Se acerca a la cama, se sienta en el borde y me coge la cara. Sus dedos me acunan la mejilla, el pulgar acariciándome la piel con una delicadeza infinita—. No te preocupes por esto. No lo pienses. Ocúpate de ti y del bebé, y yo me ocuparé de todo lo demás.

Se inclina y me presiona los labios en la frente, un beso que sabe a promesa y despedida a la vez. Luego se pone en pie y se dirige a la puerta, donde Gianni espera.

—Cierren la puerta al salir —llamo tras ellos.

Gianni asiente una vez y cierra la puerta al salir. El clic del pestillo resuena en el súbito silencio, y me quedo sola con mis pensamientos y con la certeza de que mi tío ya conoce mi mayor secreto.

Permanezco sentada en la cama varios minutos, mirando la puerta cerrada e intentando asimilar lo que ha pasado. Mi vida se ha convertido en una partida de ajedrez en la que soy a la vez jugadora y pieza, movida por hombres que creen saber qué es lo mejor para mí. Pero este bebé—esta vida diminuta que crece dentro de mí—es mío. Es lo único que me pertenece, solo a mí.

Por fin me obligo a ponerme en pie. Las piernas me tiemblan mientras voy al cuarto de baño, los pies descalzos en silencio sobre el frío mármol. La estancia aún está templada por el baño de anoche, todavía huele levemente a lavanda y vapor.

Abro el grifo y cojo el cepillo de dientes, pensando que tengo que mantener cierta apariencia de normalidad. Pero en cuanto aprieto la pasta sobre las cerdas, el estómago me da un vuelco brutal.

Dejo caer el cepillo y me desplomo de rodillas frente al inodoro, vomitando hasta que no queda más que bilis y lágrimas. Las náuseas matutinas han ido a peor: más frecuentes, más intensas. Pero esto se siente distinto. Es como si mi cuerpo intentara purgarse del miedo.

Me siento sobre los talones, me limpio la boca con el dorso de la mano, y entonces las lágrimas ya sí que brotan. Me arden en las

mejillas sin descanso, arrastrando consigo meses de emoción reprimida y de terror.

Pienso en mi vida antes de todo esto. La rutina cuidadosa de ensayos y funciones, las interacciones controladas con críticos y mecenas, las tardes tranquilas en mi piso con nada más que música de piano y café solo. Era solitario, pero predecible. Era seguro.

Ojalá hubiera podido ser de otra manera. Ojalá hubiera conocido a Salvatore en otras circunstancias, en un mundo distinto en el que mi apellido no cargara con el peso de la sangre y la violencia. Ojalá hubiera podido elegirlo con libertad, sin coacción ni manipulación ni la amenaza constante de que nos descubrieran.

Pero, por mucho que desee un pasado distinto, no soy capaz de arrepentirme de lo que ha sucedido. El bebé que crece dentro de mí no es un error ni una consecuencia. Es un milagro, un pedazo de esperanza en un mundo que me ha ofrecido muy poca.

Y Salvatore... a pesar de todo, a pesar de cómo empezó esto, tampoco me arrepiento de él. Me ve de una forma en que nadie más lo ha hecho; me mira como si fuera algo más que una voz bonita o una herramienta útil. Me hace sentir viva de maneras que no sabía que fueran posibles.

El problema es que nunca he tenido la oportunidad de ser yo misma antes de esto. Emilio ha controlado cada aspecto de mi vida desde que era una niña, moldeándome hasta convertirme en la imagen pública perfecta de su imperio criminal. No tengo ni idea de quién soy de verdad bajo el barniz y la puesta en escena.

Me incorporo despacio, con las piernas aún temblando, y me echo agua fría en la cara. El reflejo del espejo me devuelve la mirada con los ojos enrojecidos y la piel pálida, pero también hay algo más. Algo que antes no estaba.

Determinación.

No quiero que se enfrenten. No quiero que este bebé nazca en un mundo de violencia y represalias. Pero tampoco voy a permitir que nadie —ni Emilio, ni la junta directiva de la ópera, ni siquiera Salvatore— tome decisiones sobre mi vida sin contar conmigo.

Se acabó que me muevan como a una pieza de ajedrez. Se acabó que me protejan, que me controlen y que me dirijan.

Es hora de tomar las riendas de mi propia partida.

29

SALVATORE

Sigo a Gianni escaleras abajo cuando entra la llamada—tres tonos cortos. Contesto antes del cuarto.

La voz de Tano crepita por el altavoz, tensa con un pánico contenido. —Jefe, tenemos una situación en Ostia.

Ya estoy en movimiento, poniéndome los zapatos mientras habla. La camisa se me engancha en la funda de hombro. —¿Cómo de grave?

—Tres muertos. Dos camiones ardiendo. Bruno está atrapado cerca de la orilla.

La línea se corta. Cojo la chaqueta y la pistola, bajo las escaleras de tres en tres. El Maserati me espera en la entrada, motor en marcha, y hundo el acelerador mientras atravesamos los portones y salimos a la carretera costera. Gianni se agarra al asidero del techo como si le fuera la vida en ello.

Veinte minutos después, veo el humo.

Columnas negras se alzan de los restos, visibles desde media milla. Han atacado al convoy en el lugar perfecto—un tramo estrecho de carretera, con acantilados a un lado y una playa rocosa al otro. Sin testigos, sin rutas de escape. Posicionamiento de emboscada clásico.

Cuento dos camiones ardiendo y un sedán volcado. Hay cuerpos esparcidos por el asfalto, algunos con nuestros colores, otros de negro Costa. El olor a gasolina y pólvora lo impregna todo.

Bruno se agazapa tras el sedán volcado, el fusil automático apuntando a un grupo de rocas junto al agua. Los fogonazos parpadean desde detrás de las piedras. Los cabrones siguen peleando.

Salgo rodando del coche antes de que se detenga. La grava me muerde a través del pantalón del traje cuando la rodilla da contra el suelo. —¿Cuántos? —grito por encima del tiroteo.

Bruno no aparta la vista de la orilla. —Cuatro, quizá cinco. Nos dieron duro y rápido, luego se quedaron atrapados en su propio fuego cruzado.

Una bala silba junto a mi cabeza y arranca astillas de hormigón del malecón. Me agacho y abro hacia afuera, usando los camiones en llamas como cobertura. El calor es intenso; me chamusca las cejas mientras avanzo.

Uno de los soldados de los Costa rompe la cobertura y echa a correr hacia una lancha rápida varada en la playa. Lo sigo con la pistola, adelantando el tiro. La bala le da en pleno pecho. Tropieza, los brazos en aspas, y cae de bruces en la arena.

Bruno avanza hacia las rocas, descargando fuego de cobertura. Las vainas de latón describen arcos en el aire y repiquetean contra el asfalto. Yo flanqueo por el lado opuesto, con las botas crujiendo sobre conchas rotas y algas. Otros dos soldados se encogen tras un peñasco, forcejeando torpes para recargar sus armas.

El primero me ve llegar. Gira el fusil, pero le tiemblan las manos por la adrenalina. Demasiado lento. Mi disparo le entra en la garganta. La sangre salpica la piedra gris.

El segundo intenta huir. Resbala sobre las rocas mojadas mientras se afana hacia el agua. Bruno lo abate con un solo disparo por la espalda. El cuerpo rueda hasta la rompiente.

La playa queda en silencio. Las olas lamen la costa pedregosa, borrando vetas carmesí. Camino entre los cuerpos, revisando las caras—todos hombres de los Costa. Es la cuadrilla habitual de Emilio.

Uno de ellos aún respira. Herida en el pecho, espuma rosada en los labios. No durará mucho, pero lo suficiente para hablar.

Me arrodillo a su lado en la arena. —¿Quién dio la orden?

Sus ojos se enfocan en mi cara con un esfuerzo descomunal. La sangre le corre por la comisura de la boca. —Vete al infierno.

Le apoyo el cañón de la pistola en la frente. El metal aún está caliente por los tiros. —Yo vivo en el infierno, hijo. ¿Quién te envió?

—Emilio —la palabra sale en un susurro húmedo—. Dijo que enviáramos un mensaje.

Amartillo. —Mensaje recibido.

El disparo resuena sobre el agua. Las gaviotas se dispersan de sus perchas en los pilotes del muelle, chillando su indignación por la perturbación.

Bruno aparece a mi hombro, el fusil colgando flojo en las manos. —Está todo limpio, Sal. Están todos abatidos.

Recorro con la mirada la carnicería. Tres de mis hombres muertos, cinco camiones destruidos, la carga esparcida por la carretera. La pérdida económica es asumible. La afrenta, no.

—Trabajo chapucero —digo mientras enfundo el arma—. Emilio se está desesperando.

Un Mercedes blindado se detiene detrás de los restos, los neumáticos crujiendo sobre los cristales rotos. Gianni baja, escoltado por dos soldados. Contempla la escena con desapego profesional, calculando ya el operativo de limpieza.

—El equipo de limpieza está a cinco minutos —informa—. La policía local se ha retrasado.

Me limpio la sangre de las manos con un pañuelo. —Bien. Meta los cuerpos en los camiones antes de que lleguen.

Nos replegamos al Mercedes. El interior está insonorizado, climatizado y blindado. Una oficina móvil para hacer negocios en territorio hostil.

Gianni despliega un mapa sobre la mesa abatible y alisa los pliegues con dedos cuidadosos. Chinchetas rojas señalan los activos de los Costa por toda Roma. Estudio el despliegue, calculando ángulos de ataque.

—Tres objetivos —decido, dando un toque al papel—. Esta noche, a por los tres.

Gianni asiente y saca un bolígrafo. El capuchón dorado reluce a la luz del techo. —¿Cuáles?

Mi dedo encuentra la primera ubicación. —El casino de Trastevere. Esa es su operación principal de blanqueo; mueve diez millones al mes.

—¿Seguridad? —Gianni hace una anotación en el margen—. Confían en pasar desapercibidos.

Da otro golpecito con el bolígrafo y digo: —Depósito logístico junto al muro del Vaticano. Por allí pasan todos sus envíos de armas.

Gianni frunce el ceño ante el mapa. —Es un objetivo más difícil. La Guardia Suiza patrulla cerca.

Me recuesto en el asiento de cuero. —Entonces vamos rápido y a lo grande. Nada de sutilezas.

El tercer objetivo hace sonreír a Gianni, una mueca fría que no le llega a los ojos. —La carnicería.

—Es su arsenal subterráneo. Creen que nadie lo conoce. Cierro la mano en un puño. —Se equivocan.

—Me llevo un equipo completo. Cargas huecas para la cámara acorazada, termita para las armas.

El Mercedes se bambolea ligeramente al incorporarnos a la autopista. —Quiero que me traigan a Emilio con vida. Ni a sus lugartenientes ni a sus conductores. A él.

El bolígrafo de Gianni deja de moverse. —¿Y la chica?

Rosaria es la carta imprevisible, el factor que lo cambia todo. Emilio la usará contra mí si puede. O intentará matarla si no puede.

—Ella se queda en la finca. Triplique la guardia.

Gianni dobla el mapa con precisión militar. —¿Plazo?

—A medianoche. Que ataquen los tres a la vez. Máximo caos, tiempo de respuesta mínimo.

Mete el mapa en el bolsillo de la chaqueta. —¿Y después?

Observo cómo el perfil de Roma aparece tras el cristal antibalas. —Después, lo acabamos.

La vuelta a Nápoles transcurre en un silencio tenso. Miro desfilar el campo, pensando en jugadas de ajedrez y deudas de sangre.

Emilio empezó esta guerra en el momento en que le arrojó pintura a una mujer embarazada. Ahora va a ver cómo se termina.

La finca aparece tras una curva de la carretera, extendiéndose ladera abajo bajo el sol de la tarde. Hogar. Santuario. El lugar donde ella me espera.

La encuentro en el dormitorio, acurrucada bajo sábanas de seda. El sueño le ha suavizado las facciones, ha borrado las líneas de preocupación que han aparecido en las últimas semanas. Parece más joven, más vulnerable. Se adivina la leve curva de su vientre bajo la tela.

Me quedo mucho rato en el umbral, mirándola respirar. Dormida, es enteramente suya. Nada de poses, ni máscaras, ni compostura calculada. El vaivén de su pecho es hipnótico, sereno.

Me vibra el móvil contra las costillas con un mensaje de Gianni informando de que los equipos están reunidos, a la espera de órdenes.

Respondo con los dedos firmes.

Salvatore 7:18 a. m.: Ejecutad a medianoche.

Se agita levemente y murmura sin palabras en sueños. Su mano se desplaza hasta posarse en el vientre, protegiendo la vida que crece ahí incluso en la inconsciencia. El gesto me oprime el pecho con una emoción desconocida.

Esto acaba esta noche. De un modo u otro, esta guerra termina antes de que nazca nuestro hijo. Emilio cree que puede amenazar lo que es mío e irse de rositas. Está a punto de aprender el precio de ese error de cálculo.

Cierro la puerta con suavidad y bajo a preparar la batalla.

30

ROSARIA

Necesito cantar. La desesperación me arde en el pecho, me consume. He estado fuera del teatro de la ópera una semana y ya siento que me desvanecen. La mujer que conquistaba escenarios por toda Europa se está apagando, sustituida por alguien a quien no reconozco: alguien definida por completo por los hombres que dicen protegerla.

—Tengo que volver —le digo a Salvatore durante el desayuno; lee unos informes y el café se le enfría a su lado—. —Una última vez.

Sus ojos verdes se alzan de los papeles. —De ninguna manera.

—Necesito recordarme a mí misma quién soy.

Deja los documentos y me estudia la cara con esa concentración intensa que acelera mi pulso. —Sabes quién eres.

—¿Ah, sí? Porque ahora mismo me siento invisible.

Pasa un largo momento. Su mandíbula trabaja en silencio, sopesando riesgos que yo no sé calcular. Por fin, asiente una vez. —Bruno va contigo con dos guardias más. Puedes cantar durante una hora y luego vuelves.

El alivio me inunda. —Gracias.

—No me des las gracias todavía, Rosa… —se le oscurecen los ojos y niega con la cabeza—. Sabes que lo único que quiero es protegerte.

Estoy demasiado eufórica para reparar en la tensión que se le dibuja en la frente. Me levanto, le beso la frente y le susurro al oído —Gracias— otra vez, y salgo disparada a vestirme.

El trayecto a Roma lleva cuarenta minutos. Bruno se sienta en el asiento del copiloto, con los ojos escaneando constantemente los retrovisores. Otros dos hombres nos siguen en un coche aparte, lo bastante cerca para intervenir, pero lo bastante lejos para no llamar la atención.

El Teatro dell'Opera di Roma está vacío bajo el sol de media mañana. La mayoría del elenco y del equipo no llegará hasta el ensayo de la tarde. Perfecto para lo que necesito.

Luca me recibe en la puerta del escenario, el rostro curtido surcado de preocupación. —¡¿Dónde demonios ha estado, Rosaria?!

Tras él, Donata emerge de las sombras. Mi preparadora vocal parece mayor que la última vez que la vi, el pelo plateado recogido en un moño tirante. Tiene los ojos enrojecidos de agotamiento.

—La junta ha estado haciendo preguntas —dice—: sobre sus ausencias. Sobre los rumores.

Los aparto a ambos y avanzo hacia el escenario. —Que pregunten. Esta es mi catedral, mi santuario. El único lugar donde de verdad me he sentido viva.

Camino hasta el centro del escenario y cierro los ojos. El silencio familiar me oprime los tímpanos. Luego abro la boca y dejo que mi voz llene el vacío, y aun sin acompañamiento suena celestial.

El aria fluye de mi garganta sin pensamiento consciente: *O Mio Babbino Caro*, de Puccini. Las notas se elevan hacia el techo pintado, puras y cristalinas. Por primera vez en días, recuerdo lo que es sentirse poderosa. Imponerme por la belleza y no por el miedo.

La melodía crece a mi alrededor, rebotando en columnas de mármol y cortinas de terciopelo. Mi voz asciende más alto, más fuerte, hasta que parece hacer temblar los cimientos mismos del edificio. Esto es quien soy. Esto es lo que nunca podrán arrebatarme.

A mi espalda, Donata empieza el acompañamiento al piano. Sus dedos encuentran las teclas por pura memoria muscular, sosteniendo

mi voz con armonías ricas. Luca observa entre bastidores, con lágrimas corriéndole por las mejillas.

La nota final se mantiene ocho segundos perfectos antes de desvanecerse en el silencio.

Entonces el hechizo se rompe.

Unos pasos pesados resuenan desde el vestíbulo, acompañados de voces alzadas. El presidente de la junta, el Maestro Ricci, avanza por el pasillo central con dos miembros del consejo flanqueándolo. Tiene el rostro congestionado de pánico y rabia.

—¿Qué demonios hace aquí? —grita.

Luca da un paso al frente. —Maestro, por favor—.

—Sacadla. Ahora. Ricci sube los peldaños hasta el escenario, señalándome con un dedo acusador. —La junta ha recibido amenazas. Amenazas de muerte. Todo por culpa de ella y del lío que ha creado.

Se me hiela la sangre. —¿Qué amenazas?

—No se haga la inocente —su voz se quiebra con histeria—. Emilio Costa la culpa a usted de los ataques. Anoche se han quemado tres de sus negocios hasta los cimientos. Dice que es culpa suya por prostituirse con sus enemigos.

Retrocedo tambaleándome, con una mano apretada contra el vientre. —Eso…—

—Queda usted suspendida oficialmente de todas las producciones, con efecto inmediato. Ricci saca del bolsillo de la americana un papel doblado. —Por orden del consejo de administración, su contrato queda rescindido.

El documento cae planeando al suelo entre nosotros. El trabajo de toda mi vida, reducido a texto legal en papel caro.

Las manos de Donata se quedan inmóviles sobre las teclas. Luca emite un sonido ahogado de protesta. Pero yo no puedo hablar, no puedo respirar, no puedo pensar más allá del peso aplastante de la pérdida.

Bruno aparece a mi lado, su presencia sólida y tranquilizadora. —Es hora de irnos, señorita.

Me dejo guiar por él fuera del escenario, lejos de las ruinas de mi carrera. La puerta de salida se cierra tras nosotros con un clic final,

condenatorio, y lo único que puedo hacer es tambalearme a su lado. Me siento entumecida mientras me hace subir al coche, mientras se sienta al volante y mientras el coche sale a la carretera. Miro por la ventanilla las carreteras que me sé de memoria, casas, granjas, prados… Nada me parece ya hogar. Ningún sitio parece seguro.

Todo por lo que he trabajado desde niña se ha desvanecido. La Rosa de Roma ha muerto.

Cuando regresamos a la finca de Salvatore, voy directa al cuarto de baño y echo el pestillo. La baldosa está fría contra mis pies descalzos mientras me dejo caer al suelo, con la espalda pegada a la bañera. Las lágrimas llegan en oleadas violentas, arrancadas de mi pecho con cada aliento entrecortado.

El corazón me late tan fuerte que lo noto en la garganta, en las yemas de los dedos, detrás de los ojos. El bebé aletea dentro de mí, respondiendo a mi angustia con pequeños movimientos que me hacen llorar aún más.

No sé cuánto tiempo me quedo allí sentada. El tiempo se vuelve extraño cuando tu mundo se derrumba. Al cabo, oigo pasos en el dormitorio, seguidos de unos golpecitos suaves en la puerta del baño.

—Rosaria —la voz de Salvatore es suave, cuidadosa—. —Déjame entrar.

No consigo articular palabras, apenas puedo tomar aire entre sollozos.

La puerta se abre igualmente. Habrá forzado el pestillo o lo habrá reventado. Se arrodilla a mi lado sobre las baldosas frías y me atrae a sus brazos sin preguntar qué me pasa. Ya lo sabe.

Su abrazo es cálido, sólido, me ancla a la tierra cuando siento que estoy a punto de salir flotando. Aprieto la cara contra su pecho e inspiro su olor.

—Lo siento —murmura contra mi pelo—. —Joder, cuánto lo siento.

Echo la cabeza hacia atrás para mirarlo. Sus ojos verdes están oscuros de furia y de arrepentimiento —quizá— o de culpa.

—No es culpa tuya —susurro.

—Sí, lo es.

Me toma la cara entre las manos, los pulgares apartando las lágrimas. Luego me besa con una intensidad desesperada, como si pudiera verter todas sus disculpas en ese contacto. Yo le correspondo con la misma fiereza, vertiendo todo mi dolor y mi rabia en el vínculo que nos une.

Nos movemos juntos con una necesidad frenética, la ropa desapareciendo pieza a pieza sobre el suelo del baño. Sus manos adoran cada centímetro de mi piel, repasando los cambios que el embarazo ha traído a mi cuerpo. Me pierdo en las sensaciones, en el calor de su boca y en la fuerza de sus brazos, que me aprietan contra su pecho mientras me deslizo sobre su regazo, aún sollozando. Cuando me aparto para recuperar el aliento, un golpe seco en la puerta del dormitorio hace añicos la calma.

—Jefe —la voz de Gianni suena urgente—. —Tengo el paquete.

Salvatore se queda rígido debajo de mí. Se incorpora de golpe, con cuidado de no sacudirme con movimientos bruscos. —Cinco minutos.

—¿Qué paquete? —pregunto, pero él ya se está moviendo.

Me levanta de encima y me sienta en el borde de la bañera antes de arreglarse la camisa. —Quédate aquí.

—Salvatore…

—Quédate aquí, Rosaria. Por favor.

Pero no puedo. El tono en la voz de Gianni, la tensión en los hombros de Salvatore—algo terrible está a punto de ocurrir. Me lavo la cara a toda prisa y le sigo escaleras abajo; mis pies descalzos no hacen ruido sobre los peldaños de mármol.

La puerta principal está abierta. Más allá, la entrada circular está ocupada por tres todoterrenos negros sin distintivos. Tres figuras, de rodillas sobre la grava, con las manos atadas a la espalda y capuchas oscuras cubriéndoles la cabeza.

Se me para el corazón.

Bruno y otros dos hombres están de pie detrás de las figuras arrodilladas, con las armas apuntándoles a la cabeza. Gianni espera junto a Salvatore, sosteniendo un cuarto arma.

—Quitadles las capuchas —ordena Salvatore.

La tela cae, revelando tres rostros que conozco mejor que el mío.

Rocco. Mi sombra, mi protector desde la infancia. La sangre le chorrea de la nariz y tiene el ojo izquierdo hinchado y cerrado.

Victor. Mi primo, el hijo de Emilio. Tiene el labio partido, los dientes manchados de rojo.

Y Emilio. Mi tío, mi tutor, mi verdugo. Parece más pequeño de lo que recordaba, empequeñecido por el cautiverio y el miedo. Pero sus ojos aún arden con la misma rabia fría que ha definido toda mi vida.

—No —la palabra me desgarra la garganta—. —No, por favor.

Corro hacia ellos, los pies descalzos se me cortan con la grava afilada. Salvatore me atrapa antes de que llegue a los hombres arrodillados, sus brazos cerrándose alrededor de mi cintura.

—¡Suéltame! —me debato contra su agarre—. —Tío, lo siento. Lo siento muchísimo.

La mirada de Emilio encuentra la mía a distancia. Por un momento, su expresión se suaviza. Luego vuelve a endurecerse, más fría que la piedra en invierno.

—Tú elegiste esto —dice en voz baja—. —Lo elegiste a él por encima de la familia.

—¡Yo no elegí nada! —las lágrimas me surcan la cara—. —¡Nunca he tenido elección!

—Siempre hay elección, Rosaria. Has hecho la tuya.

Me vuelvo en los brazos de Salvatore, presiono las palmas contra su pecho. —Por favor. Por favor, no hagas esto. Son mi familia.

Sus ojos verdes son glaciales, vacíos de compasión. —Te amenazaron. Amenazaron a nuestro hijo.

—Te lo ruego —tiemblo contra él, tan fuerte que ya ni me salen las lágrimas—.

—Yo también —su voz baja hasta un susurro—. —Te ruego que entiendas por qué esto tiene que pasar.

Las armas hacen clic al quitar el seguro. El sonido resuena por el patio con la terrible definitividad de una sentencia.

31

SALVATORE

El patio se extiende ante mí en la luz agonizante, la piedra manchada de sangre que se encharca bajo tres figuras de rodillas. Emilio Costa, su hijo Victor y su perro fiel, Rocco, esperan mi palabra. Llevan la ropa hecha jirones, los rostros hinchados por la paliza que les han dado mis hombres. Las bridas de plástico les muerden las muñecas a la espalda. Saben lo que viene ahora.

Estoy con Gianni a mi hombro derecho y Bruno al izquierdo, ambos armados, ambos listos. Veinte de mis soldados más forman un semicírculo alrededor de los prisioneros. El silencio parece absoluto mientras me preparo para dar la orden que pondrá fin a esta guerra de una vez por todas.

Pero entonces oigo su voz a mi espalda, desesperada y rota.

—¡Suéltame!

Me vuelvo y veo a Rosaria forcejeando contra uno de mis hombres, que ha intentado impedirle entrar en el patio. Tiene el rostro surcado de lágrimas y el pelo oscuro desatado alrededor de los hombros. Se zafa y echa a correr hacia delante.

—Tío, lo siento. Lo siento muchísimo.

La mirada de Emilio encuentra la suya a distancia. Por un instante, su expresión se ablanda. Luego vuelve a endurecerse, más

fría que la piedra en invierno.

—Tú elegiste esto —dice en voz baja—. Le elegiste a él por encima de la familia.

—¡Yo no elegí nada! —Las lágrimas le corren por la cara mientras nos mira a ambos—. ¡Nunca tuve opción!

—Siempre hay opción, Rosaria. Tú ya hiciste la tuya.

La acusación corta el aire entre ellos. Contemplo este intercambio con una tensión creciente, el dedo apoyado en el disparador de la pistola a mi costado. Estos hombres vinieron a mi casa con armas y amenazas. Habrían intentado llevársela, arrebatarnos a nuestro hijo. Se merecen lo que les espera.

Rosaria se vuelve hacia mí, me apoya las palmas en el pecho y me mira con esos ojos oscuros que me han perseguido durante meses.

—Por favor. Por favor, no hagas esto. Son mi familia.

La miro desde arriba —embarazada, exhausta, todavía intentando salvar a los hombres que la habrían destruido por conservar su poder—. Mi expresión permanece fría, vacía de la misericordia que busca.

—Te amenazaron. Amenazaron a nuestro hijo.

—Te lo suplico —tiembla contra mí, sacudida con tanta fuerza que ya ni siquiera le salen lágrimas. La voz se le quiebra en cada palabra—. Por favor.

La desesperación en su voz alcanza lugares en mi interior que creí sellados hace años. Pero no puedo permitir que eso importe ahora. No cuando está tanto en juego.

—Yo también —le digo, bajando la voz hasta un susurro—. Te suplico que entiendas por qué esto tiene que pasar.

Hago una seña a mis hombres. Las armas chasquean al quitar los seguros. El sonido resuena por el patio con una terrible sensación de final. Rosaria se estremece con el ruido y se agarra a mi camisa.

Pero entonces hace lo único que no esperaba. Se aparta de mí y cae de rodillas junto a su tío y su primo, colocándose entre ellos y las armas de mis hombres.

—Si los matas, matas una parte de mí también —dice, con la voz firme pese a las lágrimas—. ¿Eso es lo que quieres para nuestro

hijo? ¿Que nazca de sangre y venganza?

La miro desde arriba, arrodillada allí en el patio, protegiendo a los hombres que me habrían quitado todo. La imagen se graba a fuego en mi memoria: su valor, su lealtad, su negativa a dejar que me convierta en el monstruo que esta situación exige.

El patio queda en silencio, salvo por el sonido de su respiración entrecortada. Mis hombres esperan mi orden. Emilio y los suyos esperan la muerte. Y Rosaria espera que elija entre la violencia que construyó mi imperio y la mujer que podría destruirlo.

Despacio, alzo la mano. Mis soldados bajan las armas.

—Levántate —le digo.

Se incorpora tambaleándose, sin apartar los ojos de los míos. —¿Vas a perdonarles la vida?

—Con condiciones. —Me vuelvo para dirigirme a Emilio directamente—. Dimita del consejo de la ópera de inmediato. Todo cargo, toda influencia, toda conexión que haya construido en el sector cultural de Roma, fuera. Renuncie a todo derecho sobre la carrera de Rosaria y sobre su hijo aún no nacido.

Emilio no dice nada, pero le leo la comprensión en la mirada.

—Además, firme documentos que hagan este acuerdo legal y vinculante. Rosaria se convertirá en mi esposa, legitimando la tregua entre nuestras familias. Nuestro hijo se criará en mi casa, bajo mi protección, llevando mi apellido.

—¿Y si nos negamos? —pregunta Victor con los labios partidos.

—Entonces volvemos al plan original —señalo a mis hombres armados—. Pero si aceptan estos términos y los cumplen, vivirán. Si los violan de cualquier manera, arrasaré con todos los activos de los Costa de aquí a Sicilia.

El silencio reina entre nosotros mientras Emilio sopesa la oferta. No tiene otra salida y lo sabe. Por fin, asiente una vez.

—Aceptamos.

Gianni saca los documentos de la americana —papeles que había preparado para esta posibilidad—. Les corta las ataduras y le entrega a Emilio un bolígrafo. La mano del hombre mayor tiembla mientras firma, luego pasa los papeles a Victor y a Rocco.

Cuando las tres firmas han quedado estampadas, ayudo a Rosaria a ponerse en pie. Se apoya en mí, el cansancio por fin se apodera de ella.

—Hay una cosa más —dice Emilio mientras mis hombres se preparan para escoltarlos fuera—. En cuanto supe que estabas embarazada, venía a salvarte, no a hacerte daño.

Rosaria lo mira con la duda en los ojos. —Ahora ya no importa.

Tiene razón. Fuera cuales fueran sus intenciones, murieron en el mismo instante en que trajo la violencia a mi puerta. Cuando ella vuelve hacia mí, pegándose más a mi costado, entiendo que ha tomado su decisión definitiva.

A los hombres de los Costa los escoltan fuera de mi propiedad en vehículos que los dejarán en los límites de la ciudad de Roma. Observo cómo desaparecen sus luces traseras antes de llevar de vuelta a Rosaria hacia la casa.

—Gracias —susurra mientras caminamos—.

—No me des las gracias todavía. Dámelas después de nuestra boda si aún te sientes agradecida—.

Su mano encuentra la mía en la oscuridad que hay entre nosotros y, por primera vez desde que empezó esta guerra, me permito creer que quizá de verdad tengamos un futuro juntos.

32

ROSARIA

La luz de la mañana se filtra por las contraventanas de la casa segura de Florence, y me siento al escritorio de caoba del despacho, rodeada de documentos que van a redefinir mi futuro. El membrete de la Rome Opera House me mira desde la primera página—su oferta formal de readmisión, con disculpas por el supuesto malentendido que llevó a mi despido.

Dejo la pluma y flexiono los dedos. Nunca en mi vida he estado tan tensa por una decisión, pero no voy a cambiar de opinión ahora.

—¿Estás segura de esto? —pregunta Salvatore desde el umbral. Va vestido para los negocios con un traje gris marengo, el pelo aún húmedo de la ducha. La barba incipiente de la mandíbula se le ha espesado en las últimas semanas, suavizando los rasgos afilados de su rostro.

—Completamente. Doblo la carta de rechazo y la deslizo en un sobre. —No voy a volver arrastrándome a su escenario. No después de todo lo ocurrido.

Entra en la habitación y ocupa la silla de enfrente. —La nueva producción exigirá una inversión importante. Nueva sede, nueva orquesta, campaña de marketing. El riesgo financiero…

—Te corresponde a ti asumirlo —termino—. Lo entiendo.

Pero él niega con la cabeza. —Nuestro riesgo. Ahora esto es una empresa nuestra.

La palabra «nuestro» aún suena extraña entre nosotros, pero estoy aprendiendo a aceptarla. El niño que crece dentro de mí ha cambiado la aritmética de todo lo que somos el uno para el otro.

Mi móvil vibra contra la superficie del escritorio. En la pantalla aparece un mensaje de Eva.

Eva: 9:47 a. m.: Rueda de prensa confirmada para hoy a las tres. El equipo de peluquería y maquillaje se reunirá con nosotros en la ópera a la una. ¿Estás preparada para esto?

Le enseño el mensaje a Salvatore. Asiente una vez, luego se levanta y se acerca a la ventana con vistas a los jardines. —Los medios estarán hambrientos de detalles. Insistirán con fuerza sobre el padre, sobre nosotros.

—Que pregunten. Me uno a él en la ventana, la mano yéndoseme instintivamente al vientre. Con cuatro meses, el embarazo empieza a notarse a pesar de la ropa cuidadosamente entallada. —La historia habla por sí sola.

El trayecto de vuelta a Rome lleva dos horas por las sinuosas colinas toscanas. Salvatore hace llamadas en un italiano rapidísimo mientras yo repaso mi declaración preparada. Las palabras se me antojan insuficientes para lo que estoy a punto de anunciar: no solo el embarazo y la boda, sino la reinvención completa de mi carrera.

La Rome Opera House aparece al otro lado de la ventanilla, su fachada neoclásica tan imponente como siempre. Los fotógrafos ya se han congregado en las escalinatas, sus cámaras destellando bajo el sol de la tarde. Se me encoge el estómago, pero no por los nervios. Por determinación.

Eva nos recibe en la puerta del escenario, los brazos cargados de fundas de ropa y neceseres de maquillaje. Su sonrisa podría iluminar todo el edificio.

—Por fin. Me besa en ambas mejillas. —Por fin puedes contar tu historia, a tu manera.

La sala de prensa se ha transformado para la ocasión. Dos docenas de sillas miran hacia un pequeño atril adornado con

micrófonos. Las cámaras de televisión se alinean a lo largo de la pared del fondo. El olor a café y a expectación llenan el aire.

Donata llega treinta minutos antes de la rueda de prensa, su pelo plateado perfectamente peinado y los ojos brillantes de emoción. Me abraza con el calor de una segunda madre.

—Así es como siempre debería haber sido —me susurra al oído—. Tú, al mando, tomando las decisiones. Tu padre estaría orgulloso.

La mención de mi padre desata en mí una oleada de emoción inesperada. No vivió para verme actuar, nunca supo que me convertiría en la Rosa de Rome. Pero quizá habría entendido este momento—el momento en que dejo de ser lo que otros necesitan y empiezo a ser quien soy.

A las tres en punto, Salvatore y yo entramos juntos en la sala de prensa. Los flashes empiezan de inmediato, un estrobo constante que convierte el mundo en fragmentos de luz y sombra. Ocupo mi lugar detrás del atril mientras él se coloca a mi izquierda, lo bastante cerca como para tocarlo, pero lo bastante lejos como para dejarme comandar la sala.

Las preguntas empiezan antes de que termine mi declaración inicial.

—Señora Costa, ¿puede confirmar las informaciones sobre su compromiso?

—¿Está embarazada?

—¿Quién es el padre?

—¿Está esto relacionado con su salida de la Rome Opera House el mes pasado?

Levanto la mano pidiendo silencio. La sala se aquieta en un silencio expectante.

—Estoy aquí para anunciar varios cambios importantes en mi carrera y en mi vida personal —empiezo, mi voz suena con claridad a través de los micrófonos—. Primero, he rechazado la oferta de la Rome Opera House de volver a su elenco. En su lugar, voy a poner en marcha una producción independiente—una ópera nueva escrita específicamente para mi voz, representada fuera de los recintos tradicionales y con control artístico total.

Los periodistas escriben a toda prisa. Los obturadores de las cámaras crepitan en rápida sucesión.

—En segundo lugar, puedo confirmar que estoy embarazada y que tomaré una baja de maternidad tras la finalización de la nueva producción. Hago una pausa, dejando que el anuncio cale. —El padre es Salvatore DeSantis, mi prometido, que aporta la financiación y el apoyo para esta nueva aventura artística.

La sala estalla. Manos que se alzan al aire. Voces que se solapan en un caos de preguntas sobre plazos, relaciones y las implicaciones para el paisaje cultural de Rome.

Pero yo veo más allá del ruido, hacia algo mayor. Este momento representa más que un anuncio profesional o la revelación de un embarazo. Representa la primera vez, en mis veintiún años, que estoy escribiendo mi propia historia.

—La nueva ópera se estrenará dentro de seis meses —continúo cuando el ruido amaina—. Las entradas estarán disponibles para el público, no restringidas a la élite operística tradicional. Nos comprometemos a acercar este arte al público manteniendo su integridad.

Una reportera de *La Repubblica* levanta la mano. —Señora Costa, ¿cómo responde a los críticos que dicen que está abandonando las instituciones culturales de Rome?

—No estoy abandonando nada —respondo—. Estoy construyendo algo nuevo. Algo mejor.

Después de que terminan las preguntas de rigor, Salvatore y yo posamos juntos para las fotografías. Su mano descansa con ligereza en la parte baja de mi espalda, un gesto que ante las cámaras parece protector, pero a mí me resulta posesivo. La distinción ya no me inquieta como antes.

Salimos por la entrada principal, pasamos junto a los fotógrafos y nos adentramos en la luz del atardecer. Mañana, nuestro compromiso será noticia de portada en toda Italia. Nuestro hijo será heredero de dos de las familias más poderosas del país.

Pero esta noche, volvemos a casa para planear una ópera que será solo nuestra.

33

EPÍLOGO

SALVATORE

Despunta el alba sobre el lago Bracciano en tonos de rosa y oro, pintando el agua con colores que me recuerdan a la voz de Rosaria cuando alcanza las notas más altas. Me quedo junto a la ventana de nuestra villa privada, viendo cómo la luz se desliza por los jardines mientras, a mi espalda, resuena por la casa el sonido que llevaba esperando.

El llanto de un bebé. Fuerte, feroz e indudablemente vivo.

Me aparto de la ventana y avanzo deprisa por el pasillo hacia el dormitorio principal. La comadrona sale del umbral con las manos recién lavadas y el rostro sereno, con la satisfacción del trabajo cumplido.

—Un hijo —anuncia—. Sano y exigiendo atención.

Entro en la habitación donde Rosaria está incorporada contra almohadas blancas, el pelo oscuro húmedo de sudor, el rostro pálido pero sereno. El bebé descansa sobre su pecho, con los puñitos encogidos sobre el arrullo. Incluso desde el otro lado de la habitación, veo que tiene sus ojos —oscuros y atentos—, ya absorbiendo este mundo nuevo.

—Ven a conocer a tu hijo —dice Rosaria, con la voz ronca pero firme—.

Me acerco a la cama despacio, asombrado de lo pequeño que parece en sus brazos. Cuando me lo pasa, su peso se siente a la vez insignificante y enorme. Siete libras de posibilidad, de futuro, de todo lo que nunca supe que quería hasta este momento.

Sus dedos se enroscan en mi pulgar con una fuerza sorprendente. Le estudio la cara: el trazo de su nariz, la curva de sus orejas, la forma en que su boca se mueve mientras duerme. Lleva rasgos de los dos, pero, sobre todo, parece enteramente él.

—Vittorio —digo, probando el nombre que elegimos hace semanas—. Le va.

Rosaria alza la mano para tocarle la mejilla. —Es perfecto.

Se lo devuelvo y me acomodo en la silla junto a la cama. A través de las ventanas, la luz de la mañana se hace más fuerte, disolviendo las últimas sombras de la noche. El equipo de seguridad de Gianni mantiene sus puestos por la propiedad, asegurando nuestra intimidad. Sin periodistas, sin fotógrafos, sin intrusiones del mundo exterior. Este momento nos pertenece solo a nosotros.

Eva llega la primera, con sopa casera y pan aún caliente de su horno. Rompe a llorar cuando sostiene a Vittorio, susurrando oraciones en un dialecto que no entiendo pero que reconozco como bendiciones. Donata aparece una hora después con flores de su jardín y una colcha cosida a mano que había pertenecido a su propia abuela.

—Será un gran hombre —declara Donata, estudiando su rostro dormido—. Ya lo veo.

Cuando se van, la villa se instala en una calma satisfecha. Rosaria duerme una siesta mientras yo sostengo a nuestro hijo, aprendiendo el ritmo de su respiración, los sonidos que emite mientras duerme. Fuera, el lago refleja el sol de la tarde en dibujos que cambian y bailan.

El motor de un coche rompe la paz. Me acerco a la ventana, aún con Vittorio en brazos, y veo un sedán desconocido acercarse a la puerta trasera. El conductor deja un paquete y se marcha sin detenerse a hablar con los de seguridad. Gianni me trae la caja veinte minutos después, envuelta en lino color crema y atada con una cinta de seda.

Dentro, acunada en papel de seda, hay una pulsera de bautismo de plata grabada con el nombre de nuestro hijo. Debajo, una fotografía muestra a un hombre joven sosteniendo a una niña: ambos desconocidos para mí, pero el parecido con Rosaria es inconfundible. La nota es breve, escrita con la esmerada caligrafía de Emilio.

Para su hijo, y en memoria de su abuelo.

Llevo la caja hasta Rosaria, que se ha despertado y está amamantando al bebé. Coge la fotografía con una mano y la examina con atención.

—Es mi padre —dice en voz baja—. Y yo.

La emoción en su voz me pilla desprevenido. Pese a todo lo que hay entre nuestras familias, este gesto de Emilio tiene un peso que ninguno de los dos esperaba.

El teléfono suena una hora después. Contesto en mi despacho, esperando llamadas de negocios que requieran atención. En su lugar, llega la voz de Emilio, formal pero no hostil.

—Enhorabuena por su hijo —dice—.

Llevo el teléfono a Rosaria, que lo coge sin dudar.

—Gracias por la pulsera —le dice—. Y por la fotografía.

Su conversación dura apenas unos minutos —cortés, contenida, pero sin el veneno que ha caracterizado sus últimos intercambios—. Cuando cuelga, parece pensativa más que molesta.

—Ha dicho que mi padre estaría orgulloso —explica—. Del bebé, de las decisiones que he tomado.

—¿Le crees?

—Quiero creerle.

Cuando por fin se vuelve hacia mí, me siento en el borde de su cama y ella se acomoda contra mí. Su cabeza descansa en mi hombro, y noto el cansancio en su cuerpo empezar a aflorar ahora que han pasado las exigencias inmediatas del parto.

—Tu ópera se estrena en tres meses —le recuerdo—. Después de eso, el mundo querrá que hagas una gira. Milán, Viena, Nueva York.

—Lo sé.

—Quiero casarme contigo antes de que eso ocurra. Antes de que tu voz te lleve a escenarios a los que yo no pueda seguirte.

Ella alza la cabeza para mirarme. —¿Me lo estás pidiendo o me lo estás ordenando?

Del bolsillo de la americana saco el anillo que llevo semanas guardando: un diamante talla esmeralda, mayor que cualquier cosa que haya llevado jamás, engastado en platino y rodeado de piedras más pequeñas que atrapan la luz de la lámpara. Se le corta la respiración cuando se lo deslizo en el dedo.

—Te lo estoy pidiendo —digo—. ¿Te casarás conmigo antes de conquistar el mundo?

Ella examina el anillo, luego mira a nuestro hijo dormido y vuelve a mirarme. —Sí.

Tras nuestra ventana, el lago refleja las primeras estrellas del anochecer. Mañana traerá nuevos retos, nuevas decisiones, nuevas complicaciones. Pero esta noche, en esta habitación llena de posibilidades, estamos exactamente donde debemos estar.